El DESEO de CONQUISTAR a LORD DEREK



Ruth M. Lerga

Los incasables Beau 3

Selecta

El deseo de conquistar a lord Derek

SERIE
Los incasables Beau 3

Ruth M. Lerga

Selecta

Para Paz Fernández, por animarme a escribir
con sus opiniones y alegrarme los días con sus mensajes

Prólogo

Se acercaba la Pascua de 1817 y, con ella, arrancaría la Temporada en la ciudad. Aquel año eran varios los solteros elegibles y, para alivio de muchas mujeres, ninguna dama soltera de la familia Beaufort acudiría a Londres. Su ausencia daba esperanzas a las madres, en especial a aquellas que necesitaban casar a sus hijas con premura. El siguiente año debutarían dos de las cuatro pupilas del duque de Avonshire y, en tres años, serían cuatro en total las señoritas Beaufort en busca de un marido. Cuatro señoritas, por tanto, con un apellido ilustre y, si los rumores eran ciertos, dotes exorbitadas.

Así, si los criados de la nobleza se afanaban en la limpieza de las mansiones londinenses, preparando cada salón y cada cocina para que la temporada fuera un éxito, las matronas listaban a sus hijas los caballeros más convenientes, regañándolas por adelantado para que no desviaran su atención hacia los cazafortunas y los libertinos, malos candidatos a esposo en su totalidad.

Entre ellos, el más solicitado sería, seguramente, el vizconde de Sheffield, lord Derek Cavendish. Hijo del conde de Aberdeen y nieto del marqués de Cavendish, contaba ya veintinueve años y era el único de los caballeros de su familia que todavía no había pasado por el altar. Las apuestas señalaban que tanto la madre de lord

Derek como las tías de este volcarían su atención en él, y los rumores apuntaban a que era preferible sufrir una disentería a experimentar el exceso de cuidado de las Cinco Virtudes, como se conocía a las cinco hermanas Beaufort.

Algunos de los primos Beau, ya casados, parecían querer aprovechar para descansar de la capital y quedarse aquella temporada en sus fincas familiares durante la primavera, habida cuenta de que en la siguiente tendrían que acompañar a sus primas más pequeñas a cada evento social que se celebrase.

Así pues, era todavía un misterio qué miembros de la familia del vizconde de Sheffield lo acompañarían y, más todavía, quiénes serían sus aliados y quiénes lo presionarían.

Contando, claro, con que la voluntad de lord Derek fuera la de casarse o que un Cupido travieso decidiera lanzar sus flechas directamente sobre él.

Capítulo 1

Nueva York, invierno de 1817

La señorita Amy Andersen miraba por el ojo de buey de su camarote cómo iba desapareciendo la costa de su amada Nueva York. Hubiera querido subir a cubierta a despedirse de la ciudad, a gritarle que pronto regresaría, pero el gélido enero la había desalentado. El buque navegaría hasta Londres, puerto donde desembarcaría. Una vez allí, todo sería nuevo, distinto… y difícilmente mejor.

Suspiró. Betsy, su amiga desde la infancia y, además, su doncella, la miró y buscó palabras de consuelo para ambas; también ella añoraría Manhattan, donde vivía desde que su madre, una costurera de Queens, falleciera. Su tía la envió a vivir con los Andersen como criada. La buena suerte estuvo de su lado y, teniendo la misma edad que la señorita Amy, la hija del patrón que había enviudado hacía poco tiempo, se convirtió más bien en una compañera de juegos y estudios.

Los Andersen, una conocidísima familia neoyorquina, nadaban en dinero. La madre de Amy fue la única hija de un magnate de los negocios, y el padre de Amy, el señor Andersen, quien para pasmo de muchos adoptó el apellido de su esposa, asegurándolo para la siguiente generación, era el nieto de un conde inglés. Su

ascendencia noble despertaba tanta admiración como envidia; pero era su agudeza para el comercio la que le había otorgado un puesto de honor entre las grandes familias de Manhattan. Su hijo Jonathan parecía haber heredado su instinto mercantil.

—Tomémonos esto como una aventura, Amy —le pidió Betsy a la señorita, queriendo disipar su desánimo.

El suspiró anterior fue seguido de un gruñido.

—Como a ti no te obligan a casarte…

Rio sin poder evitarlo la doncella.

—No seas dramática. El señor Jonathan te ha dicho que te tomes el matrimonio con un inglés como una posibilidad, solo eso.

—Mi hermano solo quiere quitarme de en medio. Si me instalo al este del Atlántico, podrá hacer y deshacer a su antojo sin un cuñado que lo vigile.

Betsy negó con la cabeza.

—Tu hermano es un magnífico empresario. Desde que tu padre… —Hizo una pausa, buscando la palabra menos dura para expresar la repentina muerte del señor Andersen—. Desde que tu padre se fuera, se ha manejado en la empresa con rectitud y eficiencia.

Era cierto, Amy no tenía una mala relación con Jonathan, aunque tampoco eran cercanos a pesar de llevarse solo tres años. Su rencor partía del hecho de que él, como varón, tomaría todas las decisiones de la familia y de ella se esperaba, como segunda hija y mujer, que las acatara sin rechistar.

El padre había dejado en buenos términos económicos a Amy: Jonathan le tendría que pasar anualmente un porcentaje de las ganancias empresariales. Era una especie de socia sin acciones ni más derechos que el de cobrar.

Era excepcional y una suerte que le permitiría gozar de mucha independencia, lo sabía, pero ¡le parecía tan injusto!

—Con las mismas enseñanzas que ha recibido mi hermano por parte de mi padre, yo también habría podido hacerme cargo de todos nuestros negocios.

—Amy —le advirtió Betsy, tal era la confianza que tenían.

—Lo sé, no debo lamentarme por lo imposible, sino agradecer la oportunidad de despejarme en la lejana, vetusta Londres y, quién sabe, quizá encontrar el amor.

Recitaba de memoria las palabras que su tía abuela, una dama inglesa que se trasladó a Nueva York al enviudar siendo joven, acompañando a su sobrino menor en la aventura americana, le había repetido sin cesar desde que recibieran «la terrible carta» unos meses antes.

La criada chasqueó la lengua con diversión.

—Tu tía Augusta ha hecho un trabajo magnífico con tu cerebro.

—La tía Augusta sabe que no estoy de acuerdo con este viaje. Y que, de no estar delicada de salud, la habría obligado a acompañarme. Después de todo es a su país al que viajo…

—Ella hubiera querido acompañarte, lo sabes. Igual que sabes que no espera que te cases. Es más, creo que regresaría a Inglaterra si te instalaras aquí, tanto te echaría de menos.

—Gracias a Dios.

No sabía qué agradecía más, si que no esperara que se convirtiera en la esposa de un noble inglés o la certeza de que la seguiría si no volvía a Nueva York.

—Pues tómatelo…

—Como una aventura, ya lo sé —espetó con irritación, disculpándose al punto por su mal tono—. Betsy, lo siento. ¿Podemos olvidar durante las semanas de la travesía todo lo que tenga que ver con «la terrible carta»? Imaginemos que navegamos el Hudson, inaugurando el Canal de Erie.

—Aún faltan algunos años para poder llegar a los Grandes Lagos desde Manhattan en barco.

—Y aún faltan algunos años para que me plantee siquiera casarme; cumpliré veintitrés en abril.

Fue Betsy quien bufó entonces.

—Muchas de tus amigas están casadas, Amy.

—Y muchas de las tuyas están igual de casadas y tienen, además, varios hijos, Betsy. Si yo me caso, tú también lo harás —advirtió, como si fuera un juez sentenciando una pena de muerte colectiva.

—¿Compartiremos marido? —preguntó la doncella con sorna.

—Compartiremos destino: des-ti-no —le respondió sin poder disimular su hilaridad Amy.

Asintió Betsy. No se casaría por darle el gusto a su mejor amiga, pero sí se quedaría con ella allá donde estuviera. Porque se querían como hermanas y porque, no se engañaba, su posición era buena porque Amy así se lo permitía. En otra casa no gozaría de tanta libertad; ni sería tratada casi como una más de la familia.

—Olvidemos «la terrible carta» por unas semanas, pues.

Amy confirmó el trato con un apretón de manos, como solían hacer cuando querían revestir de solemnidad un acuerdo entre ellas. No obstante, sabía que no hablar de ello no significaba que pudiera olvidarlo. No cuando había sido tan repentino y había tenido tantas sorpresas —ninguna agradable— para ella.

A las pocas semanas de fallecer su padre habían recibido una misiva desde Inglaterra. Solo con el tipo de papel, ya se supo que provenía de una familia elegante. La carta, escrita con letra barroca y con amplios márgenes, venía envuelta en otro papel en forma rectangular y con solapa, en la que solo se leía la dirección de los Andersen en la Calle Real y un apellido por parte del remitente:

Beaufort.

En cuanto la tía Augusta había visto el refinado sello y el apellido, pulcramente rubricado, había lanzado una exclamación.

—Es de los vecinos de Yorkshire.

Los vecinos de Yorkshire, como los llamaba ella y de quienes hablaba en cuanto tenía ocasión, eran la familia más ilustre del Reino Unido. Al parecer, la entonces soltera lady Augusta había tonteado con un primo del patriarca y el padre de Amy fue un buen amigo de una de las hijas, tanto que las familias creyeron durante algunos meses que se casarían. Pero el padre de la dama, el duque de Beaufort, fue muy tajante en su negativa: sus cinco hijas se casarían con caballeros de títulos prominentes y riquezas sin igual, y únicamente con caballeros de esa índole. Y así fue, hasta donde lady Augusta supo.

Al padre de Amy, en cambio, nunca le importó. Al parecer era una amistad genuina y platónica. Aquella joven vecina se casó con un buen hombre, un marqués del que se enamoró después, y él viajó a las Américas e inició una vida nueva, tal y como había soñado, lejos de las exigencias que se esperaban de un tercer hijo, esto era, una parroquia en el campo y una esposa de la nobleza rural.

A pesar de la distancia y los años, cuando lady Faith Cavendish, que así se llamaba la amiga de juventud de su padre, había visto la esquela en el Times de su viejo, querido amigo, había conseguido la nueva dirección de sus herederos en Nueva York. Averiguó entonces que se había casado, que dejó de ser lord Campbell para convertirse en lord Andersen, que enviudó joven y que había dejado a su muerte un imperio y un hijo mayor y una hija menor, el señor Jonathan y la señorita Amy, ambos solteros.

Escribió a lady Augusta una hermosa carta con más recuerdos

bellos que condolencias e invitó a la joven hija a visitar Londres. Quizá el duelo fuera más llevadero desde la distancia. Poco más pudo hacer o decir Amy al respecto. La tía había hablado ya con Jonathan y ambos habían escrito a lady Faith, marquesa de Aberdeen, agradeciéndole su hermosa carta y aceptando su oferta.

Se dirigía, pues, a Londres y sin tener, por el momento, una fecha de vuelta.

—Me han obligado a viajar —refunfuñó entre dientes—, pero no me casaré —se juró a sí misma—. No me casaré nunca.

***

Londres

Desde la casa de lord Derek Cavendish, vizconde de Sheffield, en Hill Street hasta Mount Street, donde vivían sus padres, los marqueses de Aberdeen, apenas había diez minutos de paseo. Derek sentía que los pies le resultaban más pesados conforme se acercaba a su destino, como si ese destino no fuera una mansión en el mismísimo centro de Mayfair, sino el resto de su vida.

Su madre había organizado una reunión familiar: solo los Cavendish. Estarían, pues, sus padres, su hermana Elizabeth y su esposo Andrew, conde de Harlech, y él. El año anterior había sido el tío William quien había convocado una reunión con las Cinco Virtudes, que era como la alta sociedad conocía a la madre de Derek, lady Faith, y sus tías, lady Grace, lady Charity, lady Felicity y lady Hope. En el comedor de la mansión familiar que el ducado de Beaufort poseía en el veintitrés de Regent Street, todas ellas habían aleccionado a los tres sobrinos solteros —Jake, Nate y él mismo— sobre la necesidad de casarse cuanto antes. Solo en el caso del mayor, lord Jacob, era cierta dicha necesidad, dadas sus obligaciones

con el ducado de Avonshire y sus pupilas. Pero ni Nathaniel ni Derek necesitaban una esposa ni parecían proclives al matrimonio.

Y, sin embargo, la Temporada de 1816 había acabado con dos bodas Beau, esto era, con sus primos casados, dejando la soltería de Derek a merced de la opinión de toda la familia.

Al parecer aquella noche comenzaba el asedio a su libertad: una reunión familiar tranquila, de entrada. Quizá su madre pensaba que podía convencerlo ella sola, quizá pretendía que no se sintiera demasiado presionado, no lo sabía.

Pero el matrimonio parecía el tema principal de aquella cena.

Negó con la cabeza. Había llegado a la entrada de la casa de sus padres y el mayordomo, presto, lo esperaba para darle la bienvenida y conducirlo a la salita.

—Milord —lo saludó el viejo sirviente—, en breve se servirá la cena.

—Gracias, Jonas —respondió de vuelta.

Entró en la estancia, cabeceó hacia su padre y hacia su cuñado, sonrió a las damas y se quedó en pie, a la espera.

Su madre y su hermana parloteaban, felices, y parecían ignorarlo por el momento. Imaginaba que querían evitar una cena tensa y que esperarían hasta los postres para lanzarse sobre él.

Fue lord Andrew Beckett, su cuñado, quien le dio las buenas nuevas. Se acercó a él con una copa de oporto y lo apartó hasta los ventanales que daban al jardín de la mansión.

—Al parecer —le susurró—, este otoño falleció en Nueva York un viejo amigo de tu madre, un vecino de la finca o algo así…

Asintió, extrañado por lo que le decía. ¿Qué tenía que ver eso con él? Habló en el mismo tono bajito.

—Sí —corroboró, recordándolo como por capricho, tantas veces había hablado su madre de su amigo de la infancia en Yorkshire—,

era el tercer hijo del conde de Maine. Lord… no recuerdo, cambió de apellido al casarse en los Estados Unidos.

—Lord Andersen —especificó sin necesidad Andrew—. Tu madre se enteró de su muerte por la prensa, envió una carta a Nueva York con sus condolencias e invitó a la hija, la señorita Amy, a venir a Londres. Al parecer, su barco arribará en una o dos semanas. Y quiere que tu hermana y tú acompañéis a la dama…

Siguió hablando, pero Derek perdió interés en lo que le decían. Le importaba más hallar la forma de que aquella tal Amy se convirtiera en el foco de atención de su familia y que, por ende, a él le dieran un respiro.

Optimista como pocos, se acercó al sofá donde se encontraba su madre con una sonrisa. Como siempre, la suerte estaba de su parte.

Capítulo 2

Tres semanas más tarde, Derek no estaba tan seguro de que la suerte fuera a sonreírle. La señorita Amy Andersen había llegado a la ciudad unos días antes y se había instalado en casa de los marqueses de Aberdeen para delicia de su madre.

Había acudido a cenar la noche siguiente y, tal y como le adelantara su hermana Els, se había encontrado con una mujer que había pasado ya la edad de debutar, sensata, amable, educada… y muy muy hermosa. O, como le dijera su hermana, exactamente su tipo.

Cómo sabía la entrometida de Elizabeth qué mujeres le gustaban prefería no averiguarlo, dudaba de que Harlech le hubiera insinuado nada. Las damas de su familia parecían gozar de información privilegiada, como estaba comprobando una vez más.

Tras dar una semana de descanso a la recién llegada, la prima Rachel había organizado una cena en su mansión para los primos que se hubieran desplazado a Londres a la que la americana también había sido invitada, así podrían conocerse todos dado que era una buena amiga de la familia. Miró Derek a su alrededor, los criados habían retirado ya los platos y colocado una selección de postres y licores en una mesa adyacente. Tras una cena más contenida, algunos primos se habían dirigido hacia los sillones, más

cómodos, agrupándose para parlotear sobre lo que más les interesaba, plato con trozo de pastel en mano.

Derek, en pie y con el suyo ya vacío, miraba a Rachel y a Elizabeth, quienes, atentas a la señorita Amy, charlaban con ella, sonrientes todas. Contempló a su hermana con cariño. Había dejado de ser la pequeña Els para convertirse en la condesa de Harlech, tenía un hijo y su propia casa. Todos sus primos, en realidad, habían fundado ya una familia y un hogar, solo él seguía soltero; las pequeñas Warrior todavía no tenían edad de debutar y, por tanto, no contaban. No tenía prisa por encontrar el amor y, no obstante, no le importaría tener la felicidad que todos ellos parecían gozar.

También Rachel estaba exultante. Le encantaba recibir a sus seres queridos en casa. Su marido era un príncipe ruso y, además, el diplomático de su país en Inglaterra. Acogían visitas también de mandatarios de otros lugares del continente. Los Romanov residían, pues, en la capital todo el año y su prima Rachel estaba considerada como la anfitriona por excelencia del Reino Unido. La princesa sonreía, feliz, mientras escuchaba con interés lo que Amy Andersen le decía.

Echó un vistazo después a la americana. No podía negar que era hermosa y educada y, a pesar de que parecía tímida y de que solo hacía una semana que había llegado a Londres, se la veía bastante relajada. Debía de estar hablando de algo que le gustaba, pues una dulce sonrisa amagaba en sus labios llenos y sus ojos, grandes, verdes y expresivos, se veían también joviales.

Suspiró para sí. Era preciosa, sin duda. Y tenía toda la atención de las tías Beaufort, por lo que debería de estar agradecido. Entretenidas las Cinco Virtudes en ella, lo habían dejado tranquilo a él; o, al menos, de momento. Aunque Amy Andersen todavía no había debutado de manera forma, ni estaba claro que lo hiciera

teniendo ya veintitrés años, la ciudad hablaba de ella. Un par de paseos vespertinos por Hyde Park, una visita a Gunter y mañanas de compras en Old Bond Street… Había sido vista en distintas ocasiones. Admirada por muchos y envidiada por unos pocos, la americana no había dejado indiferente a la alta sociedad londinense, aburrida de ver año tras año las mismas caras, las mismas familias, con pocas novedades y nadie discordante.

—Deberías invitarla a Vauxhall en cuanto las tías la presenten formalmente en sociedad.

Se sobresaltó Derek al escuchar a su primo Nate. No lo había oído acercarse, tan ensimismado estaba.

—¿Por qué habría de invitarla precisamente yo? —espetó más brusco de lo que debiera, no sabía decir si por el susto o por la insinuación.

¿A Vauxhall?, se dijo Derek. Aquel parque era conocido por sus fiestas nocturnas y sus jardines frondosos, propicios para caer en el pecado. No, no se le había perdido nada allí, menos todavía con una señorita tan tentadora.

—Porque te ha librado de la vigilancia en exclusiva de las tías —le respondió su primo, mirándolo sin comprender por qué no había caído Derek en algo tan básico—. No la dejarán ir a Vauxhall sin un acompañante de garantías.

Miró al barón de Oslow como si fuera él el ingenuo. ¿Acaso creía que él era por completo inofensivo?, ¿en serio? Entendía que el barón de Oslow se hubiera enamorado, pero eso no lo convertía en ciego.

—Puedo llevarla a la ópera o de compras, si me apuras —admitió con tono hastiado—, pero no a Vauxhall. Es una dama soltera y hermosa, la gente…

Rio Nate, llamando la atención de Robert, su primo mayor, quien

se acercó a ver qué era tan divertido.

—Así que has notado que es hermosa —le preguntó en tono jocoso Oslow.

Puso los ojos en blanco el vizconde. Después de todo, Nate no había perdido el sentido de la belleza, a pesar de haberse casado.

—Tendría que estar ciego para no darme cuenta de que es una mujer muy hermosa —le respondió, encogiéndose de hombros, tratando de restar importancia a lo que acababa de decir.

Hubiera querido morderse la lengua; no debió decir «muy» hermosa.

—¿Quién ha llamado tu atención? —inquirió Robert en voz baja y tono monocorde, bendito fuera, evitando que se acercara alguna de sus primas, atraída por las voces masculinas.

—Nadie —respondió Derek al punto, no queriendo que se hablara de sus intereses en el salón de la prima Rachel.

—La señorita Amy —le corrigió de inmediato Nate, ganándose una mirada de reproche—. Sheffield opina que es una mujer *muy* hermosa —hizo hincapié en el «muy» a modo de burla.

—No me sorprende —dijo Rob con gesto pensativo—. Es, en verdad, una mujer muy bella y, por lo que me ha contado Helena, parece generosa y divertida.

Se esforzó Derek en ocultar su sonrisa. Su hermana Elizabeth le había dicho lo mismo. Pensó después si era peligroso que su primo Robert, conde de Hill, hablara con tanta seriedad al respecto. Contemplaba a Derek como si tratara de adivinar qué estaba pensando.

—¿Vas a cortejarla? —lo animó Rob al fin.

Lo miró de vuelta como si se hubiera vuelto loco de remate.

—¡Claro que no!

—La llevará a Vauxhall —afirmó Nate con mirada ladina.

—Vauxhall es una declaración de intenciones, Sheffield —le advirtió Robert, creyendo antes a Nate que a él.

—Eso intento hacerle entender a él —se quejó, señalando al barón.

Se refería al primo Nate, que no quería atender a razones. El mayor, en cambio, prefirió hacerse el despistado.

—Debe ser la señorita Amy quien entienda tu declaración de intenciones, creo.

Quiso gritar de frustración Derek.

—Solo para que conste: Nate cree que debería invitarla a Vauxhall en cuanto sea presentada formalmente para agradecerle que haya desviado la atención de las tías hacia ella, pero yo no tengo ninguna intención de hacer algo así. Y, sí, es cierto que es una mujer bella, pero no tengo ningún interés en ella. —Los otros lo miraban como si estuviera diciendo algo grave, pero necesitaba dejar clara su postura, no quería a sus primos empujándolo hacia el altar, tenía suficiente con su madre y hermana, tías y primas. Las mujeres Beau podían ser muy pertinaces—. Así que, a lo sumo, la llevaré al teatro y solo si mi madre insiste.

Tenían gesto de apuro, se dijo. ¿De veras los había avergonzado? Los observó con más atención: Rob miraba un punto más allá de su hombro; el rostro de Nate se veía cubierto de rubor, algo extraño en semejante caradura.

—Sea el teatro, entonces —decidió una voz femenina, tras él.

Supo que la mujer en cuestión no era de ninguna de sus primas; la hubiera reconocido y conocía bien aquel tono grave, casi sensual, que no pertenecía a ninguna Beaufort, sino a la recién llegada de Nueva York con la que solo había hablado la noche en que fue a cenar con sus padres y le fue presentada. Aquel tono le había parecido memorable.

Se volvió a ella sintiendo que incluso las orejas le ardían de vergüenza. ¿Cuánto habría escuchado? Daba por sentado que no le había oído decir que era hermosa… muy hermosa. Esperaba que sus primos le hubieran avisado antes o tendría que asesinarlos. Lo que sin duda había escuchado Amy Andersen era su afirmación tajante de que no estaba interesado en ella.

No es que le supiera mal, pero había perdido cualquier oportunidad con ella antes incluso de conocerla. De todas formas, cualquier dama haría como que no había escuchado nada sobre ella, se consoló.

—Señorita Amy —la saludó, haciéndose a un lado para incluirla en el círculo, con total naturalidad a pesar de su zozobra.

Se hizo un silencio incómodo. Incómodo en realidad para los caballeros, a ella se la veía bastante relajada.

Atraída por la evidente contrariedad de sus primos, se acercó también Elizabeth al grupo. Como el silencio se prolongaba y nadie parecía saber qué decir, preguntó la condesa de Harlech.

—¿Todo bien?

Era una pregunta abierta y sincera. Fue Amy quien respondió con tono tranquilo… demasiado tranquilo.

—Tu hermano va a llevarme al teatro, al parecer.

Nate tosió, Rob apartó la mirada y Derek se sonrojó. Rachel se acercó también, curiosa. Era extraño ver a sus primos azorados.

—¿Vas a llevarla al teatro? —El tono de Elizabeth navegaba entre la incredulidad y la ilusión.

A Derek solo le faltaba Els azuzándolo también.

—Eso he dicho, sí —murmuró a nadie en concreto él, deseando poder meter la cabeza del barón de Oslow en una tina de agua helada durante, al menos, un minuto. Quizá así aprendiera a ser más discreto.

—Oh, deberíais ir a Drury Lane. —Se unió animada Rachel a la conversación—. ¿Te gusta Shakespeare, Amy? Están interpretando el *Julio César*.

—Qué idea más excelente —corroboró Els—. Los padres de Andrew tienen un palco allí y este año no han venido a la ciudad. Mi esposo y yo ya la hemos visto en dos ocasiones. —Se volvió a su hermano—. ¿Por qué no vais mañana, Derek?

¿Qué podía decir?

—Será un honor. Señorita Amy —la miró—, ¿le gustaría ir al teatro mañana conmigo?

—Maddie y yo también podríamos… —Quiso Nate apuntarse, sintiéndose culpable de la situación, pero recibió un codazo de Rachel—. Podríamos prestaros nuestro carruaje, si queréis.

—Ya tengo un maldito carruaje, Nate —le increpó Derek—. Tengo dos, de hecho.

Amy, a su pesar, sonrió. Todo aquello era absurdo, sí, y quizá debiera sentirse ofendida porque un caballero soltero la hubiera rechazado antes siquiera de conocerla. Uno muy guapo, además. Pero se estaba divirtiendo, a qué negarlo.

—Será un placer ir con usted al teatro, lord Sheffield.

—¡Llámale Derek! —le recordó la condesa—. Después de todo, te hospedas en nuestra casa y mi madre nos pidió que nos tratáramos con familiaridad.

Forzó la sonrisa y se volvió a él.

—Será un placer, lord Derek.

Vio cómo, una vez más, el caballero se sonrojaba y, a pesar de la situación que él mismo había provocado, sintió cierta simpatía hacia él.

—¡Fantástico! Necesitarás un vestido elegante pero sencillo. ¿No dijo mi madre que habías encargado…?

Los tres caballeros huyeron hacia el príncipe Andréi, que charlaba animado con lord Andrew Beckett, quienes los recibieron con diversión. Estaba claro que ninguno de ellos necesitaba una disertación sobre moda femenina.

Una vez alejados de oídos indiscretos, Nate se vio en la obligación de disculparse… hasta cierto punto.

—No estoy seguro de que mi broma haya sido divertida, Derek.

—No lo ha sido, Nate; te lo confirmo, si es que tienes dudas.

Rob, en cambio, no se sentía responsable; o no demasiado.

—La parte en que la americana te ha escuchado rechazarla no lo ha sido, pero verte forzado a extender una invitación al teatro…

El conde de Harlech se volvió a su cuñado. Incluso Andréi, siempre discreto, lo miró directamente.

—¿Has rechazado a Amy?

¿Por qué la tuteaba?, quiso saber Derek. Que la americana viviera con sus padres no le parecía razón para tanta confianza… Aunque reconoció que le gustó escuchar su propio nombre de pila en los labios de ella, aunque hubiera apuesto el «lord» delante, negándose la confianza que Els le había otorgado sin permiso. O lo hubiera disfrutado de no ser por su mirada reprobadora dirigida hacia él y a nadie más que él.

—¿La dama se ha declarado? —La voz baja e incrédula del príncipe, dirigida a nadie en concreto, lo acabó de enfadar.

—¡Claro que no!

Y se marchó, so pretexto de querer fumar, hacia el balcón. Nadie le creyó: el vizconde de Sheffield detestaba el olor del tabaco.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —insistió Andrei.

—Que Nate es un bocazas —reclamó Rob, haciendo que el barón se sonrojara, resumiendo después lo ocurrido.

—En favor de la dama, diré que no parece ofendida en absoluto

—se defendió el barón de Oslow.

—Parece una mujer muy segura de sí misma, lo que la hace más atractiva ¿O será que no está interesada en Sheffield en absoluto? —quiso saber Harlech.

Chasqueó la lengua Robert.

—Sería una lástima. A Helena le gusta mucho la joven americana.

—También a Rachel.

—Le tiene que gustar a Derek —lo defendió Nate, sintiéndose obligado.

—Si eso es lo que piensas, tendrás que ser más discreto. Lo has lanzado a sus brazos.

—Solo bromeaba —se justificó.

Callaron unos segundos. Finalmente, Robert preguntó al resto.

—¿Irá alguien con ellos al teatro mañana para rebajar la tensión?

—Desde luego que no.

La negativa de todos ellos, dicha con indignación y diversión a partes iguales, hizo reír al conde de Hill.

—De momento, estoy del lado de Derek —hizo saber Nathaniel al resto.

—Todos lo estamos —convino Harlech—. De momento —apuntó jocoso.

—Pero eso no significa que no vayamos a divertirnos a su costa —rio Rob.

—¿A costa de quién? —quiso saber lady Helena, su esposa, que se acercó justo entonces.

Hill no quiso mentir a su mujer, pero, como había dicho, de momento estaba del lado de Derek.

—A costa de Cupido, querida.

Ella lo miró con diversión y solo murmuró:
—Espero que Cupido sepa ser más discreto que vosotros…

Capítulo 3

Frente al tocador, Amy dejó que la joven criada le terminara de sujetar el último bucle sobre la nuca. El vestido color aguamarina le sentaba de maravilla, pero su mente estaba muy lejos de los encajes y del reflejo del espejo.

—Si me permites decirlo, Amy, estás deslumbrante —comentó la doncella con una leve inclinación de cabeza a modo de aprobación, dando un paso atrás para admirar su trabajo—. El vizconde no podrá apartar los ojos de ti.

Amy soltó una pequeña risa carente de ilusión y agitó la mano apenas.

—Créeme, Betsy, lord Sheffield preferiría estar en el peor antro de juegos de la ciudad antes que llevarme esta noche a Drury Lane. Anoche fui lo bastante avispada como para escucharlo con mis propios oídos: no tiene el más mínimo interés en mí. Y, siendo franca, yo tampoco en él.

La muchacha rio, divertida por la flagrante mentira de Amy; quizá no quisiera casarse con el vizconde, seguramente eso era cierto. Pero el tal Sheffield, al que había visto en la casa un par de veces cuando se reunía con el marqués, era, en definitiva, el tipo de hombre que gustaba a su amiga: alto, de hombros anchos, cabello rubio y ojos verdes. Lord Derek, de ser americano, habría tenido a la

señorita Amy Andersen muy, muy interesada.

—¿Y aun así aceptas ir al teatro con milord? —le preguntó, en cambio.

—Por supuesto. De hecho, me parece una oportunidad perfecta —dijo Amy, levantándose del sillón y ajustándose los guantes de cabritilla blanca con determinación—. Verás, si algo he aprendido en los pocos días que llevo bajo este techo, es que la familia Beaufort puede ser implacable cuando decide algo. Su madre, sus tías y sus primos nos van a acosar sin tregua: a él para que siente la cabeza y a mí para que encuentre un prometido inglés antes de que termine la Temporada.

—¿Y saben que tú eres igual de implacable? Porque imagino que no te dejarás manejar a su antojo… —bromeó la criada, adivinando que la señorita tramaba algo.

Amy esbozó una sonrisa astuta ante el espejo.

—Voy a atacar primero. Haré una propuesta al vizconde de Sheffield que le beneficiará tanto como a mí: un cortejo fingido. Algo muy discreto —se apresuró a especificar ante la súbita mirada ladina de Betsy, que parecía decirle cono los ojos que sabía que, para Amy, aquel vizconde era un caballero muy atractivo—. Fingiremos ante su familia que nos estamos conociendo, que hay un interés creciente entre nosotros, lo justo para que todos sosieguen sus ansias casamenteras y nos den un respiro. Para cuando llegue el final de la Temporada, nos despediremos en buenos términos y yo regresaré a Nueva York tan soltera como me fui. ¡Y Jonathan tendrá que aceptar mi soltería y mi presencia en los negocios! —terminó jactándose, celebrando su propia sagacidad.

La doncella ahogó un pequeño gemido de asombro, llevándose las manos al pecho. A pesar de lo acostumbrada que estaba a las maquinaciones, aquella en concreto le sorprendió por su descaro.

—¡Un cortejo falso! Pero ¿y si la familia se entera? ¡El escándalo sería enorme!

—¿Y por qué tendría que enterarse nadie? Además, puedo permitirme un escándalo aquí, dado que viviré el resto de mi vida al oeste del Atlántico. —Se giró hacia ella con una chispa cómplice en sus ojos, tratando de sumarla a su plan—. Vamos, Betsy, que nos conocemos desde que gateábamos por la alfombra de Manhattan, sabes que mis planes rara vez fallan.

Betsy soltó una risita y se acomodó las manos en las caderas.

—Te recuerdo que este hombre es un vizconde británico de la alta alcurnia, no un muchacho de Nueva York al que puedas engatusar para saltarte una lección.

—Justo por ser un vizconde acorralado por sus tías nos va a servir —replicó Amy, dándole un golpecito cariñoso en el brazo con el abanico de marfil—. Piénsalo bien: lord Sheffield quiere su libertad y yo mi espacio. Él solo necesita una excusa convincente para que su familia lo deje en paz un par de meses y yo que no me traten como a una mercancía matrimonial, con la diferencia de que conmigo solo tienen unos meses y a él pueden acosarlo hasta derribarlo y arrastrarlo al altar del brazo de una señorita más adecuada que yo. Le estoy haciendo un favor, en realidad.

Betsy estaba convencida de que nadie sería más apta para aquel vizconde que la señorita Amy, pero se abstuvo de decirlo. Prefirió centrarse en lo obvio: que ellas no entendían la mentalidad británica.

—¿Y de verdad crees que un lord tan estirado va a aceptar actuar como tu enamorado sin más? Te he visto meterte en líos, pero ponerte a actuar frente a toda la nobleza de Londres y arrastrar, además, a un miembro ilustre contigo…

—Los hombres son absurdamente sencillos cuando les das una

vía de escape para no terminar en el altar —aseguró Amy con voz confiada—. Solo necesito cinco minutos a solas con él en el palco del teatro para vendérselo. Ya verás como en cuanto entienda lo que gana, se suma al juego sin dudarlo.

Betsy suspiró, negando con la cabeza, pero incapaz de ocultar la diversión que le causaba la audacia de su amiga. Le acomodó el chal con cuidado sobre los hombros.

—Está bien, discípula de Maquiavelo. Pero como esto termine en un duelo a muerte o con medio Londres persiguiéndote, te juro que regreso a Nueva York y le cuento a tu hermano que aquel fin de semana de invierno, y ya sabes a cuál me refiero, no estabas enferma, sino que te negaste…

—Hecho —la interrumpió Amy, guiñándole un ojo antes de dirigirse hacia la puerta, ignorando que en diciembre engañó a Jonathan para no acudir a la fiesta navideña de los Astor—. Deséame suerte, Betsy. Voy a enseñarle a este vizconde cómo negociamos en los Estados Unidos.

***

—Derek, cariño, debiste venir a cenar —le dijo su madre cuando llegó a la casa de sus padres, en Mount Street.

Sheffield le besó la mejilla al tiempo que respondía:

—Tenía una cita.

No era mentira; lo que no dijo fue que había pedido a un buen amigo que cenara con él en el club para no tener que dar explicaciones sobre por qué prefería la compañía de lord Westbrook a tener que soportar el escrutinio de su familia.

Lady Faith suspiró con suavidad mientras dejaba sobre la mesa auxiliar la taza de té que sostenía. Su mirada, experta más de un

lustro lidiando con los hombres de la familia Beaufort, escudriñó el rostro de su hijo con una mezcla de indulgencia y fingida reprobación.

—Una cita en White's, supongo. Tus primos me han contado que anoche abandonaste la velada temprano… y también que te has ofrecido amablemente a llevar a la señorita Andersen al teatro esta noche. Debiste decírmelo tú —se quejó con un mohín.

Derek se detuvo justo a mitad de camino hacia el decantador de brandi, pues iba a necesitarlo en una noche que se le antojaba una condena. Maldijo en silencio a Nate y a Rob, aquellos dos no perdían el tiempo cuando se trataba de meterlo en aprietos, ya fuera organizándole una cita con una americana o contándoselo a su madre.

—No me ofrecí —corrigió Derek con voz neutra, sirviéndose un poco del licor ambarino—. Surgió la conversación sobre la representación del *Julio César* y me pareció un gesto cortés ofrecerle mi compañía a la invitada de la familia. Nada más.

—Por supuesto —sonrió su madre con una parsimonia destinada a exasperarle—. Una absoluta cortesía. Es reconfortante saber que recuerdas tus modales de caballero, querido. En especial con una joven que ha cruzado el Atlántico tras la triste pérdida de su padre y que apenas conoce a nadie en Londres.

—Madre, no empieces —advirtió él, dando un primer sorbo a su brandi.

—¿Empezar qué, querido? Solo digo que la señorita Andersen es una muchacha encantadora, extremadamente educada y con unos pensamientos muy… digamos que independientes. Me recuerda a mí cuando tenía su edad. Y la nieta de un conde, por cierto —dejó caer, convirtiéndola en apta a los ojos de *la ton*—. Además, el teatro es una excelente manera de introducirse en sociedad. Creo que Amy va

a tener muchos pretendientes, siendo tan hermosa y contando con una dote tan interesante, así que asegúrate de protegerla bien de quien…

—Va a ser una velada formal —zanjó él, queriendo cortar de raíz cualquier fantasía casamentera que su madre o las Cinco Virtudes estuvieran tejiendo en sus mentes—. Cumpliré con el deber de acompañarla, soportaré las miradas de los curiosos en Drury Lane y la devolveré a salvo antes de medianoche.

—Asegúrate de sonreír un poco más. La pobre muchacha podría pensar que la estás llevando al patíbulo en lugar de a ver una obra de Shakespeare. Y deja el vaso y sal al vestíbulo —continuó abroncándolo con diversión—…, diría que Amy está saliendo de su dormitorio y debería encontrarte esperándola.

Cómo lograba su madre escuchar los ruidos de la segunda planta pero no lo que él le decía era un misterio desde que Derek vistiera pantalones largos, uno para el que tampoco su padre, lord Cavendish, tenía respuesta.

Salió al vestíbulo y, como predijera la dueña de la casa, la señorita Amy Andersen apareció en el último tramo de la escalera imperial. Llevaba el vestido de noche en un tono aguamarina que resaltaba su tez clara y el verde de sus ojos, y un sencillo recogido que dejaba al descubierto su cuello y del que salían delicados bucles, acariciándole la nuca.

***

Nada en los ademanes de la joven presagiaba los nervios que sentía, en realidad. Después de todo, Amy sabía que esa noche sería vista en un acontecimiento social por primera vez y sería juzgada por todos tras una primera impresión; tenía, además, una misión que

cumplir: convencer al hombre que la esperaba de que su idea era la salvación de ambos. Sí, se dijo Amy, iba a ser una noche importante, de la que dependerían las siguientes semanas.

Había pasado la mañana recordando la conversación que había escuchado la noche anterior a espaldas del vizconde. Las palabras de lord Derek resonaban en su cabeza con absoluta claridad: «no tengo ningún interés en ella».

Perfecto. El sentimiento era completamente mutuo. Ella no había viajado desde Nueva York para conseguir un marido inglés aristócrata y estirado, guapo o no. Si el vizconde de Sheffield creía que ella iba a deshacerse en halagos o a intentar encandilarlo durante la obra, se llevaría una sorpresa considerable.

Cuando llegó al vestíbulo encontró a lord Derek esperándola junto a la puerta principal. Vestía una chaqueta de corte impecable, camisa almidonada y la corbata anudada a la perfección. Los pantalones, hasta la rodilla, y las botas altas completaban un conjunto que le sentaba como un guante, destacando su perfecta estructura. Debía admitir, muy a su pesar, que el hombre era demasiado atractivo para el bien de cualquier dama. Sin embargo, la rigidez de su postura y la expresión reservada de su rostro delataban que habría preferido estar en cualquier otro lugar antes que allí.

Al escuchar los pasos de Amy, Derek alzó al fin la vista. Durante un breve segundo, sus ojos verdes se detuvieron en ella, recorriendo el vestido aguamarina y la compostura serena de la joven americana, antes de recobrar la máscara de perfecta corrección social.

—Señorita Amy —saludó él, inclinando apenas la cabeza, usando su nombre de pila frente a un título de cortesía, como hiciera ella la noche anterior—. Se ve usted muy elegante.

—Lord Derek —respondió Amy, emulándolo, con una sonrisa tan

educada como fría, inclinando la cabeza en un gesto idéntico al de él —. Le agradezco el cumplido. Y también la molestia de acompañarme esta noche. Estoy segura de que tenía compromisos mucho más apasionantes en su agenda.

Derek arqueó una ceja, detectando de inmediato la ironía que se ocultaba tras la dulzura de su voz.

—Ningún compromiso es más importante que atender a las amigas de mi madre, señorita Amy —replicó él, ofreciéndole el brazo con gesto formal y despidiéndose con la cabeza del mayordomo mientras salían de la casa. Cuando nadie podía escucharlos ya, continuó—: El carruaje nos aguarda y diría que nos espera una larga noche de guerra.

Se refería a la obra de teatro, claro, pues el *Julio César* del Bardo recreaba las batallas del emperador en La Galia, pero no quiso especificar más.

—Oh, no lo dude, milord —murmuró Amy rozando apenas su manga al tomar su brazo para salir a la fría noche de Londres—. Tengo la sensación de que la guerra empezó desde el momento en que aceptó llevarme.

Derek quiso replicar, pero un palafrenero los aguardaba con la portezuela del coche ya abierta. No sería indiscreto ni, reflexionó, quería convertir la noche en una batalla campal. Así que entró en el coche dispuesto a mantenerse en silencio.

El interior del carruaje era amplio y de un tapizado impecable, pero a Amy le pareció repentinamente sofocante. Frente a ella, lord Derek se mantenía erguido, con una pierna cruzada sobre la otra y la mirada fija en el paisaje nocturno de Londres que se deslizaba al otro lado del cristal.

Durante los primeros minutos, el único sonido fue el traqueteo de las ruedas sobre el pavimento de adoquines y el rítmico galope

de los caballos.

—Debo admitir —comenzó Amy, rompiendo el hielo con calma— que no esperaba que la aristocracia británica fuera tan entusiasta con respecto a los entretenimientos de última hora.

Derek desvió la mirada de la ventana para fijarla en ella. La luz tenue de los faroles de la calle iluminaba los rasgos de su rostro por intervalos.

—A la alta sociedad de Londres le apasiona cualquier cosa que la saque de su rutina, señorita Amy —respondió él con voz pausada—. Aunque a veces esa pasión sea impulsada por la insistencia de la familia.

—Entiendo. Así que la insistencia familiar es un mal universal, no solo americano —dijo ella, sintiéndose incómoda ante su postura relajada, queriendo azuzarlo, culpándolo de su propia perturbación —. Le aseguro, milord, que no es necesario que mantenga esta posición de mártir resignado durante toda la velada. Si tanto le incomoda ser mi acompañante, podría habérselo explicado a su madre o a sus primos. Yo sabré defenderme sola a la perfección en un palco, con chaperona o sin ella.

Derek entornó apenas los ojos. Había algo en el tono directo de la joven neoyorquina que le resultaba insultantemente refrescante. Ninguna dama en Londres hablaba a un caballero con semejante descaro.

—Créame cuando le digo que no soy ningún mártir ni pretendo serlo tampoco —replicó Derek, inclinándose apenas un centímetro hacia delante—. Y si algo me han enseñado en mi familia es a cumplir con la palabra dada. Prometí llevarla al teatro y eso es justo lo que estoy haciendo. Además, no recuerdo haber dicho que su compañía me resultara incómoda.

—No ha necesitado decírmelo —contestó ella al instante,

sosteniéndole la mirada sin pestañear—. La noche anterior sus palabras en el salón de la princesa Romanova fueron bastante elocuentes. Bastó un «no tengo ningún interés en ella» para que su postura quedara meridianamente clara.

El silencio volvió a instalarse en el carruaje, pero esta vez cargado de una atmósfera distinta, cortante. Quizá debía disculparse, pero ¿por qué lo haría? No estar interesado en una dama o, en concreto, en casarse con ella, no era ningún pecado.

—Así que admite que lo escuchó —constató él, sin perder la compostura, aunque sintió un fogonazo de reproches hacia sí mismo.

—Hasta la última palabra —admitió Amy con poca elegancia, pues una señorita habría obviado su comentario con modestia—. Y no tiene de qué preocuparse, lord Sheffield. No vine a Inglaterra buscando pescar a un vizconde ni a robarle su preciada libertad. Así que puede relajarse: no corre ningún peligro a mi lado.

En ese preciso instante el carruaje aminoró la marcha hasta detenerse por completo, ahorrándole una respuesta. La iluminación exterior y el murmullo de la multitud anunciaban que habían llegado a las puertas de Drury Lane.

El lacayo abrió la portezuela y bajó el escalón. Derek descendió primero y se volvió para ofrecerle la mano a Amy.

Cuando ella apoyó la suya —ligera y enguantada— sobre la de él para descender, Derek sintió un sutil cosquilleo que lo obligó a mirarla directamente a los ojos. Amy lo observaba con una mezcla de desafío y diversión.

—Bienvenida al teatro de Drury Lane, señorita Andersen —murmuró el vizconde al fin, apretando apenas sus dedos sobre los de ella antes de colocar su mano sobre su brazo—. Veamos qué tal se nos da interpretar nuestros papeles esta noche.

Capítulo 4

El vestíbulo del teatro Drury Lane era un hervidero de seda, terciopelo y joyas deslumbrantes bajo las colosales arañas de cristal. La crema y nata de la sociedad londinense se congregaba entre risas sofocadas, saludos a través de los abanicos de marfil y miradas inquisitivas que pasaban de un grupo a otro tratando de adivinar quiénes regalarían los cotilleos más jugosos en los siguientes meses.

Al cruzar el umbral con el brazo unido al de lord Derek, Amy sintió el impacto inmediato de la atención general. No fue un griterío estridente, sino un leve murmullo que recorrió el recinto con la rapidez del viento: el codiciado vizconde de Sheffield, el soltero más esquivo y cotizado de Mayfair, no solo había acudido al teatro, sino que lo hacía acompañando a una dama, una joven que no vestía según la estricta y predecible sobriedad pastel británica, sino con un color audaz poco acostumbrado en las jóvenes solteras. Siendo neoyorquina, lo consideraron una estridencia americana, se dijo Amy, nerviosa ante la atención no deseada.

—Trate de no parecer fascinada por los murmullos, señorita Amy —murmuró Derek a su lado, con la mirada fija al frente y la mandíbula apretada por una tensión apenas contenida—. Nos están observando la mitad de los pares del reino y la totalidad de sus madres con intenciones casamenteras.

—Le aseguro que no estoy fascinada en lo más mínimo, milord —respondió ella, también en un susurro, esbozando una sonrisa de complacencia formal para la multitud que abarrotaba los pasillos—. De hecho, me resulta bastante entretenido. En Manhattan la gente suele tener asuntos mucho más productivos y rentables que atender antes que dedicar la noche a especular sobre con quién camina un caballero.

—Londres no es Manhattan, como pronto comprobará —sentenció él mientras subían con elegancia por la gran escalinata de mármol hacia la zona reservada de los palcos privados.

—Como sea, algo me dice que le miran más a usted que a mí, milord. Y que las madres que mencionaba me evalúan como rival de su atención.

Aquellas palabras, pronunciadas mientras avanzaban entre el gentío, aumentaron la incomodidad de Derek. Al principio, su molestia provenía del hecho evidente y fastidioso de convertirse en el centro indiscutible de los chismes de la ciudad. Pero cuando se detuvieron con disimulo para esquivar a un grupo de matronas, tres caballeros de impecable indumentaria y corte aristocrático se aproximaron hacia ellos con una prisa apenas disimulada.

—¡Sheffield! —exclamó lord Archibald Vance, uno de los solteros más acaudalados de Mayfair, inclinándose con una elegancia estudiada—. Qué grata e inesperada sorpresa encontrarlo aquí. No es habitual verle en el teatro a estas alturas de la semana y mucho menos tan bien acompañado.

A su lado, lord Harrington, un caballero de sonrisa fácil y conocida reputación de seductor, no apartaba los ojos del rostro de Amy.

—Ciertamente, Sheffield —añadió Harrington, dando un paso al frente con calculada osadía—. ¿No vas a presentarnos a tu

cautivadora acompañante? Me temo que la belleza de la señorita ha dejado en la más absoluta penumbra al resto del vestíbulo.

Derek sintió una extraña incomodidad en el pecho. La forma en que Harrington repasaba la silueta de Amy enfundada en su vestido aguamarina y la desenvoltura descarada con la que Vance le sonreía le resultaron irritantes.

—Caballeros —saludó Derek con una frialdad capaz de congelar las aguas del Támesis—, les presento a la señorita Amy Andersen, de Nueva York. Se halla pasando una temporada en la ciudad como invitada de mi madre, la marquesa de Aberdeen. Señorita Andersen: lord Vance y lord Harrington.

Amy realizó una inclinación perfecta, acompañada de una sonrisa distante.

—Es un honor, señorita Andersen —dijo Vance, tomando la mano enguantada de Amy y rozándola con los labios un segundo más de lo necesario—. Una neoyorquina… Eso explica el aire tan fresco y deslumbrante que ha traído a esta ciudad tan gris. Confío en que lord Sheffield no pretenda monopolizar su atención durante esta temporada.

Derek hubiera querido apartarlo de un empellón.

—Aún no he comenzado a organizar mi agenda, lord Vance —respondió Amy, consciente de la rigidez creciente en el brazo de su acompañante—. Pero le agradezco sus amables palabras.

Harrington sonrió, abiertamente fascinado por la joven.

—Espero que me conceda un hueco en esa agenda, señorita. Y también en sus carnés de baile. Sería una verdadera lástima que Londres no tuviera la oportunidad de admirar a una dama tan excepcional.

Derek dio un paso sutil hacia adelante, acortando el espacio y bloqueando de forma tajante la trayectoria de Harrington hacia Amy.

—Si nos disculpan, señores —interrumpió con un tono firme que no admitía réplica—, la función está a punto de comenzar y no me gustaría que la señorita Andersen se perdiera el inicio del primer acto.

—Por supuesto, Sheffield. No los entretenemos más —dijo Harrington, aunque sus ojos siguieron la figura de Amy mientras Derek la guiaba con firmeza hacia el pasillo de los palcos—. Nos veremos en el entreacto, señorita Andersen.

Al entrar en el antepalco privado de la familia Montague los recibió la penumbra del recinto, envuelto en el rojo carmesí de las cortinas de terciopelo, creando una atmósfera de repentina intimidad.

Derek caminó hasta situarse detrás de la silla de Amy mientras ella se acomodaba en el borde de la barandilla. Desde su posición elevada, el vizconde vio con creciente turbación cómo, desde el patio de butacas y los palcos vecinos, muchos de los asistentes los observaban sin disimulo. Amy era, sin duda, el centro de atención de la noche. Una americana deslumbrante que había logrado acaparar las miradas de los caballeros más codiciados de Londres mientras mantenía al inalcanzable vizconde de Sheffield a su lado.

A Derek, para su propio desconcierto, le resultaba profundamente incómodo que todo el mundo la contemplara con tanto descaro… y también difícil no mirarla él mismo, reconoció asombrado.

Sin embargo, lo que terminó por desarmar a Derek no fue la atención desmedida de los hombres presentes, sino la actitud de Amy. Esperaba ver en ella un atisbo de vanidad, esa leve coquetería satisfecha que cualquier otra dama habría desplegado tras haber dejado sin aliento a dos caballeros. Pero ella ni siquiera miraba hacia la multitud, estaba absorta mirando el escenario, esperando cual

niña la víspera de Navidad que comenzara el espectáculo.

En cuanto los músicos de la orquesta terminaron de afinar y el telón comenzó a alzarse, Amy pareció olvidarse por completo de la alta sociedad, de los cuchicheos y de las miradas que apuntaban hacia ella. Su atención se volcó por entero en el escenario.

Se representaba una obra que Amy no conocía y seguía cada verso de Shakespeare con una concentración casi reverente. Sus ojos claros brillaban con intensidad ante los parlamentos de Bruto y Casio, reaccionando a la tensión dramática de la obra con una devoción auténtica y fascinada. No era que careciera de vanidad femenina, lo que ocurría era que la sociedad británica le resultaba un escenario ajeno e irrelevante. No tenía el menor interés en agradar a los caballeros de Mayfair ni en escalar posiciones en el escalafón social de una ciudad a la que no pertenecía y en la que jamás pensaba casarse. Para ella, estar en Drury Lane era una oportunidad magnífica para disfrutar del gran teatro, no para exhibirse como un trofeo.

Y para convencer a lord Derek de que aceptara su propuesta, desde luego, pero eso no ocurriría hasta el intermedio; podía dejarse llevar por las aventuras y desventuras de la República a de Roma antes de eso.

Derek la observaba desde la penumbra de la silla, impresionado a su pesar. Aquel desapego absoluto por el juicio de Londres la hacía, por desgracia para su tranquilidad, diez veces más atractiva que cualquier otra joven presente.

Cuando el telón cayó para marcar la mitad de la función y las lámparas del teatro se encendieron, el aplauso estruendoso del público rompió el trance. Amy suspiró con genuino entusiasmo y se giró hacia él con las mejillas salpicadas de rubor, encendidas por la emoción del espectáculo.

—Es sencillamente magnífico, lord Derek, gracias por acompañarme —le dijo—. La conspiración de los senadores es brillante.

—Me alegra que la obra sea de su agrado, Amy —respondió él, tuteándola de manera espontánea aun sin permiso ni haberlo planeado—. Aunque me temo que ha sido usted la única persona en este recinto concentrada en lo que ocurría sobre el escenario.

Amy ladeó la cabeza, confundida por sus palabras.

—¿A qué se refiere?

—A que lord Vance, lord Harrington y al menos una docena más de caballeros apenas han mirado a los actores. Han pasado la última hora contemplando su perfil.

La americana parpadeó, miró hacia la multitud con una pincelada de indiferencia y luego volvió a fijar la vista en el vizconde, dejando escapar una risita baja y despreocupada.

—Pues qué mala inversión han hecho de su tiempo, Derek —replicó ella, queriendo tutearle para crear una complicidad adecuada para sus intenciones—. Shakespeare estaba en el escenario, no en este balcón.

Hizo una pausa, mirando hacia la puerta del antepalco antes de dar un paso más hacia él.

—Y ya que el entreacto nos brinda unos minutos de privacidad —dudó antes de seguir—… creo que es el momento adecuado para explicarle la idea que se me ha ocurrido y que podría…

Sin embargo, antes de que Amy pudiera articular la primera frase de su meticuloso plan, la puerta del palco se abrió de par en par.

Para fastidio de Derek, un nutrido grupo de visitantes irrumpió en la estancia. Lady Jersey y lady Cowper encabezaban la comitiva de damas, impacientes por examinar de cerca a la misteriosa neoyorquina de la que todo el mundo hablaba, mientras que tras

ellas se colaron los inevitables lord Vance y lord Harrington, acompañados de otros dos caballeros deseosos de entablar conversación con la hermosa desconocida.

Sheffield no podía negar la entrada a nadie y la presencia de la principal patrocinadora de Almack's para interesarse por la joven haría, además, muy feliz a su madre. Con suerte lo consideraría un éxito de su hijo y le daría una tregua en sus intenciones. Ella y sus hermanas —y también sus primas— estarían demasiado ocupadas preparando a Amy para las veladas de los miércoles, se felicitó al tiempo que tomaba la mano de la codiciada esposa del primer ministro.

—¡Derek, querido! —exclamó lady Jersey con una sonrisa afilada —. No podíamos dejar pasar la oportunidad de felicitarte por tu acompañante y dar la bienvenida a la señorita Andersen a Londres. Creo que es prima lejana del conde de Maine, ¿no es cierto?

Por descontado, muchos sabían ya quién moraba en Mount Street. Y no esperaban confirmación; se disputaban la atención tratando de demostrar cuán informados estaban. El vizconde los dejó hacer, limitándose a observar cómo se desenvolvía su acompañante.

Durante los siguientes veinte minutos, el palco se convirtió en una combinación de peticiones de baile, preguntas con doble sentido y galanteos premeditados. Amy respondió a cada una de las damas con una cortesía impecable pero distante, y declinó con suma elegancia las insistentes indirectas de los caballeros que intentaban asegurarse tiempo con ella, ya fuera para los próximos eventos de la Temporada o, con suerte, un paseo en carruaje por Hyde Park alguna mañana.

De pie a su lado, rígido, Derek no podía ocultar una cierta sombra de irritación. Amy acaparaba la atención de todos los

hombres presentes y los manejaba con una desenvoltura casi mecánica, como si estuviera acostumbrada a las galanterías de otros. A él lo había tratado del mismo modo y le molestaba., reconoció. Como si su compañía fuera también impuesta, como la de Vance o Harrington.

Cuando las visitas por fin se retiraron y el público volvió a ocupar sus asientos para el segundo acto, la atmósfera en el palco se había vuelto densa y cargada. Amy lamentaba la oportunidad perdida de hablar con él a solas; él estaba inusitadamente colérico.

Durante la otra mitad de la representación, Derek, incapaz de reconducir sus propios pensamientos, pasó gran parte del tiempo con la mirada fija en Amy. En la semioscuridad del palco, observaba el perfil de su rostro, el brillo sutil de su piel bajo la luz tenue, la curva elegante de su cuello y la firmeza serena de sus labios. Por primera vez, comprendió con absoluta claridad qué era con exactitud lo que los demás hombres veían en ella: no era solo una cara bonita o un vestido deslumbrante, sino una fuerza vital, una independencia y un fuego interno que rara vez se encontraban en las damas de Mayfair.

Amy, que hasta ese momento se había mantenido impertérrita, comenzó a sentir el peso constante de la mirada del vizconde. La intensidad de sus ojos verdes clavados en ella resultaba casi física, una presencia tibia que le recorría la nuca y le aceleraba el pulso de forma traicionera.

Intentó concentrarse en la trágica muerte de César, pero sentía la atención de Derek sobre ella. Un calor repentino le subió por las mejillas. Sabía perfectamente lo que era aquello: el inicio de una atracción innegable. Pero Amy se negó a reconocer, ni siquiera para sí misma, lo que su doncella Betsy había callado también: que aquel hombre, aquel caballero británico, era justo su tipo. Sin embargo, no

se dejaría embelesar por la mirada penetrante de un aristócrata inglés. No era tan superficial, o eso esperaba.

Cuando la obra llegó a su término y los aplausos finales concluyeron, esperaron a que el teatro se vaciara para evitar a la multitud. El regreso al carruaje se realizó en un silencio tenso e incómodo.

El trayecto hacia la casa de los padres de Derek en Mount Street estuvo dominado por un ambiente pesado y abrumador. La atmósfera entre ellos se sentía enrarecida, cargada de todo lo que habían descubierto sobre el otro en el palco.

Amy, sintiendo que la presión dentro de su pecho aumentaba a cada tramo del camino y temiendo no tener otra oportunidad de hablar a solas con él, decidió que no podía esperar más. Sin embargo, la frialdad con la que había ensayado el discurso en su dormitorio se esfumó como por arte de magia, dejándola hecha un manojo de nervios.

—Lord Derek —comenzó, hablando con rapidez y en un tono que sonó inesperadamente atropellado—, debo hacerle una propuesta antes de que lleguemos.

Derek se giró hacia ella en la penumbra del carruaje, alzando una ceja con sorpresa ante el repentino nerviosismo que destilaba su voz.

—La escucho, Amy.

Amy se acomodó los guantes con manos temblorosas, maldiciéndose en su interior por perder la serenidad de la que tanto se enorgullecía.

—Considerando… considerando la insistencia de su familia por verlo casado y la presión que yo comienzo a sentir para hacerme con un pretendiente en esta ciudad, me parece evidente que a ambos nos conviene una solución práctica —espetó sin tomarse un solo

segundo para respirar, hablando con una brusquedad casi torpe—. Le propongo que simulemos un cortejo. Un acuerdo fingido durante lo que resta de la Temporada. Aparentaremos ante su madre y ante la sociedad que existe un interés mutuo entre nosotros. De ese modo, las matronas lo dejarán en paz a usted y a mí me permitirán disfrutar de los bailes sin acosos casamenteros. Cuando llegue agosto, nos separaremos de forma amistosa y yo me marcharé a Nueva York, no necesitaremos dar explicaciones. Los demás asumirán que, sencillamente, no ha funcionado para nosotros. —Se impacientó ante su ausencia de respuesta—. ¿Qué le parece?

Las palabras de la americana quedaron flotando en el aire. Derek la miró en absoluto silencio, mudo ante la precipitación y la audacia de su plan. No tuvo tiempo de responder, aunque, como reconocería más tarde, tampoco hubiera sabido qué decirle.

En ese preciso instante, el carruaje aminoró la marcha y se detuvo con brusquedad frente a la mansión de Mount Street. Antes de que el lacayo pudiera bajar el escalón tras abrir la portezuela, invadida por el bochorno y la incomodidad, consecuencia de lo mal que había expuesto el asunto, Amy se recogió las faldas con prisa, descendió del coche de un salto ante la sorpresa del sirviente y echo a andar hacia la entrada de la casa sin decir nada más, sin mirar atrás y sin esperar una contestación o despedida del vizconde.

Deseaba refugiarse en su habitación y olvidar por completo lo que acababa de ocurrir.

Capítulo 5

El trayecto desde Mount Street hasta Hill Street transcurrió para Derek en un estado de ensimismamiento, acompañado solo por el martilleo constante de los cascos sobre los adoquines húmedos. Todavía podía escuchar el ruido sordo con el que la portezuela del carruaje se había cerrado de golpe y la visión de Amy Andersen huyendo escaleras arriba hacia la casa de sus padres como si la estuviera persiguiendo el mismísimo diablo. El gesto de Jonas, el viejo mayordomo, al verla entrar con las faldas arremangadas y a toda prisa, no tenía precio.

Ya en su residencia, entregó el sombrero el abrigo y los guantes a su valet con un ademán ajeno y desprovisto de su acostumbrada cortesía. No se dirigió a sus aposentos principales; en su lugar, encaminó sus pasos hacia la biblioteca. Necesitaba el refugio que le brindaba el olor familiar a cuero, encuadernaciones antiguas y cera de abeja para procesar la tormenta de pensamientos que lo asediaban. Se acomodó en el amplio sillón de orejas frente a la chimenea, apagada porque no había avisado a nadie de que caldearan la estancia. Su mente repetía con una precisión exasperante cada palabra, cada matiz y cada titubeo de la indómita americana mientras le proponía su descabellado plan.

Un cortejo simulado.

La mera idea era una extravagancia escandalosa, un insulto a la etiqueta de la que tanto se enorgullecía como caballero y un crimen contra el decoro de la alta sociedad. En circunstancias normales, habría descartado semejante desfachatez con una risotada incrédula antes de olvidar el asunto. Sin embargo, conforme la calma y el silencio le templaban el ánimo, Derek comenzó a desmenuzar la propuesta con el frío pragmatismo con el que manejaba sus fincas y sus inversiones.

Por un lado, la idea entrañaba ventajas indiscutibles que ningún hombre sensato en su posición podía ignorar. Si aceptaba el acuerdo, pasaría los siguientes meses haciendo lo que su madre y sus tías le exigían a gritos: dejarse ver en público con una actitud proclive al matrimonio, visitando palcos y salones al lado de una dama casadera y dando la imagen de un caballero dispuesto a abandonar la soltería. La familia Beaufort y las matronas de la alta sociedad darían por satisfecha su voracidad casamentera y le concederían una tregua que sería más que bienvenida, desviando su atención hacia algún otro caballero más desgraciado. Además, la perspectiva de compartir veladas, paseos y bailes con la señorita Andersen distaba mucho de ser un martirio, como ella lo había descrito. Amy parecía una joven culta e inteligente y poseía de una belleza audaz que le provocaba una especie de tormento estimulante.

Sin embargo, era esa atracción latente la que alimentaba sus mayores reticencias. La señorita Andersen no era una joven provinciana e insípida a la que pudiera manipular con cumplidos vacíos. Pasar semanas a su lado, fingiendo miradas de devoción, rozando sus dedos en los bailes y compartiendo confidencias en la intimidad de los balcones entrañaba un peligro para su tranquilidad. Derek no era ningún santo. Aunque ella no tuviera la menor

intención de atrapar a un marido inglés y él no albergara el menor deseo de pasar por el altar sin estar enamorado y seguro, la cercanía continuada con Amy podía arrastrarlos a sobrepasar ciertos límites. Y un hombre de honor no jugaba con la reputación de una dama bajo la tutela de su propia familia. No sin asumir unas consecuencias inasumibles para él.

Por si fuera poco, su conciencia se rebelaba contra las argucias. Un caballero adulto, un hombre hecho y derecho, no mentía. La noción de escenificar una farsa ante su propia madre —quien observaría sus pasos con ilusión— y ante el resto de su familia le provocaba un amargo sabor de boca, todo ello suponiendo que fuera capaz de engañar a los primos Beau, que tan bien lo conocían. Además, ¿en qué clase de hombre se estaba convirtiendo si necesitaba esconderse tras el abanico de una neoyorquina para eludir la presión de su propia estirpe? En aquella maniobra de evasión había algo infantil e impropio de un vizconde de veintinueve años.

Derek apuró el vaso de un trago, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, soltando un largo e irritado suspiro.

Fue entonces cuando un detalle cobró protagonismo en su memoria. Volvió a evocar el rostro de Amy en la penumbra del carruaje: los guantes estrujados por unos dedos temblorosos, la torpeza en su voz, la rigidez con la que intentó disfrazar su incomodidad y esa fuga hacia la entrada de la casa sin aguardar una respuesta. Aquella no había sido la conducta de una mujer fría y calculadora, acostumbrada a manejarse con los hombres que la galanteaban, la dama que había actuado durante el intermedio frente a la nobleza, con lady Jersey a la cabeza, como una joven con experiencia social. No, sus acciones parecían la reacción desesperada de una muchacha acorralada.

Sintió una punzada en el pecho. Quizá había valorado la situación desde un prisma equivocado. Amy Andersen acababa de desembarcar en un país extraño, sola, separada de su entorno y empujada de lleno al engranaje implacable de la aristocracia británica y las maquinaciones de sus tías. Se encontraba bajo el techo de unas Beaufort exigentes e iba a rodearse por una corte de cazafortunas y caballeros insistentes que no le daría tregua. ¿Y si no sabía cómo comportarse en semejante nido de víboras ni cómo proteger la independencia que tanto parecía valorar?

Aquella propuesta disparatada no era el fruto de una mente maestra; había sido una petición de ayuda desesperada, un grito de auxilio disfrazado tras el orgullo y la terquedad típica de los americanos. Y él, como caballero, como anfitrión y como hombre de honor, tenía el deber ineludible de tenderle la mano y rescatarla, aunque solo fuera para enseñarle a navegar por las turbulentas aguas de Londres.

Sí, se dijo sintiéndose heroico, tendría que aceptar su propuesta y encontrar el modo de engañar a sus primos.

Cómo lograrlo y cómo mantener las distancias con la audaz Amy Andersen lo mantuvieron despierto hasta altas horas de la madrugada.

***

No muy lejos de allí, en la segunda planta de la mansión de Mount Street, el ambiente en el dormitorio de Amy era mucho más caótico.

Deambulaba con pasos nerviosos de un extremo a otro de la hermosa Aubusson, con las faldas del vestido crujiendo a cada giro brusco y un rubor abrasador en las mejillas. Betsy, que la aguardaba con paciencia con la ropa de noche sobre los brazos, seguía la

trayectoria frenética de su amiga con una mirada divertida.

—Si continúas marcando el paso de esa manera, los marqueses van a pensar que has metido un caballo desbocado en tu habitación —bromeó al fin la criada, dejando resignada las prendas sobre la banqueta del tocador.

Amy se detuvo en seco, soltando un gemido de pura mortificación mientras se cubría el rostro con ambas manos.

—Ha sido un desastre, Betsy. Un desastre colosal, espantoso y de una ordinariez absoluta.

—¿Tan horribles eran los actores? —inquirió la criada con total naturalidad, buscando que la otra se relajara al tiempo que se acercaba para ayudarla a soltar los botones de la espalda—. Tenía entendido que la obra de ese tal señor Shakespeare era lo más distinguido de la ciudad.

—¡La representación ha sido soberbia! —se volvió Amy, indignada porque se estaba burlando de ella, girándose después para facilitarle la tarea—. El desastre no ha estado sobre el escenario, Betsy, ¡el desastre he sido yo! Le he expuesto la propuesta en el carruaje de regreso… y no te imaginas lo ridícula que he estado.

Betsy detuvo las manos un segundo, incapaz de ocultar su curiosidad.

—Pensé que tenías un discurso ensayado desde esta mañana. No eres de las que deja las cosas importantes a la improvisación.

—¡Y lo tenía! Lo había repasado frente al espejo hasta aprendérmelo de memoria —le explicó, gesticulando con vehemencia mientras la doncella le retiraba con cuidado la prenda por los hombros y la deslizaba por la cadera—. Sabía que tenía que sonar razonable, pero en cuanto el coche se puso en marcha y me vi a solas con él, toda mi probidad se evaporó. Hablé demasiado rápido

—recordó, avergonzada—, soné atropellada, al borde del desquicio. Parecía una marchante de grano en Wall Street intentando estafar a un comprador antes de que cierre la bolsa.

—Eso sí que es una novedad. —Betsy estaba asombrada como pocas veces—. ¿Estás segura de que no estás exagerando un poco?

—¡No!, y eso no es lo peor —prosiguió Amy mientras la doncella le ajustaba las cintas del camisón—. Cuando el carruaje se detuvo en la puerta, entré en pánico. Me quedé tan horrorizada por mi actuación que ni siquiera le dejé responder. Ni una sola palabra, Betsy, ¡ni una sola! No esperé a que abriera la boca, no le di tiempo a decir si le parecía una buena idea o una auténtica locura. Me recogí las faldas, salté del carruaje antes de que el lacayo pusiera el escalón y eché a correr hacia la entrada como si hubiera cometido un crimen, dejándolo allí plantado, a oscuras y con la palabra en la boca. La cara del mayordomo fue un poema. ¡Dios, no volveré a salir de esta habitación! ¿Crees que podríamos inventar alguna excusa convincente y regresar ya a América?

La doncella parpadeó un par de veces, procesando la imagen de la siempre contenida señorita Andersen huyendo a brincos de un caballero. De pronto, una risita sofocada se le escapó entre los labios, seguida de una carcajada franca que tuvo que taparse con rapidez usando la manga, no queriendo ofender a la otra.

—¿Te estás riendo de mí? —la reprendió Amy, frunciendo el ceño con indignada incredulidad—. ¡Betsy, te estoy contando mi mayor tragedia!

—¡Te pido perdón, de verdad! —logró articular, intentando recobrar la compostura sin demasiado éxito mientras tomaba el cepillo de marfil—. ¿La gran estratega de Manhattan, la mujer que iba a dar una lección de negociación a un vizconde de Inglaterra, ha salido huyendo como una chiquilla que ha roto un cristal con una

pelota? —No pudo evitarlo, volvió a proferir en carcajadas, para desesperación de su señora.

—¡Fue un acto de pura supervivencia! —se defendió Amy, dejándose caer sobre la banqueta del tocador con los brazos cruzados sobre el pecho. Su amiga comenzó a soltarle el recogido y a cepillar el cabello de color trigo—. No podía sostenerle la mirada. Si me hubiera dicho que no con esa frialdad diplomática que tiene… Peor aún, si se hubiera burlado de mí, habría terminado tirándole el abanico a la cabeza. Ahora estará convencido de que soy una demente. Mañana ni siquiera podrá mirarme sin esa mezcla de compasión y burla que tanto desprecio.

—O tal vez piense que las damas americanas tenemos una forma muy particular de manejarnos —sugirió Betsy con ironía, trazando pasadas suaves y rítmicas sobre su larga melena—. Vamos, Amy, cálmate. Si el vizconde de Sheffield rechaza el trato, al menos no te habrás quedado con la duda.

Amy suspiró a fondo, viendo cómo el cepillo deshacía los bucles para convertirlos en una cascada ondulada.

—Supongo que tienes razón —murmuró, contemplando la luz vacilante de las velas reflejada en el espejo—. Da igual. Si dice que no, podré soportar las veladas, declinar los bailes y esquivar a los pretendientes por mi cuenta. Tampoco es que la sociedad de este país requiera de un talento extraordinario.

La doncella ladeó la cabeza.

—Hablando de pretendientes… —empezó con tono despreocupado—, ¿no has conocido a nadie interesante en el teatro? Supongo que el palco de una desconocida hermosa como tú se habrá llenado de caballeros distinguidos durante el descanso.

Amy hizo un ademán despectivo con la mano, restándole cualquier importancia al asunto.

—Aparecieron unos cuantos: lord Vance, lord Harrington y un par de condes y barones más cuyos títulos ni me molesté en memorizar. Ingleses con una falsa sonrisa, cumplidos vacíos y esa forma insoportable de mirar a una señorita, como si fuera una pieza evaluable. Esta noche he confirmado que no estoy hecha para ser la esposa de un inglés.

—Si tú lo dices… —concluyó Betsy, recogiendo el pelo de Amy en una trenza floja para la noche—. Aunque algo me dice que sí hay un inglés, uno al menos, hecho a la medida de tus gustos.

—Buenas noches, Betsy. Descansa… —La ignoró, sabiendo bien a quién se refería y no queriendo mencionar al vizconde frente al que había hecho el mayor ridículo de su existencia.

Una vez sola en la habitación, Amy se deslizó bajo las sábanas de lino fino y se cubrió hasta la barbilla. Intentó forzarse a pensar en los pasajes de *Julio César* que tanto le habían gustado durante la primera parte de la obra de teatro. Sin embargo, su mente parecía esa noche una criatura indomable. Cada vez que cerraba los ojos, el escenario de Drury Lane desaparecía por completo para ser sustituido por la presencia traviesa de su acompañante.

Volvió a verse en la penumbra del palco, sintiendo el calor inconfundible de la mirada de Derek clavada en su perfil durante todo el segundo acto. Recordó la forma en que la luz de las arañas de cristal destacaba la línea firme de su mandíbula, el corte impecable de sus hombros bajo la chaqueta de gala y esa aura de autoridad serena que parecía envolverlo sin el menor esfuerzo. Recordó también, con un vuelco inoportuno en el estómago, el escalofrío sutil que le había recorrido la piel cuando la mano de él —firme, grande y cálida— había rodeado sus dedos para ayudarla a descender del carruaje.

Amy se giró en la cama con exasperación, abrazando la

almohada con enfado.

No quería admitirlo, ni ante la mirada aguda de Betsy ni ante sí misma en la intimidad de sus pensamientos, pero aquel vizconde distante había dejado una huella en su memoria, una que ninguno de los elegantes y aduladores lores de Mayfair lograría borrar.

Con el ardor de esos ojos verdes flotando en su memoria, Amy terminó por rendirse al sueño.

Capítulo 6

Amy se propuso entretenerse durante toda la mañana con un libro, tratando de acallar sus inquietudes. Tras una noche de sueño esquivo y llena de pensamientos encontrados, acudió al comedor dispuesta a afrontar la mirada escrutadora de lady Faith, quien, sin duda, querría saber qué tal había ido en el teatro. No obstante, la marquesa de Aberdeen la recibió con la amabilidad habitual.

—Tengo un plan excelente para esta tarde, querida —le anunció mientras disponía con elegancia la confitura de naranjas sobre una tostada—. En el veintitrés de Regent Street se encuentra la propiedad del duque de Beaufort. No reside nadie de forma permanente allí, pues mi padre está impedido y vive en Yorkshire, y es una especie de cuartel general para cuando la familia se reúne en Londres desde Pascua hasta la veda del urogallo. Me gustaría que la visitáramos juntas y, sobre todo, que te sintieras libre de acudir allí cuando requieras de soledad. Aunque podría ocurrir que encontráramos a un puñado de Beaufort allí, a mis sobrinas les gusta quedar en el comedor que da al jardín y planificar fiestas. Cuando acabemos de desayunar podemos acercarnos, si te parece. Son apenas veinte minutos de paseo y esta mañana el sol parece querer honrarnos con su presencia.

Amy asintió con sonrisa dócil, satisfecha por mantenerse

ocupada y alejar la cabeza del recuerdo de lord Derek.

Sin embargo, cuando lady Faith y Amy descendieron la escalinata de la mansión, hallaron en la entrada al mismísimo vizconde de Sheffield.

Amy sintió la turbación propia del recuerdo de la víspera. Temió que él le recriminara de algún modo su huida desordenada del carruaje, mas irguió la postura para mostrar una expresión distante.

—¡Derek, querido! —exclamó lady Faith con sorpresa al ver a su hijo—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Buenos días, madre. Señorita Amy —saludó Derek, inclinando la cabeza con gentil cortesía. Había en su rostro una sobria serenidad. Regresó la mirada a la marquesa—. No te hagas la sorprendida, paso muchas mañanas en la biblioteca con padre.

—Lo sé —respondió divertida lady Faith—, pero, justo hoy, tu padre ha salido temprano hacia el club. Veo por tu expresión que no lo sabías. Nosotras nos dirigimos al número veintitrés de Regent Street, ¿por qué no nos acompañas?

No era una invitación, era una orden y así se lo hizo saber con la mirada a pesar del tono interrogante.

—¿Has quedado allí con mis primas? ¿No? —Lo último que quería era enfrentarlas siendo el único caballero en la mansión y, además, un caballero soltero—. Entonces os acompaño —aceptó no sin cierta vacilación, haciéndose a un lado para ofrecer el brazo a la marquesa y escoltarla.

Pero esta lo rechazó, mirando en cambio a la joven americana, invitándolo a que la escoltara a ella. Aquello tampoco era una sugerencia. Se volvió, pues, hacia Amy y, seguro de que su madre no podía verlo, puso los ojos en blanco en un gesto teatral. Era una petición poco sutil para que pasearan juntos. Tenía que darle la razón a aquella neoyorquina: la presión sobre ambos iba a ser

importante y constante. Extendió el antebrazo con parsimonia. Ella dudó un instante antes de apoyar sus dedos enguantados sobre él. El firme sostén de su mano evocó la misma calidez de la velada anterior.

—Confío en que pasara buena noche tras la función en el teatro, señorita Amy —dijo Derek en voz baja mientras la guiaba hacia el interior de la acera—. Parecía tener cierta premura por retirarse a sus aposentos.

Amy le sostuvo la mirada, tratando sin conseguirlo de retirar la mano de su amarre.

—Descansé de forma apacible, milord, y le agradezco su preocupación —replicó en tono fingidamente dulce—. Acostumbro a dar por concluidos los asuntos del día sin demoras innecesarias.

Una ligera inclinación de labios por parte del vizconde precedió al cierre de la charla. Era obvio que la marquesa estaba atenta a cada palabra que pudieran cruzar, así que decidieron mantenerse en silencio el resto del paseo.

El número veintitrés de Regent Street era una residencia noble, decorada con la elegancia sobria de una familia ilustre. El salón principal de la casa daba al enorme jardín y recibía la luz clara de la mañana a través de tres amplios ventanales de guillotina. Alrededor de la mesa de caoba se hallaban reunidas algunas de las damas de la familia Beaufort. Cuando las vio, Derek miró a su madre con suspicacia… ¿Le había mentido, acaso? Negó con la cabeza, su madre no podía saber que iba a acudir esa mañana a la casa, y se preparó para lo peor.

Lady Elizabeth, condesa de Harlech y hermana de Derek —a quien en la intimidad llamaban Els—, alzó la vista al verlos entrar. A su lado se encontraban sus primas: lady Rachel, su hermana lady Esther, vizcondesa de Canden, conocida por su ingenio vivaz y

atrevido, y lady Helena, la condesa de Hill.

—¡Buenos días! Nos habéis sorprendido en flagrante delito —las recibió Esther con alegría, dejando su taza sobre el plato de porcelana con un repique seco—. Me temo que tenemos que confesar que estábamos dispuestas a organizar la agenda de la señorita Andersen sin su permiso. Confío, Amy, en que nos disculpes… ¡y nos des tu permiso, también!

A su pesar, la americana sonrió. Le habían gustado aquellas damas la noche en que las conoció. Con un asentimiento de cabeza que bien podía ser un saludo o bien el permiso que le pedían, aceptó la taza que le ofrecía la princesa Romanova y se sentó al lado de lady Helena, que le parecía la más discreta de todas las presentes. Recordó que le habían pedido que las tuteara y se afanó en recordar sus nombres.

—Derek nos ha acompañado —explicó lady Faith a sus sobrinas aun sin necesidad, con la sonrisa satisfecha del gato que se ha comido al ratón, al tiempo que se acomodaba en otra silla mientras una doncella disponía frente a ella la tetera de plata. No había planificado aquel encuentro, pues ni sabía con certeza que estarían allí sus sobrinas ni esperaba encontrarse con su hijo, pero era, sin duda, una feliz casualidad.

—Es poco frecuente verte entre tantas damas sin buscar una excusa para retirarte al club, hermano —comentó Els con ironía, observando a Derek con curiosidad.

—Tu padre me ha dejado plantado y tu madre no ha perdido la oportunidad de arrastrarme hasta aquí —confesó Derek con fastidio, tomando asiento en un sillón de cuero negro desde el que dominaba la estancia y, de forma particular, la posición de Amy, pero lejos de todas sus primas. Cogió de la mesilla auxiliar el *Times* y simuló leerlo, más interesado en realidad en la conversación de las damas.

—Nos complace tu presencia, Amy —dijo Rachel con voz tranquila y dulce, ignorando la falta de educación del vizconde—. Y para él también es un placer pasar la mañana contigo, a pesar de venir obligado —dijo, reprendiéndolo desde la distancia—. En realidad, estábamos revisando los bailes de las próximas dos semanas y nos preguntábamos cuáles disfrutarías más. Al ser nuestra invitada, nos corresponde velar por que tu estancia en Londres resulte grata.

Derek no disimuló su carcajada. No dijo lo obvio: estaban organizándole el tiempo, aunque lo disfrazaran de cortesía.

—Y para asegurar que los caballeros de la ciudad mantengan el debido respeto —añadió Helena, ajustándose el encaje del puño—. Ayer en Drury Lane causaste una impresión notable, Amy. Mis felicitaciones. Según Robert, en los salones, horas más tarde, no se hablaba de otra cosa que no fuera la llegada de una dama de Nueva York.

—¡Y del brazo del primo Derek, ni más ni menos! —se burló Esther.

El aludido mantuvo la vista en el periódico.

—La representación fue maravillosa —se apresuró a responder Amy—. Y, durante el descanso, lord Derek me presentó a algunos nobles atraídos, imagino, por la presencia de una extranjera.

—No carece de mérito captar la atención de lord Vance y de lord Harrington en una sola noche —observó Elizabeth con una leve sonrisa de diversión—. Derek, dinos: ¿tuviste que interponer tu autoridad para apartarla de los caballeros en el vestíbulo?

Él mantuvo el diario en alto, observando a su hermana con tranquilidad antes de dirigir la vista hacia la neoyorquina.

—La señorita Amy posee determinación suficiente para manejarse ante cualquier caballero —declaró—. Muestra una

marcada inclinación por exponer sus términos y retirarse antes de recibir réplica.

Amy mantuvo la firmeza en el rostro, sosteniendo la mirada del caballero. Era obvio que se refería al abrupto final de su conversación la noche anterior.

—Hay situaciones que exigen resolución, lord Derek —respondió Amy—. Los discursos dilatados no suelen favorecer los acuerdos.

—¿Acuerdos? —repitió Esther, alzando las cejas con expresiva curiosidad—. No sabía que el teatro fuera un lugar adecuado para transacciones.

—La señorita Amy aplica la severidad del comercio a cualquier asunto. Es americana, después de todo —intervino Derek, dejando la taza sobre la mesa—. Aunque en Londres los compromisos requieren una deliberación más pausada antes de dar conformidad. Quizá la impaciencia sea característica en Nueva York.

El sentido de sus palabras quedó claro para la joven, quien sostuvo la taza con firmeza, consciente de la discreta provocación.

***

Una hora después, Derek estaba sentado a la mesa con sus primas y Amy disfrutaba de la conversación de los Beau, que fluía con agilidad y llena de burlas.

Lady Esther dejó en ese momento escapar una risita baja, paseando la mirada de su primo Derek a la joven americana.

—¡Vaya, vaya! —exclamó, entornando los ojos con deleite—. Escuchar a mi primo hablar de «compromisos» y «deliberaciones pausadas» resulta una novedad digna de recordar cuando Jake y Nate estén presentes. Derek, querido, solías huir de las damas como si portaran la peste bubónica y ahora te descubro alabando la

paciencia en el galanteo. ¿Debemos entender que la señorita Andersen ha logrado el milagro de hacerte permanecer en este té sin mirar la hora y proferir una excusa burda para desaparecer?

—Esther, por favor, no atormentes a tu primo —intervino lady Faith, aunque en sus labios se dibujaba una sonrisa complacida—. Derek solo está siendo un anfitrión atento con la sobrina de lady Augusta.

—Un anfitrión de una atención sospechosa, diría yo —apuntó Helena, guiñando un ojo a Els—. Ayer en el teatro no solo no se apartó de su lado, sino que, según me aseguró Robert, tu hermano miraba con cara de pocos amigos a todo caballero que osara acercarse al palco.

Amy se sonrojó hasta la raíz del cabello al escuchar aquello. ¿Sería cierto? Lo miró en busca de una respuesta; el gesto del vizconde, sin embargo, se mantenía con una sonrisa impertérrita en el rostro desde que hubiera alcanzado la mesa.

—Dicen que lord Harrington parecía dispuesto a ofrecerle su corazón y sus fincas antes del segundo acto —añadió Rachel con tono travieso—. Si no llega a ser porque avisaron de que comenzaba la función de nuevo, habría solicitado la tarjeta de baile de Amy para toda la Temporada.

Se volvieron a mirarla, esperando que corroborara. ¿Qué podía decir, después de todo? Y ¿sería cierto que Derek se había mostrado más solícito o posesivo o lo que fuera con ella? Se obligó a defender al vizconde, diciéndose que lo hacía porque lo quería como aliado y solo por esa razón.

—Agradezco la preocupación de lord Cavendish, Helena, pero te aseguro que los caballeros británicos no me resultan intimidantes. En Manhattan los hombres de negocios abordan asuntos mucho más complejos que la solicitud de un baile. Aun así, lord Harrington quizá

fue algo excesivo en sus halagos y, en efecto, vuestro primo se comportó como un galante guardián.

—Un eufemismo muy elegante para decir que Harrington es insoportable y que mi hermano puede resultar intimidante sin proponérselo —rio Elizabeth con soltura—. No te culpes, Amy, por tanta atención. Harrington es un pavo real que adora batir las plumas y Vance no se queda atrás. Lo que me resulta fascinante es la calma con la que Derek contemplaba, al parecer, semejante despliegue. Dime —le preguntó a él directamente—, ¿no sentiste ni siquiera un atisbo de celos al ver cómo revoloteaban alrededor de tu invitada?

Cruzó el caballero las piernas con parsimonia, apoyando el codo en el brazo de la silla, hablando con calma, como si el asunto le fuera ajeno.

—Siento el celo propio de quien vela por el buen nombre de nuestra familia —replicó con voz grave y calmada—. La señorita Amy es nueva en Londres, desconoce las artimañas de nuestros libertinos locales. Un caballero tiene el deber de advertir a una dama de cuándo está a punto de ser seducida por uno de ellos.

—¿Seducida por un libertino, dice usted? —saltó Amy, alzando la barbilla con leve desafío—. ¿Acaso insinúa, lord Derek, que me falta perspicacia para distinguir a un hombre de honor de un adulador de salón? Le recuerdo que en mi familia se ha tratado con comerciantes de alta mar y negociantes del puerto. Sé reconocer las intenciones de un hombre antes de que pronuncie la primera palabra.

—El comercio de puerto se rige por leyes claras, señorita Amy —repuso él, sosteniéndole la mirada con intensidad—. La sociedad de Mayfair, en cambio, se mueve por corrientes subterráneas. Quien navega por estas aguas sin conocer los escollos corre el riesgo de naufragar… o de lanzarse al agua antes de tiempo por mero pánico.

El dardo sobre su huida del carruaje voló certero. Els y Esther se miraron entre sí, captando al instante el intercambio de pullas invisibles entre ambos, aunque sin descifrar el verdadero motivo.

—¡Suficiente! —exclamó Elizabeth, soltando una carcajada—. Parecéis dos abogados discutiendo un pleito de tierras en lugar de dos jóvenes disfrutando de una mañana de té. Derek, das la impresión de estar examinando un contrato mercantil.

—Quizá sea porque la señorita Amy entiende el lenguaje de las transacciones mucho mejor que el de las flores, hermana —dijo Derek sin querer dejar atrás la cuestión de la noche anterior. Extrañamente, estaba disfrutando de aquella compañía improvisada.

—Y quizá sea porque el vizconde de Sheffield prefiere el rigor de los contratos a la sinceridad en las palabras —devolvió Amy con soltura—. Hay hombres que necesitan reglas por escrito para no perder el rumbo en una conversación.

Rachel, que hasta ese momento había observado en silencio la escena con su serenidad habitual, decidió intervenir, buscando apaciguar los ánimos. Temía que uno de los dos dijera algo que pudiera delatar la naturaleza de la tensión que mostraban.

—Lo cierto es que haces gala de una conversación muy estimulante, Amy —comentó la princesa con voz suave y una mirada perspicaz que hizo que esta parpadeara—. Pocas damas logran que Derek sostenga un diálogo sin buscar una puerta por la que escapar.

—El interés de lord Sheffield es de carácter puramente preventivo, Rachel —aseguró Amy de corrido, obviando la mirada de él cuando se había mencionado la puerta y la huida, tomando un sorbo de té para ocultar el ligero calor en sus mejillas—. Se ha otorgado a sí mismo el papel de guardián de mi conducta.

—Un papel ingrato, debo añadir. De haber una puerta, me escaparía sin mirar atrás —apostilló Derek con sorna—. En cualquier

caso, la señorita Amy muestra una tendencia alarmante a la independencia. Parece poder gestionar a los caballeros como si pudiera decidir qué quiere de cada uno de ellos.

—¿Y acaso no es así? —intervino Esther, poniéndose del lado de la americana con un gesto divertido—. Es la dueña de su destino. Si desea alejar a Harrington, bailar dos valses con Vance y dejar a la mitad de los lores en suspiros, tiene todo nuestro respaldo. De hecho, creo que voy a postularme como su escolta oficial. Nos vamos a divertir muchísimo.

—No le des ideas, Esther —intervino lady Faith, negando con la cabeza, pero sin ocultar la diversión—. Bastante revuelo causará cuando empiece a acudir a los bailes si en el teatro logró tanta atención sin proponérselo.

—Madre, lo que temo —continuó Els, mirando a su hermano con picardía— es que a tu hijo le dé un ataque de bilis si tiene que ver a Amy en brazos de otros caballeros durante los valses.

—Mi salud se encuentra en perfecto estado, condesa —aseguró Derek con sorna, aunque sus ojos no se apartaron de Amy ni un solo segundo—. Y mi paciencia es más amplia de lo que juzgas. Sé cuándo conviene permitir que una dama examine las opciones antes de que comprenda cuál es la decisión sensata.

—¡Qué arrogancia la de los caballeros británicos! —exclamó Amy, dirigiéndose a las primas con complicidad—. Hablan de decisiones sensatas como si poseyeran el monopolio de la razón. En Nueva York consideramos que la elección sensata es aquella que nos permite conservar la libertad.

—La libertad sin un rumbo claro no es más que deriva, señorita —sentenció Derek, bajando la voz un tono, lo justo para que sonara íntimo y firme a un tiempo.

—Depende de quién lleve el timón, milord —replicó ella sin

amedrentarse.

—En eso coincido —dijo él—. Por ello es preciso acordar quién capitanea la nave antes de levar anclas.

Las damas celebraron el duelo con risitas sofocadas y miradas de velada compresión. En ese preciso instante, la puerta doble del fondo del salón se abrió y el mayordomo anunció con voz grave la presencia del conde de Hill.

La interrupción cortó la conversación de inmediato. Entró lord Robert Seymour. Iba a ver a su esposa pero, al entender la situación, miró en cambio a su primo con los ojos llenos de complicidad.

—¿Vienes?

Derek se puso en pie con la elegancia pulcra que le era propia. Ajustó los puños de encaje de su camisa, se colocó la chaqueta, dispuesto a despedirse de las damas. Todas ellas protestaron, molestas, reconviniendo al mayor de los primos por privarles de la diversión. Sheffield rio, a su pesar. Solteras antes o casadas ahora, aquellas mujeres seguían siendo terribles.

—Madre, primas, debo atender los requerimientos de mi padre. Señorita Amy, confío en que la mañana le resulte de provecho y que la conversación le haya servido para reflexionar.

—He reflexionado lo justo, lord Derek —respondió ella con calma —. No acostumbro a dar vueltas a las cosas una vez expuestas.

El vizconde salió sin decir más. Antes de que se cerrara la puerta, se alcanzó a escuchar la voz de Rob, sorprendida:

—¿Qué diablos ha sido eso, Sheffield?

Si hubo respuesta, nadie pudo escucharla, aunque sí la sonora carcajada de ambos caballeros, después.

Minutos más tarde, el mayordomo entró con una nota para la señorita Andersen. No decía quien la remitía, pero no era necesario:

todas las damas allí presentes, aunque no preguntaran, estaban convencidas de que era Derek quien la había escrito.

> Acepto tu propuesta, Amy. Simularemos el cortejo durante la Temporada, mas se hará bajo mis condiciones. Yo fijaré el curso de nuestro supuesto romance. Mañana acudiré a buscarte a Mount Street para pasear por Hyde Park y determinar las reglas de nuestro acuerdo. Procura no retirarte de forma intempestiva esta vez.

Amy permaneció inmóvil en su sitio, sosteniendo la nota con dedos rígidos y procurando que el pulso acelerado que le martilleaba no fuera evidente para las presentes.

—¿Te encuentras bien, Amy? —inquirió Rachel desde el otro lado de la mesa, observando con sus ojos perspicaces el ligero color rosa que le encendía las mejillas.

Tomó una bocanada de aire serena, forzó una sonrisa medida y guardó la misiva en su ridículo.

—Me encuentro perfectamente, gracias, Rachel —respondió con voz firme y clara.

Educadas, no preguntaron por la nota que acababa de recibir, pero no tuvieron duda de quién la enviaba ni disimularon, tampoco, sus sonrisas esperanzadas.

Capítulo 7

El crujido rítmico de la madera sobre la gravilla fina y el trote sordo de los dos caballos negros marcaban el compás de la mañana en Hyde Park. Era más temprano de lo habitual, aún faltaba mucho para la hora elegante, de ahí que el parque estuviera casi vacío. Un par de horas después se convertiría en un enjambre de coches y paseantes intransitable. La bruma matutina aún flotaba en jirones sobre el césped húmedo, dando al aire un matiz fresco y limpio. Sobre la tapicería del landó abierto, la luz de un sol todavía tímido iluminaba los elegantes trajes de la pareja, expuestos a la vista de los escasos paseantes que ya se aventuraban por los senderos principales.

Dentro del carruaje, el ambiente era una extraña mezcla de cortesía y prudencia. Amy reajustó la posición de su sombrilla de encaje verde, colocándola con un ángulo estudiado que protegiera su rostro del aire frío, pero que no impidiera a los curiosos atisbarlos. A su lado, Derek vestía una chaqueta de paño oscuro y sostenía las riendas con soltura tranquila, manteniendo el paso de los caballos firme pero lento.

Un carruaje descubierto pasó en dirección contraria. En él, lord Vance y dos matronas de la alta sociedad inclinaron levemente la cabeza, atentos a cada movimiento. Amy esbozó una sonrisa

perfecta y calculada, ofreciendo un leve cabeceo antes de que el vehículo continuara su marcha.

—Una sonrisa lo bastante complaciente como para alimentar los rumores, pero sin la menor calidez real —murmuró Derek sin girar la cabeza, manteniendo la vista fija en el camino—. Se diría que llevas toda la vida esquivando a la sociedad de Mayfair.

—Tengo un instinto de supervivencia muy desarrollado, Derek —repuso ella en voz baja, asegurándose de que sus palabras no traspasaran el perímetro del carruaje—. Y considerando que la nobleza londinense parece no tener otra ocupación que vigilar quién mira a quién, prefiero no darles munición. —Lo tuteaba de manera premeditada, tratando de ganarse su favor—. Dijiste que tenías condiciones muy precisas para este acuerdo. Te escucho.

Sheffield relajó las riendas, dejando que los caballos avanzaran por una vía más sombreada y menos concurrida, bordeada por alineaciones de castaños.

—Directa al grano, eso me gusta de ti —le dijo, buscando ganarse su confianza; vio con diversión cómo ella se sonrojaba con cierto placer ante sus palabras—. Si vamos a fingir este absurdo cortejo, lo haremos bajo mi control estricto —comenzó, adoptando una voz grave y serena que denotaba una autoridad nata—. En primer lugar, necesito exclusividad absoluta en lo que a las apariencias respecta. Mientras dure esta farsa, no quiero que tontees, flirtees o te dejes galantear por ningún otro hombre.

A Amy le divirtió la rotundidad de la exigencia. Después de todo, el objetivo era precisamente que nadie la molestara durante su estancia en Londres. ¿Por qué habría ella de permitir, entonces, que nadie la cortejase? Aun así, opuso algo de resistencia. No era prudente acceder a sus estipulaciones sin más.

—¿Exclusividad? —repitió con petulancia—. Me pides que

rechace a la mitad de los solteros cotizados de la ciudad por un acuerdo que ni siquiera es real. No me niego, pero creo que es una cláusula que deberíamos poder negociar.

—Te estoy pidiendo que no me dejes en ridículo —corrigió él, girando apenas la cabeza para mirarla con mortal seriedad—. Si la sociedad cree que te estoy cortejando y, al mismo tiempo, te ven sonriendo a otros hombres, como Harrington, o aceptando paseos de Vance, no pensarán que eres una mujer independiente, lo que pensarán es que yo soy un imbécil. Y no tengo la menor intención de quedar como un tonto cornudo ante la mirada de la alta sociedad de Londres por culpa de tus ganas de poner a prueba a la concurrencia.

No debió mencionar a Harrington o a Vance, se había sentido como un adolescente celoso de otros hombres, lo que lo hacía sentirse en desventaja. Ella debió de intuir su incomodidad, por cómo respondió:

—Vaya, no sabía que el gran vizconde Sheffield tuviera un orgullo tan frágil —comentó ella con una sonrisa mordaz, aunque en el fondo reconocía la lógica de su argumento.

—No es orgullo, es estrategia —replicó Derek sin inmutarse—. Un cortejo fingido solo funciona si la farsa es impecable. Si hay grietas, los rumores se vuelven destructivos en lugar de útiles. Y eso nos lleva a mi segunda condición, que es quizás la más crítica.

El vizconde hizo al punto una pausa, saludando con una inclinación a una dama de edad avanzada que los observaba desde un parterre algo elevado con creciente curiosidad. Una vez dejaron atrás a la cotilla, continuó en un tono aún más reservado.

—Debemos medir con precisión la intensidad de nuestro engaño. Un ligero coqueteo, miradas sostenidas durante un baile, reservas de piezas en tu carné y paseos como este son más que suficientes. Bajo

ningún concepto nos excederemos en las demostraciones de afecto ni daremos la impresión de estar al borde de una declaración apasionada.

—¿Temes que, si nos empleamos a fondo, el romance pueda salirse de tu…? ¿Cómo lo has llamado? Estricto control —provocó ella, inclinándose un milímetro hacia él.

Amy supo en cuanto habló que debía haber callado. Él podía interpretarlo como un coqueteo o, peor todavía, como un reto. Por fortuna, Derek fue más sensato.

—Temo a mi familia, que es infinitamente más peligrosa —le respondió, imperturbable ante la pulla—. Si nos mostramos demasiado entusiastas, mi madre y mis tías Beaufort no tardarán ni cuarenta y ocho horas en dar por sentado el compromiso. Empezarán a encargar el ajuar, a enviar notas a los periódicos y, lo que es peor, mi madre es capaz de presentarse en la iglesia de San Jorge en Hanover Square para hablar con el párroco y fijar la fecha de la boda antes de que termine la semana.

Amy reprimió una risita al imaginar a la imponente marquesa de Aberdeen organizando un enlace matrimonial a sus espaldas, aunque un escalofrío helado le recorrió la espalda al darse cuenta de cuan en serio parecía tomarse él aquel riesgo.

—Comprendo —admitió ella, volviendo a erguirse con elegancia —. Nada de escenas dramáticas ni suspiros exagerados. Mantendremos el tono en un interés sobrio y elegante. Creo que podré hacerlo sin esfuerzo, no te preocupes.

—No me preocupo —dijo en tono hastiado—. Y sí, exacto, un interés elegante que mantenga a los cazafortunas alejados de ti y a las casamenteras lejos de mí —asintió el vizconde—. Y la última regla, Amy, es la más importante de todas: vas a tener que confiar en mí.

La joven entornó sus ojos verdes, escudriñando el perfil afilado de Derek, tratando de valorar si sería capaz de algo así.

—¿Confiar en ti? Esa es una petición bastante ambiciosa.

—Es una solicitud pragmática —rectificó él, deteniendo los caballos un instante bajo la sombra de un gran roble y volviéndose a mirarla—. Tú acabas de llegar a este entorno. Conoces las reglas de Nueva York, pero la aristocracia británica es un terreno regado de hipocresía, alianzas implícitas y códigos no escritos. Yo he crecido aquí. Sé qué gestos provocan sospechas, sé qué salones debemos evitar y sé con exactitud cómo manejar a los metomentodos de mis primos. Si intentas llevar la iniciativa o improvisar por tu cuenta, cometerás un error y la mentira se vendrá abajo. Para que esto funcione, debes dejar que yo marque el ritmo.

Amy guardó silencio durante unos segundos. Odiaba depender de nadie y la sola idea de ceder el control le producía una punzada de rechazo. Sin embargo, no era ninguna insensata. Sabía que la presión podía abrumarla y que la protección de un hombre con el peso social y la compostura de Derek era el escudo más sólido que podía conseguir. Además, por mucho que le irritara la arrogancia del vizconde, debía admitir que manejaba la situación con una sangre fría envidiable. Él conocía ese mundo; ella apenas estaba aprendiendo a navegarlo.

—Está bien —cedió finalmente, dejando escapar un leve suspiro y fijando su mirada en la de él—. Confiaré en tu criterio sobre cómo manejar nuestro romance —Enrojeció al decirlo, haciendo que la mirada de Derek, al fin, se suavizara—. Necesito que esto funcione tanto como tú, así que acepto tus términos. Exclusividad de afecto, coqueteo sin alarmar a los párrocos y tu liderazgo.

Sheffield la miró con ternura. La determinación en los ojos de la muchacha se mezclaba con una mezcla de alivio y agradecimiento

que le calentaron el corazón. Una sonrisa casi imperceptible asomó a los labios del vizconde.

Habiendo logrado lo que quería, puso rumbo a Mount Street de nuevo, volviendo a dar un suave tirón a las riendas para que el carruaje reiniciara la marcha hacia la salida del parque.

—Una decisión inteligente, Amy —dijo él, una vez tomaron la avenida.

—No te acostumbres a oírme darte la razón —advirtió ella con una pizca de malicia—. Ahora supongo que debemos dejarnos ver juntos en algún otro sitio hoy para consolidar la noticia.

—Todo lo contrario —repuso Derek con frialdad—. Si nos mostramos juntos a todas horas parecerá desesperado o confirmado. La clave de un buen misterio es la dosificación. Hoy te dejaré en Mount Street, hemos sido debidamente identificados por varias cotillas. Mañana y pasado no nos veremos. Dejaremos que la alta sociedad especule, rumoree y se pregunte por qué el vizconde Sheffield no ha acudido de inmediato a ver a la joven neoyorquina tras un paseo madrugador en Hyde Park.

Amy lo miró con auténtica curiosidad.

—¿Y cuándo volveremos a encontrarnos, entonces?

—Dentro de tres noches —le contestó, deteniendo el carruaje justo frente a las rejas de entrada de la residencia de sus padres—. Todos mis primos Beau han planeado una salida a los jardines de Vauxhall para ver los fuegos artificiales. Es un entorno perfecto: luces de gas, música, senderos oscuros y la mitad de la aristocracia buscando escándalos. Allí haremos nuestra verdadera aparición estelar. Con moderación —se obligó a especificar, para ella tanto como para él.

Amy descendió del carruaje con la ayuda del lacayo que aguardaba en la acera. Se giró hacia Derek, sosteniéndose en el

borde del vehículo un último instante, con la sombrilla apoyada sobre el hombro.

—Tres noches, entonces —dijo ella, esbozando una sonrisa divertida—. Intenta no echarme demasiado de menos hasta que nos veamos en Vauxhall.

—Procuraré sobrevivir a la espera, Amy —respondió él, tocándose el ala de su sombrero con un ademán impecable antes de ordenar a los caballos que avanzaran.

La muchacha se quedó en la acera viendo cómo el landó se alejaba por la calle, consciente de que acababa de firmar un pacto tan arriesgado como fascinante.

Capítulo 8

Los tres días transcurridos desde el paseo matutino por Hyde Park se convirtieron para Amy en un ejercicio de contención y expectativa. Instalada en el salón principal de la residencia de Mount Street, pasaba las horas con un libro abierto sobre el regazo, aunque su atención raras veces permanecía fija en los renglones. Cada vez que escuchaba el crujir de unas ruedas sobre el pavimento de la calle o al mayordomo acudir a abrir la puerta de entrada alzaba la vista con un disimulo ensayado, aguardando la llegada de una visita. Sabía que Derek acudía a menudo a tratar asuntos de las propiedades familiares con el marqués. Sin embargo, el vizconde no apareció ni una sola vez.

Aquel aislamiento impuesto le provocaba una disyuntiva extraña. Por un lado, tener la certeza de que contaba con un aliado tan influyente, decidido y respetado en Mayfair le otorgaba una serenidad reconfortante. Saberse respaldada por Derek le permitía afrontar la Temporada sin el temor de verse acorralada por los cazafortunas o los petimetres que abarrotaban los salones londinenses; ningún error la precipitaría hacia un matrimonio que no deseaba. Por otro lado, la falta absoluta de noticias o señales por parte de su peculiar protector le suponía una extraña desazón en el pecho.

Esa tensión acumulada no comenzó a desvanecerse hasta que el carruaje en el que viajaba con los condes de Harlech cruzó el umbral de los jardines de Vauxhall al caer la noche, tres días después de sellar su pacto con el vizconde.

El recinto se desplegaba ante los visitantes como un escenario sacado de una fantasía oriental. Centenares de farolillos de papel de tonalidades carmesíes, doradas y azules colgaban de las ramas más altas de los olmos y castaños, proyectando un resplandor cálido sobre las avenidas de gravilla fina. El murmullo constante de cientos de voces pertenecientes a lo más granado de la aristocracia, el chocar discreto de las copas en los pabellones de madera labrada y las melodías que brotaban de las orquestas repartidas por las distintas galerías creaban un ambiente festivo, propicio para la ligereza y el esparcimiento que los encorsetados salones de Mayfair solían denegar.

Sabía que, en otras avenidas de aquellos enormes jardines, menos lustrosas, burgueses y peones se mezclaban también en una algarabía de música, espectáculos y cabalgatas.

Amy lucía para la ocasión un vestido de seda azul noche cuyo talle ajustado y escote discreto se hallaban rematados por delicados bordados en hilo de plata que destellaban con suavidad bajo las luces de gas. Caminaba al lado de Els y de su esposo, lord Beckett, cuando, al aproximarse a la glorieta central, distinguió la figura de Derek entre la multitud de sombreros de copa, chales de plumas y casacas oscuras.

El vizconde vestía un frac de paño negro de corte impecable que acentuaba la firmeza de sus hombros y la compostura erguida de su estampa. Avanzaba con la desenvoltura sobria que le era tan natural, manteniendo las manos a la espalda mientras conversaba con dos de sus primos. Al reparar en la llegada de la neoyorquina, se

apartó de ellos con un breve gesto de cabeza y caminó en su dirección. Su rostro se iluminó con una sonrisa profunda que no pareció forzada en absoluto.

Se aproximó donde estaban, besó la mejilla de su hermana y ejecutó una reverencia impecable ante ella, posando sus ojos verdes en Amy, sosteniéndole la mirada con intensidad.

—Señorita Andersen, me atribuyo el derecho de reclamar el vals que los músicos acaban de iniciar en la glorieta —le dijo con voz grave, extendiendo la mano enguantada hacia ella.

Amy le aguantó la mirada un instante antes de apoyar los dedos sobre la palma de su guante de cabritilla, dejándose llevar.

—Llegas con extremada precisión, Derek —murmuró ella cuando la hermana de él ya no podía escucharles, mientras él la guiaba con paso firme hacia la pista de baile al aire libre.

—Tú lo has hecho, entrando justo cuando sonaba un vals —repuso él, acomodando la mano en la cintura de la joven con una firmeza impecable—. Prepárate para llamar la atención de todos los que nos rodean.

La música del vals comenzó a envolver el recinto. Derek la guio con destreza por la tarima de madera, desplazándose entre las demás parejas con una soltura que dejó a Amy casi sin aliento. Jamás había bailado con tanta fluidez. Se descubrió siguiendo los giros y el ritmo de sus pasos sin el menor esfuerzo, consciente de que decenas de miradas curiosas se posaban sobre ellos desde los laterales de la pista.

—Debo confesar, Amy, que la luna se queda corta esta noche al intentar competir con tu presencia —murmuró Derek, inclinándose levemente hacia su oído para que sus palabras quedaran ocultas bajo los acordes de los violines y los chelos—. He pasado tres días verdaderamente insufribles con tu recuerdo interrumpiendo el

estudio de los legajos del administrador de las propiedades de los Cavendish.

La americana alzó la barbilla, mirándolo con un brillo de ironía en los ojos, sabiendo que sobreactuaba para divertirse, aunque sintió un calor repentino y traicionero ascenderle por el cuello al recibir sus lisonjas.

—Eres un actor de una destreza formidable —replicó ella en un susurro divertido—. Casi podría llegar a creer que semejante retórica nace de un sentimiento genuino y no de un trato.

—¿Y qué te hace pensar que es una mera actuación? —devolvió él, estrechando el agarre en su cintura apenas un centímetro, lo justo para hacerle contener el aliento un segundo de más—. Acordamos que nuestro galanteo debía resultar creíble a ojos de la sociedad. Si la mitad de los salones de Mayfair se encuentra presente esta noche, lo mínimo que puedo hacer es ofrecerles el espectáculo de un hombre por completo fascinado por una dama de Nueva York.

—Tu entrega a las exigencias del acuerdo resulta conmovedora —bromeó Amy, brindándole una sonrisa deslumbrante que encajaba a la perfección en el papel de una joven correspondida—. Aunque me consta que disfrutas de esta farsa tanto como yo.

—No voy a negarlo —admitió él, dejando escapar una risa baja que le suavizó la dureza habitual de las facciones—. Resulta sencillo parecer enamorado cuando la dama en cuestión ofrece una resistencia tan clara a buscar marido.

A su pesar, Derek se estaba divirtiendo como hacía tiempo no lo hacía en un evento social. La frescura de Amy, su incapacidad para acobardarse ante su presencia, la firmeza con la que le sostenía la mirada y la chispa de ingenio que brillaba en sus ojos hacían que mantener el papel de pretendiente no solo fuera tarea fácil, sino

inexplicablemente grata. Se descubrió observando el movimiento de sus labios al hablar, la curva fina de su cuello y la luz que los farolillos proyectaban sobre sus cabellos dorados con un interés que rebasaba las cláusulas de un acuerdo que ahora se le antojaba demasiado tentador.

—Admites, por tanto, que la compañía de una neoyorquina resulta más estimulante que los discursos ensayados de los salones de Mayfair —observó ella con soltura, dejándose llevar por la fascinación de Vauxhall.

—Admito que tu presencia evita que me retire a los clubes a jugar a las cartas por puro aburrimiento —respondió él, ejecutando un giro elegante que los llevó cerca de la balaustrada iluminada—. Considera esa confesión como el mayor elogio que recibirás de mí en toda la velada.

—Guardaré tus palabras con ilusión, entonces —devolvió Amy con una inclinación de cabeza grácil—. No querría que tu reputación de hombre austero sufriera un daño irreparable por mi culpa.

—Asegúrate de que tus sonrisas continúen dirigidas en mi dirección durante el resto de la noche —añadió él, mirándola con intensidad. Era, sin duda, una gran actuación—. Harrington y Vance observan desde el pabellón de la izquierda. Conviene que piensen que no existe lugar para nadie más en tu carné de baile.

—Sabes que no puedo negar un baile ni a Harrington ni a Vance, pero será una cuadrilla en la que apenas tenga contacto con ellos —le prometió tras echar un vistazo de pasada sobre el hombro del vizconde.

—El éxito de tu plan depende en exclusiva de tu capacidad para no desviarte del guion —recordó él con tono sereno, aunque con una chispa de malicia en la mirada—. Así que asegúrate de que sea una cuadrilla. —La orden quedó amortiguada por la sonrisa y el

guiño que le dedicó, un gesto que, sin duda, los dos caballeros de los que hablaban pudieron apreciar desde la poca distancia que los separaba.

Cuando la última nota del vals se extinguió, Derek la condujo sin prisas de vuelta hacia la zona donde Els los aguardaba en compañía de varios conocidos.

—Estáis deslumbrantes —comentó la condesa con una sonrisa maliciosa al verlos regresar cogidos del brazo—. Mi hermano parece haber olvidado su habitual gesto de severidad para con las fiestas multitudinarias.

—La señorita Andersen posee la rara virtud de mantener ocupada mi atención, Els —respondió Derek, ofreciendo a Amy una mirada cargada de intención antes de volverse hacia su hermana—. Voy a saludar a Rob y al resto de primos, a los que he visto cerca de la arboleda principal. Dejo a tu cargo a la señorita Amy.

—No te demores demasiado, Derek —le pidió Elizabeth—. El calor de la pista exige un vaso de limonada. Y yo también quiero bailar contigo, además.

El vizconde dedicó una breve inclinación a Amy, rozó la varilla de su abanico con la punta de los dedos en un ademán de despedida que no pasó desapercibido para las damas cercanas y se alejó entre la multitud con paso firme.

Elizabeth paseó la mirada entre su hermano y la americana, con los ojos llenos de interrogantes. No podía sondear a su hermano, la ignoraría; pero sí podía atacar a Amy. Eso sí, lo haría donde no escucharan oídos indeseados.

—Acompáñame a la barra de refrescos, Amy —le propuso Els, tomándola del brazo y tirando de ella—. Si no bebo algo frío de inmediato, me temo que desfalleceré antes de la siguiente danza.

Resignada a un montón de preguntas cuyas respuestas había

practicado pero que no quería responder todavía, no cuando aún pensaba en el vals recién compartido y el contacto del vizconde sobre su cintura, se dejó guiar. Ambas jóvenes caminaron hacia uno de los puestos decorados con guirnaldas de flores frescas. Sin embargo, antes de que pudieran alcanzar la mesa donde los sirvientes disponían jarras y vasos de cristal, un caballero de patillas espesas y casaca verde se interpuso en su camino con una inclinación exagerada.

—¡Lady Elizabeth! ¡Qué fortuna la mía al encontrarla en esta velada! —exclamó el recién llegado con entusiasmo desmedido—. Llevo toda la noche buscando la oportunidad de saludarla. ¿Dónde está su esposo, el conde de Harlech?

—Lord Brougham, ¡qué sorpresa! —respondió Els con cortesía al reconocer a un compañero de la Cámara de los Lores que se sentaba cerca de Andrew, dedicando a Amy una mirada rápida de disculpa mientras el caballero iniciaba un monólogo prolijo sobre las carreras de caballos de la semana anterior y el estado de sus cuadras.

Amy, prefiriendo evitar una conversación ajena y no queriendo importunar a la hermana de Derek, hizo un leve gesto con la mano para indicarle a la condesa que avanzaría sola unos pocos metros hasta el mostrador para encargar las bebidas.

Apenas se separó dos pasos del grupo, un murmullo de asombro y suaves risas comenzaron a recorrer la avenida adyacente. Un artista callejero, montado sobre unos desmesurados zancos y ataviado con un traje de terciopelo de tonos chillones, hacía malabares con varias antorchas encendidas. Amy lo miró fascinada. Irrumpió su altísima figura por el sendero principal y, tras él, un grupo de músicos que tocaban tambores, flautas y panderetas avanzaba a paso rápido, arrastrando a una multitud alegre y

alborotada que reía, aplaudía y comentaba las acrobacias.

—¡Abran paso al gigante de Vauxhall! —gritaban varios jóvenes entre vítores y aplausos.

Amy intentó retroceder para buscar el refugio del puesto de limonada y regresar junto a Els, pero la marea humana, ajena a su intento de apartarse, se desplegó con una rapidez imprevista, arrastrándola. La engulló una ola de hombres bien vestidos y entusiasmados, mujeres con elegantes sombreros que buscaban presenciar el espectáculo y niños que correteaban alrededor del malabarista.

—¡Perdón! —dijo Amy, intentando abrirse paso, recibiendo empujones que la fueron desplazando hacia el centro del camino.

El gentío, entusiasmado con la música de los tambores y el fuego de las antorchas, avanzó deprisa por el sendero. Amy se vio arrastrada por el flujo de curiosos, obligada a caminar para no ser atropellada o perder el equilibrio sobre la gravilla. Intentó mirar sobre los hombros de los presentes, pero los sombreros de copa alta y los aparatosos tocados de plumas le bloqueaban por completo la visión del entorno.

—¡Els! —llamó en voz alta, alzando la cara, pero su llamada quedó ahogada por el estruendo de la muchedumbre.

Cuando la comitiva del malabarista tomó por fin un desvío hacia la zona del gran circo, el griterío se amortiguó con brusquedad, dejando tras de sí un silencio repentino.

Amy se detuvo en seco, tratando de recobrar el aliento. Se reajustó el chal de encaje sobre los hombros, enderezó la postura y miró a su alrededor con atención.

La iluminación festiva de los miles de faroles de papel y las lámparas de gas había desaparecido por completo. Se hallaba en un sendero estrecho y en penumbra, flanqueado por densos setos

oscuros que apagaban casi en su totalidad el rumor distante del resto del parque. Apenas una pequeña lámpara de aceite, colgada del brazo de un poste de madera distante, proyectaba sombras largas e inciertas sobre la tierra. No había rastro alguno del puesto de limonada, ni de Els, ni de la pista de baile de la glorieta. El laberinto de avenidas de Vauxhall la había engullido por entero.

—¿Desde dónde se supone que he llegado hasta aquí? —murmuró para sí misma, negándose a ceder al pánico. ¿Sería ese uno de los infames senderos de los que le había advertido la marquesa de Aberdeen durante los tres días anteriores?

Avanzó unos pasos hacia la izquierda, intentando orientarse por el eco distante de la música, pero el sonido no parecía querer ayudarla. Tomó otro camino hacia la derecha con la esperanza de salir a un paseo iluminado, solo para encontrarse con un cenador a oscuras y una verja cerrada con vegetación silvestre.

Sola, desorientada y perfectamente consciente de que una dama sin custodia en las zonas oscuras y retiradas de Vauxhall constituía la receta ideal para un escándalo de proporciones catastróficas, Amy apretó los puños sobre la seda de su vestido, intentando calcular su siguiente movimiento.

En el otro extremo de los jardines, cerca de la terraza superior donde la orquesta principal tomaba un descanso, Derek conversaba con su primo Robert sobre las perspectivas agrícolas de sus tierras en el norte cuando vio a Els acercarse a paso apresurado. El rostro de su hermana se veía desencajado.

—¡Derek! —exclamó Els al llegar a su altura, tomándolo de la manga de la casaca con fuerza e interrumpiendo la conversación que mantenía con el conde de Hill—. ¿Has visto a Amy?

Este se volvió de inmediato ante sus palabras, frunciendo el ceño al constatar la agitación de su hermana.

—¿Dónde está Amy? —inquirió con voz tajante—. Os he visto dirigiros al puesto de las limonadas hace unos minutos. Se supone que debíais regresar juntas.

Ante el tono acusatorio, la tez de la condesa se volvió tan pálida como el papel.

—La he perdido, Derek. Lord Brougham me ha retenido con uno de sus discursos y, para cuando he querido darme cuenta, un malabarista había irrumpido con una muchedumbre por el sendero de las bebidas y la multitud nos ha separado. Pensé que se habría quedado junto a la mesa de los refrescos, pero no está allí. ¡Y ahora no aparece por ninguna parte!

—¿La has dejado sola en mitad de una muchedumbre desordenada?

—Las ha separado una multitud, Derek —interrumpió Robert, tratando de calmar a su primo, que parecía querer zarandear a su propia hermana.

—¡No ha sido intencionado!

—De acuerdo —la consoló Derek al ver que parecía al borde del llanto—. No te separes de Rob, regresad juntos al pabellón principal. No digáis una sola palabra de esto a nadie. Ni siquiera a las primas, o no de momento. Si se sabe que está sola por los jardines se armará un escándalo de proporciones épicas.

—Creo que debería ir también yo a buscarla —se ofreció el conde de Hill.

—Ve con Els. —Su hermana estaba asustada, era mejor no dejarla sola—. Yo me encargo. Si en quince minutos no he regresado, pide a Harlech y a Sterling que nos ayuden a encontrarla.

Sin más que decir, se giró sobre sus talones y echó a andar tratando de aparentar una calma que no sentía y se internó directamente en la marea de gente que aún festejaba cerca del

desvío de la arboleda.

La preocupación le pedía que vociferara el nombre de la neoyorquina, pero llamaría la atención de todos. Sentía rabia hacia la imprudencia de su hermana, rabia hacia la multitud irresponsable que abarrotaba los paseos y, sobre todo, una rabia ardiente y furiosa hacia la propia Amy. Le había advertido en infinidad de ocasiones que no conocía los peligros de Londres, le había pedido que confiara en él y que no cometiera imprudencias por su cuenta y, en la primera oportunidad que se le presentaba, la joven conseguía separarse del grupo y perderse en el lugar más traicionero y cuestionable de todo el recinto. Vauxhall no era un salón de té supervisado en Mayfair, los senderos oscuros y alejados estaban plagados de libertinos, embaucadores e intrusos que no dudarían un segundo en comprometer la reputación de una dama sin custodia con tal de forzar una situación ventajosa.

Derek apretó los puños con intensidad al tiempo que recorría los senderos principales con la vista atenta a cada silueta, a cada pliegue de seda azul, a cada destello de hilo de plata que pudiera recortarse en la penumbra.

—Por todo el fuego del infierno, Amy, vas a lograr que envejezca diez años en apenas dos meses —siseó entre dientes, adentrándose con paso firme en la zona más sombría e inhóspita de los jardines, dispuesto a registrar cada seto y cada cenador de Vauxhall, si era preciso, con tal de dar con ella antes de que lo hiciera otro hombre.

Capítulo 9

La penumbra en los márgenes de los jardines de Vauxhall resultaba densa y traicionera. Lejos de las avenidas principales, iluminadas por faroles de papel y antorchas, los senderos secundarios se internaban en una arboleda espesa donde la vegetación crecía con libertad, ocultando cenadores abandonados y caminos circulares que no daban a ninguna parte. El rumor distante de los violines y el murmullo de la multitud apenas llegaban allí como un eco ahogado por el follaje.

Derek avanzaba a paso rápido. Cada zancada acelerada alimentaba su indignación. Había repasado una a una las palabras duras y tajantes que pensaba lanzarle a la americana en cuanto la tuviera enfrente. Iba a reprenderla sin miramientos, a recordarle su absoluta falta de prudencia y a hacerle entender que no podía comportarse con tamaña insensatez en un entorno plagado de peligros para una señorita sin una dama de compañía.

Al doblar un recodo flanqueado por altos setos oscuros, llegó al límite del recinto, marcado por una cerca de madera cubierta de hiedra silvestre. Allí, recortada contra la pálida luz de una linterna de aceite colgada de un poste lejano, divisó una silueta conocida.

Era Amy. Mantenía los hombros erguidos, aunque la forma en que se aferraba al chal de plata delataba su vulnerabilidad.

El alivio lo invadió, aunque duró poco la calma. En cuanto la alcanzara… Derek apretó la mandíbula, dispuesto a dar rienda suelta a su reprimenda.

—¡Amy! —alzó la voz en cuanto llegó a su lado, sorprendiéndola, fijando en ella sus ardorosos ojos verdes—. ¿Se puede saber qué demonios…?

No pudo terminar la frase. En cuanto la joven escuchó su voz y reconoció su figura entre las sombras, un ahogado suspiro de alivio se le escapó de los labios. Sin dudar un solo instante, Amy cruzó los metros que los separaban a paso apresurado y se abalanzó directamente sobre él, buscando acomodarse entre sus brazos con una desesperación ciega.

Se dio entonces cuenta Derek de cuánto miedo debía de haber pasado ella y de cuán consciente era del peligro que había corrido. El impacto del abrazo contra su pecho le hizo retroceder medio paso. Todas las palabras cáusticas, todas las reprimendas calculadas con tanta frialdad y toda la furia que traía acumuladas se disolvieron al punto, dejándolo por completo desarmado.

Amy rodeó el cuello del vizconde con fuerza, ocultando el rostro en su ancho hombro. Los temblores que recorrían el cuerpo de la muchacha resultaban inconfundibles.

—Derek… —susurró ella con la voz ahogada por la seda de su solapa—. Has venido.

El vizconde permaneció inmóvil una fracción de segundo, tomado por sorpresa ante la espontaneidad de un gesto que rompía todas las reglas del decoro que él mismo se había encargado de enumerarle. Sin embargo, al sentir la calidez de su aliento contra su cuello y la fragilidad con la que se aferraba a él, cualquier pensamiento se esfumó y solo quedó el suave cuerpo de Amy contra el suyo.

Derek envolvió el fino talle de la joven con brazo firme, pegándola a su pecho para ofrecerle un refugio seguro, mientras con la otra mano le acariciaba la espalda con pausada delicadeza, buscando ofrecerle consuelo. Inclinó el rostro y apoyó los labios en la corona de sus cabellos dorados, respirando el perfume dulce a lirios que se desprendía de su piel.

—Claro que he venido, pequeña imprudente —murmuró él contra sus rizos, combinando la calidez del gesto con una voz cargada de un regaño afectuoso—. ¿Qué tenías en la cabeza para alejarte del puesto de bebidas de esa manera? Te advertí que no conocías este lugar. Vauxhall no es un parque inofensivo, hay docenas de senderos oscuros donde cualquier libertino sin escrúpulos podría haberte comprometido antes de que nadie notara tu ausencia.

—No me he alejado adrede —protestó ella en un murmullo, aunque sin separar el rostro de su pecho ni aflojar el agarre en su cuello—. Un grupo de músicos y un hombre subido a unos zancos gigantes irrumpieron en el paseo. La muchedumbre avanzó de golpe y me arrastró antes de que pudiera aferrarme al puesto o llamar a tu hermana. Lo intenté, Derek… intenté volver, pero los caminos parecen todos iguales.

—Por eso mismo debiste quedarte inmóvil en el primer lugar iluminado que encontraras —la reprendió él, mientras sus dedos continuaban acariciando con parsimonia la parte posterior de su cabeza, reconfortándola—. En lugar de eso, decidiste internarte en la arboleda, como si fueras a explorar el Nuevo Mundo. Me has hecho buscarte por medio parque con el pulso desbocado.

Amy dejó escapar una risita débil, aflojando poco a poco la tensión de sus músculos a medida que el abrazo de Derek le devolvía el aliento y la seguridad.

—Admite que en el fondo disfrutas rescatando damiselas en apuros —susurró ella, alzando despacio la cabeza para mirarlo a los ojos.

La cercanía entre sus rostros en medio de la penumbra era muy íntima. La mirada de Sheffield, despojada por un momento de su habitual ironía, la observaba con una intensidad que hizo a Amy contener la respiración. Sin romper el contacto de sus cuerpos, la joven se alzó levemente sobre la punta de sus pies y le imprimió un beso suave y cálido en la mejilla, justo sobre la línea firme de su mandíbula.

—Gracias, Derek —dijo con voz sincera, mirándolo de frente sin el menor atisbo de fingimiento—. De verdad. Jamás me he alegrado lo suficiente de haber llegado a un acuerdo contigo. Tú… tú me haces sentir protegida.

El vizconde se quedó en silencio un momento. El tacto de los labios de Amy en su piel aún le ardía, y la confesión llena de inocencia le caló en el pecho con una fuerza imprevista. Observó la fijeza de sus ojos verdes y sintió que su corazón empezaba a palpitar peligrosamente.

—Es parte de los términos de nuestro contrato —respondió él al fin, recuperando la compostura, aunque había un matiz de ternura en su voz que no pudo ocultar del todo—. Un caballero está obligado a proteger a su socia, en especial cuando la socia muestra una tendencia tan preocupante a perderse en la noche.

—Acepto el regaño por esta vez —sonrió ella mientras se separaba un paso de él con desgana—. Ahora, si eres tan amable, guíame de vuelta a la civilización. Prometo no separarme de Els en toda la noche.

—Una sugerencia muy sensata —asintió Derek, ofreciéndole el brazo con una inclinación impecable—. Procura no soltarte de su

brazo ni un solo centímetro durante lo que resta de velada.

Amy colocó la mano sobre la manga de su frac, apretando los dedos con firmeza sobre el paño, y ambos emprendieron el regreso por el sendero hacia las avenidas iluminadas, ajenos a las miradas que los acechaban desde la espesura.

A escasos metros de allí, ocultos tras la tupida celosía de madera de un cenador cubierto de hiedra, tres caballeros habían presenciado la escena entera en absoluto silencio. Eran el conde de Hill, el conde de Harlech y el vizconde de Sterling.

—¡Por los clavos de Cristo! —susurró lord Sterling—, ¿acabo de ver al alérgico al compromiso vizconde de Sheffield abrazando a una dama en la penumbra y dejándose besar la mejilla?

—No solo se ha dejado besar, Sterling, sino que le estaba acariciando los rizos con la devoción de un amante —murmuró el conde de Harlech, riendo por lo bajo mientras se limpiaba una brizna de hierba de la solapa—. Si mi esposa se entera de que su hermano el «incasable» se ha dejado llevar en mitad de los setos de Vauxhall, acudirá a la iglesia de San Jorge a organizar una boda para el próximo sábado.

—Esa neoyorquina tiene poderes ocultos —añadió el conde de Hill con diversión, viendo cómo la pareja se alejaba cogida del brazo por el sendero iluminado—. Jamás había visto a Derek mirar a una mujer con semejante adoración.

—La pregunta crucial ahora es —intervino Sterling, frotándose las manos con picardía— si debemos acudir de inmediato a los pabellones para poner al corriente a nuestras esposas sobre este inicio de romance o si guardamos el secreto un tiempo para disfrutar del espectáculo mientras ellos intentan disimular.

—¡Guardar la discreción, sin duda! —sentenció Harlech en un susurro divertido, haciendo señas a sus compañeros para que

iniciaran la retirada por la parte trasera del cenador—. Será un placer más tarde hacer saber a las sabias Beau que nosotros lo vimos venir mucho antes que ellas.

Riendo, y con un pacto de silencio sellado, regresaron.

Capítulo 10

El salón de baile de Lansdowne House era un espectáculo de opulencia desmedida. Grandes arañas de cristal suspendían hilos de luz dorada sobre la multitud, mientras se escuchaba el rumor de cientos de abanicos de seda intentando en vano sofocar el calor estival. Sin embargo, para Amy Andersen nada de aquello resultaba tan abrumador como la mano que descansaba, firme y cálida, en la curva de su cintura.

Habían pasado apenas dos días desde la noche en Vauxhall, desde aquel roce impulsivo en la penumbra y aquel beso en la mejilla que habían trastocado el frágil equilibrio de su trato. Y allí estaban de nuevo, cumpliendo la primera regla de su comedia social: el primer baile de la velada les pertenecía.

Las notas de un vals austríaco comenzaron a fluir desde el piso superior y el vizconde de Sheffield la guio hacia la pista con la gracia innata de un hombre que había nacido pisando mármol barnizado.

—Estás extrañamente silenciosa esta noche, Amy —murmuró Derek. Su voz, grave y aterciopelada, se filtró por encima de la orquesta, alcanzando solo el oído de la joven.

—Estoy ocupada intentando recordar las reglas de la etiqueta británica —respondió ella, levantando la barbilla para sostenerle la mirada. Los ojos verdes de Derek brillaban con una intensidad que

aún no sabía interpretar—. Me han dicho que, si tropiezo con el vestido de una duquesa, la pena de cárcel está garantizada.

El caballero dejó escapar una suave risotada, un sonido bajo que hizo vibrar el pecho donde la mano enguantada de Amy descansaba y que llamó la atención de quienes les rodeaban.

—Te aseguro que te protegería de la Torre de Londres si fuera necesario —dijo él, acortando otro poco la distancia entre sus cuerpos mientras pivotaban en el centro de la pista—. Aunque debo confesar que no es la etiqueta lo que me preocupa. —Hizo una pausa antes de continuar—: Es tu vestido.

Amy arqueó una ceja, sintiendo un cosquilleo insidioso extendiéndose por su nuca. Llevaba un diseño de seda en tono verde esmeralda, cortado al estilo de la última moda de París, que dejaba al descubierto sus hombros y el nacimiento de su cuello con una audacia que rozaba el límite de lo permitido.

—¿No es de tu agrado, milord? Pensé que la discreción era el sello de la aristocracia.

—Es absolutamente deslumbrante —corrigió él con una lentitud deliberada. Su mirada bajó apenas un segundo hacia los labios de ella antes de volver a sus ojos—. Y ese es el problema. Es un vestido diseñado para acaparar miradas y temo ser un hombre en exceso egoísta al querer que todas esas miradas se queden cortas frente a la mía.

El corazón de Amy dio un vuelco impropio de una mujer acostumbrada a las lisonjas gratuitas. No había arrogancia en el tono de Derek, ni la petulancia de un hombre que exigía posesión; era una declaración franca, envuelta en una cortesía devastadora.

—Nuestro contrato no incluye el derecho opinar sobre el corte de mis vestidos —susurró ella, aunque su aliento se entrecortó ligeramente cuando la mano masculina en su espalda ejerció una

presión sutil, atrayéndola un soplo más hacia él.

—Un descuido imperdonable por mi parte al no mencionarlo, entonces —respondió con una sonrisa torcida—. Ten por seguro que en el próximo borrador incluiré una cláusula sobre el color verde, ya sea aguamarina o esmeralda.

Amy ahogó un suspiro al confirmarle él que recordaba la ropa que había utilizado en sus encuentros.

El vals llegó a su última nota. Con la cadencia final de la danza Derek la hizo girar con suavidad antes de detenerse. Sin embargo, en lugar de soltarla de inmediato como exigía la etiqueta, su mano permaneció demorándose en la tela de su cintura un segundo de más. No fue un agarre, sino una caricia contenida, la sombra de un roce íntimo que envió un chispazo directo a la espina dorsal de Amy antes de que él, con serenidad, diera un paso atrás y le ofreciera su brazo.

Cumplida la obligación del primer baile, el protocolo dictaba la separación momentánea. Un pretendiente no podía monopolizar a una dama durante toda la velada sin desatar rumores de un compromiso inminente, algo que, a pesar de la farsa, Derek manejaba con meticulosa cautela.

No pasaron ni diez minutos antes de que la reputación de Amy como la rica heredera americana atrajera a un enjambre de jóvenes caballeros. Para los nobles más jóvenes la frescura y la vivacidad de Amy resultaban magnéticas, tanto como la promesa de unos ingresos elevados y permanentes por parte de los Estados Unidos.

Al cabo de poco tiempo, Amy se encontraba en medio de la pista participando en una cuadrilla junto a lord Thomas Greyson, el segundo hijo del marqués de Greenfield. El joven era agraciado, de conversación amena y se sentía fascinado por los relatos que Amy compartía sobre el ritmo acelerado de Nueva York. Era, por otro

lado, poco más que un niño, recién salido de la universidad. Mientras sonreía ante una ocurrencia del joven lord, la mirada de la joven se desvió por encima del hombro de su pareja.

Allí estaba él.

Derek no se había alejado demasiado. Apoyado con indolencia junto a una de las monumentales columnas de mármol del salón, sostenía una copa de cristal fino con champán. Varias matronas y un par de caballeros mayores intentaban entablar conversación con él, pero Sheffield, aunque respondía con asentimientos educados y sonrisas de compromiso, no tenía la mente en la conversación.

Sus ojos, sus pensamientos, estaban fijos en ella.

No había ira en su rostro, ni esa posesividad agresiva que Amy había visto en otros hombres de poder en Nueva York. Era algo mucho más peligroso: una atención magnética, constante e inquebrantable. Derek la observaba bailar con lord Thomas como un cazador paciente observa a una presa que sabe que, tarde o temprano, volverá a su terreno. Cuando Amy cruzó su mirada con la de él, no la desvió. Al contrario, alzó levemente su copa hacia ella, dedicándole un gesto casi imperceptible con la cabeza, una confirmación en silencio de que cada una de sus sonrisas estaba siendo anotada.

Aquella devoción hizo que a Amy le temblaran ligeramente los dedos al tomar la mano de lord Thomas para la última reverencia.

Cuando la pieza terminó, el joven lord la escoltó con amabilidad de regreso hacia el margen del salón, cerca de lady Faith. Antes de que el muchacho pudiera postularse para otra danza, una voz familiar y profunda se interpuso con aspereza.

—Lord Thomas, qué baile tan espléndido —dijo Derek, apareciendo a su lado de pronto. Llevaba en la mano una copa de limonada fresca que tendió a Amy con naturalidad—. Señorita

Andersen, pensé que agradecería algo de refrigerio tras una cuadrilla tan animada.

—Es usted muy atento, milord —dijo Amy, tomando la copa. Sus dedos se rozaron al hacer el intercambio, y el calor de su piel pareció traspasar el hilo de los guantes.

—Sheffield —saludó lord Thomas, irguiéndose un poco, tratando de alcanzar la altura del otro—. Una noche magnífica, ¿no cree? La señorita Andersen me estaba contando sobre la agitada vida de los neoyorquinos.

—Ah, sí. La señorita Andersen tiene una visión muy diferente sobre cómo debería funcionar la sociedad —respondió Derek con voz monocorde—. Es un privilegio que Mayfair esté teniendo la oportunidad de descubrir. Si me lo permite, lord Thomas, una de mis tías, la duquesa viuda, me ha pedido que escolte a la dama hasta ella —espetó, dando la conversación por zanjada.

—Por supuesto, milord —se apresuró a complacerlo lord Thomas —. Señorita Andersen, confío en que disfrutemos de otro baile en la próxima ocasión.

—Se lo reservaré con mucho gusto —respondió Amy con amabilidad.

Una vez que el jovenzuelo se hubo retirado perdiéndose entre la multitud, Amy se giró hacia Derek, dando un pequeño sorbo a la limonada. Él permanecía a su lado, lo suficientemente cerca como para que su hombro rozara el de ella al caminar despacio hacia la galería.

—Has sido de lo más oportuno —comentó ella con un deje de ironía divertido—. ¿O debo asumir que mi conversación te estaba resultando insoportable desde la distancia?

Derek inclinó la cabeza hacia ella y su voz descendió a un murmullo confidencial que hizo que a la dama se le erizara el vello

de la nuca.

—La conversación me parecía fascinante, Amy. Lo que me resultaba tan insoportable era la forma en que lord Thomas miraba la piel de tu cuello como si fuera el único descubrimiento valioso de la noche.

Amy se detuvo junto al ventanal que daba a los jardines iluminados, mirándolo con fingida sorpresa.

—¿Registramos los celos como parte de nuestro acuerdo?

—No son celos —replicó él con suavidad, cerca de su rostro, provocando un estremecimiento en ella. Derek dio un paso más, acortando la distancia hasta que solo el aire nocturno los separaba —. Es tan solo la constatación de un hecho. Veo que la capital al fin está aprendiendo a apreciar lo que yo vi desde el primer día. Y confieso que me resulta condenadamente difícil mantener la distancia adecuada mientras lo hacen.

La honestidad de sus palabras, pronunciadas sin alzar la voz pero con intensidad, la dejaron sin réplica. El deseo, denso y latente, vibraba entre los dos, desafiando las luces, la música y a las docenas de aristócratas que revoloteaban a su alrededor.

Pero no era el lugar para dejarse llevar. Le gustase o no, estaban a la vista de demasiada gente. Fue Amy la primera en apartarse, para mayor frustración de Derek.

—¿De verdad tu tía ha preguntado por mí?

—No —se quejó—, pero ahora tendré que llevarte. Eso sí, no me quedaré con vosotras, antes prefiero dispararme en un pie.

—¿Y me dejas a solas con ella? ¿Son esas las formas de un caballero?

—Considéralo una venganza por tu vestido.

Sin más, la tomó del brazo, la llevó hasta lady Hope y se alejó. Mantuvo la distancia el resto de la noche y no la acompañó hasta

casa; después de todo, había acudido con su madre y no era necesario.

Ni conveniente para su cordura, tampoco.

***

Si la fiesta en Lansdowne House había sido deslumbrante, el baile anual de la duquesa de Richmond era el epicentro del exceso. En aquella mansión los bailes no eran solo un pasatiempo, sino una exhibición de fortunas y título.

Amy observaba el espectáculo desde un costado de la pista, abanicándose con suavidad. Sin embargo, la serenidad con la que solía analizar estos eventos se había evaporado.

Al otro lado del salón, lady Faith avanzaba con paso majestuoso conduciendo a su hijo hacia el rincón en el que se encontraban los marqueses de Clare. Con ellos se encontraba lady Clara Pemberton, una joven de piel de porcelana, modales aristocráticos pulidos en las mejores academias para señoritas del país y una dote tan astronómica como su linaje, según los rumores. Clara era el epítome de lo que Mayfair consideraba una esposa idónea.

Amy vio el momento preciso en que Derek inclinó la cabeza con la cortesía impecable de un caballero y le ofreció la mano a lady Clara para conducirla a la pista de baile.

Comenzaron las primeras notas de un vals. Derek se movía con la misma elegancia fluida que había mostrado con Amy la noche anterior. Sin embargo, lo que a ella le atravesó el pecho con un frío inesperado no fue verlos danzar, sino la soltura con la que él encajaba en aquella estampa. El vizconde no estaba fingiendo; pertenecía a ese mundo. Escuchaba con atención educada a la joven, le sonreía en los momentos precisos y la guiaba con la

firmeza justa de un caballero inglés, tal y como había hecho la noche anterior lord Thomas al bailar con ella. Sin embargo, el baile con el joven le había parecido anodino; el de Derek con lady Clara no lo era.

—Un emparejamiento perfecto, ¿no cree, querida? —comentó lady Charity, una de las tías de Derek, apareciendo junto a Amy con un suspiro de satisfacción—. Se dice que el marqués de Clare y mi difunto padre hablaron de un acuerdo entre los niños hace años. Una verdadera joya para la casa Beaufort, según mi padre.

Las palabras de la dama cayeron sobre Amy como un balde de agua helada. No podía saber que nadie en la familia aceptaría nada que viniera del duque de Beaufort, a quien nadie reconocía como cabeza de familia.

El contrato entre Derek y ella había sido una especie de escudo divertido, un juego de ingenio para ganar tiempo y libertad. Pero verlo bailando con otra dama, una que todos consideraban una magnífica candidata a su esposa, hizo que la frialdad de su acuerdo y la realidad social se alinearan en su mente. Derek *necesitaba* casarse, de preferencia con alguien como aquella señorita. Necesitaba perpetrar un título y un apellido. Amy, con su mentalidad neoyorquina, su independencia sin concesiones y su pasaporte americano, no era más que un paréntesis en la vida de Sheffield, una distracción con fecha de caducidad, antes de que las obligaciones lo atraparan.

Una punzada amarga y desconocida le encogió el estómago al comprender lo inevitable: no solo estaba perdiendo el control del juego, sino que se estaba enamorando de un hombre al que no podía conservar.

En cuanto tuvo ocasión, dijo encontrarse mal y pidió regresar a Mount Street; la diversión de la noche había terminado para ella y

quién sabía si la de la Temporada se desvanecería también.

Capítulo 11

Las tarjetas de invitación habían quedado olvidadas a un lado de la mesa. Helena, Rachel, Esther, Elisabeth y Sarah se habían cansado pronto de revisarlas y estaban acomodadas en los sillones de la salita, parloteando sobre los últimos acontecimientos londinenses. Como cada año, Rachel daría un baile a finales de junio, pero todavía quedaban varias semanas y la princesa tenía cada detalle ya organizado, por lo que no precisaba de ayuda, o no todavía.

La conversación estaba centrada, pues, en el tema que más les interesaba: su primo Derek.

—Creo que está prestando demasiada atención a Amy —repitió Esther.

—También a lady Clara y a lady Edith —lo defendió Sarah.

Era, de todas las primas Beau, la más tímida.

—Tal vez sea así, pero a Amy la mira de manera diferente —atajó Rachel con una sonrisa de triunfo.

—Es esencial saber si la señorita Amy mira a Derek del mismo modo —señaló Helena, siempre prudente.

—¡Desde luego que lo hace! —respondió airada Els. Para Elizabeth, nadie era más imponente que su hermano—. ¿Acaso podría no estar interesada en Derek?

Rio sin poder evitarlo Sarah.

—Podría no estar interesada en abandonar su hogar en Nueva York e iniciar una nueva vida en Inglaterra, lejos de los suyos. No es fácil dejar atrás toda una vida.

El esposo de Sarah, el señor Martin Foster, era americano y, al igual que le ocurría a Amy Andersen, su familia vivía en Nueva York. El caso de Martin era diferente, pues había navegado hasta Londres con la intención de establecerse allí y crear una oficina comercial de la empresa familiar en Europa. Aunque venía a quedarse y conocer a lady Sarah Beaufort y enamorarse de ella facilitaron su nueva vida, la realidad era que seguía añorando las costumbres y el estilo neoyorquino.

Hubo unos instantes de silencio. Sabían que la menor de las primas hablaba desde la experiencia de su marido. Para ellas, la vida de casada había sido el resultado natural de cumplir años: se habían casado bien, enamoradas, y seguían cerca de los suyos, coincidiendo en Navidades y durante cada temporada. La idea de vivir en otro continente era tan impensable que no la habían valorado para Martin. Ni para Andréi. Ni ahora para Amy.

—Andréi adora Londres y su trabajo aquí, pero…

No siguió Rachel, no era necesario.

—Habrá que convencer a Amy de que vivir aquí será la mejor decisión de su vida —se animó Esther

—Habría que convencerla de que el vizconde de Sheffield será la mejor decisión de su vida, en realidad —se felicitó Els, segura de que lo que veía entre su hermano y la americana era un romance cerca de consolidarse.

—Habría que convencer primero a Derek, más bien.

—¡Derek está más que convencido!

—¿Os habéis fijado en cómo la mira?

—Cuando están juntos parecen olvidarse del resto.

Argumentaron todas a la vez. Tras la algarabía, llegó el silencio.

—Entonces —resumió Rachel—, ¿estamos de acuerdo en que Derek y Amy son la pareja de la temporada? —Hubo asentimientos —. ¿Y de que están enamorándose?

De nuevo, todas asintieron.

—Habrá que darles, entonces, intimidad para que se conozcan mejor —propuso Helena—. En casa de la tía Faith es imposible que puedan pasar tiempo a solas.

—Y necesitan también tiempo y espacio para que mi hermano obre su magia.

—Creo que no deberíamos forzar a Derek —objetó Sarah—. Quizá… —No pudo terminar la frase.

—Si no forzamos a Derek, acabará la Temporada y Amy no hallará una razón para quedarse —respondió Esther, belicosa.

—Y mi hermano tendrá que viajar a Nueva York a buscarla. —Hubo un nuevo silencio, todas ellas imaginaban la situación—. Lo que no niego que no pueda ser divertido, pero si no vamos a estar allí para verlo… No, creo que voy a insistir: forcemos a mi hermano hacia ella.

—Y animemos a Amy a aceptarlo.

—¡O empujémosla hasta él, si es necesario!

El resto de la tarde transcurrió entre planes e ideas.

***

El ambiente en el comedor principal de White’s olía a tabaco de Virginia, cuero pulido y el característico asado de ternera que el club servía a mediodía. Derek cortaba la carne con precisión metódica, disfrutando de la relativa calma de la estancia. A su lado, su primo Robert Seymour, conde de Hill, sostenía la copa de vino tinto

observándolo sobre el borde del cristal con un brillo socarrón que a Derek no le pasó desapercibido.

—Tienes una mina de oro entre las manos, Derek, y me da la impresión de que no terminas de calibrar su valor —comentó Robert tras dar un sorbo pausado.

Derek ni siquiera alzó la vista del plato.

—Si te refieres a las acciones de la compañía minera del sur de Gales, ya te dije que vender antes de otoño sería una imprudencia.

—Hablo de algo mucho más entretenido y complejo que el carbón y el hierro —corrigió el conde de Hill, reclinándose en el respaldo de cuero verde de su sillón—. Hablo de la señorita Andersen.

El tenedor de Derek hizo una pausa milimétrica sobre la porcelana antes de continuar su trayecto.

—Amy es una invitada de la familia y una compañía inestimable en lo que a mantener a raya a las pescadoras de marido se refiere. Y nada más.

—Así que para ti la señorita Andersen es Amy, nada menos. Tutearla con tanta soltura en privado debe de ser un gran alivio para tu habitual rigidez —se burló el conde con una sonrisa ladeada—. Aunque debo decirte que la mitad de Mayfair no opina que sea «nada más». En el baile de la duquesa de Richmond, más de un caballero juraba haber visto chispas entre vosotros. Y las malas lenguas afirman que la buscas con la mirada como si temieras que se evaporase si parpadeas.

—Las malas lenguas en esta ciudad no tienen mejor ocupación que inventar romances donde solo hay buen juicio —repuso el vizconde en tono sereno, alcanzando su copa—. La señorita Andersen y yo compartimos una amistad pragmática.

—Una amistad que te tiene inexplicablemente distraído —insistió

Robert, inclinándose apenas sobre la mesa y bajando la voz con complicidad—. Vamos, Sheffield, a mí no tienes que venderme el cuento del caballero imperturbable frente al matrimonio, te conozco desde que llevábamos pantalones cortos. Jamás te he visto dedicarle a una dama la mitad de la atención que le prestas a ella. Ni siquiera a las debutantes de la infame lista que nuestras madres prepararon el año pasado para Jake, para Nate y para ti.

Casi se le escapa un gruñido al recordar aquellas infames listas de candidatas que, al final, no tuvieron ningún éxito.

—Lady Clara es una dama intachable, pero predecible —admitió Derek, dando un trago a su vino—. Amy… Amy parece un desafío constante.

—¿Un desafío que te disgusta o uno que está empezando a parecerte peligrosamente indispensable? —inquirió Robert con los ojos entrecerrados y una mueca divertida—. Porque si mis sospechas no fallan, esa amistad pragmática se te está yendo de las manos. Si no tienes intención de llevarla al altar en la iglesia de San Jorge, te aconsejo que valores qué estás haciendo, antes de que alguien con menos escrúpulos intente arrebatártela o antes de que tú mismo termines admitiendo lo inevitable.

Derek fijó sus ojos verdes en los de su primo. Durante un segundo, la máscara de frialdad aristocrática flaqueó, dejando entrever la tormenta contenida que llevaba días azotándole el pecho. La imagen de Amy en la penumbra de Vauxhall, su cuerpo cálido buscando el suyo y el deseo creciente de compartir mucho más acudieron a su mente con una nitidez casi dolorosa.

Pero no iba a confesar frente a nadie lo que apenas podía reconocer frente a sí mismo: que aquella joven le aceleraba el pulso, que le hacía sonreír sin causa ni razón, que le inspiraba una dulzura y ternura que, sin embargo, se mezclaban con el deseo y la

impaciencia. Y que, desde entonces, procuraba recordarse y recordarle a ella, a modo de salvavidas, la falsa naturaleza de su romance.

No, no podía hablar de ello. Y, si lo hacía, sería con Amy y con nadie más.

—Olvida tus sospechas: la amistad que comparto con la señorita Andersen se mantiene bajo mi más estricto control —contestó el vizconde, aunque su voz sonó menos firme de lo habitual—. Y las intenciones que tenga o deje de tener con ella pertenecen en exclusiva a esa amistad, nada tienen que ver con la infame iglesia de San Jorge que tanto parece obsesionaros a todos.

—Lo que tú digas, Derek —sonrió el conde de Hill, alzando la copa en un brindis silencioso mientras reprimía una carcajada—. Pero si terminas pidiendo consejo sobre anillos de compromiso, recuerda que fui el primero en avisarte.

***

En la residencia de Mount Street, la luz tamizada del mediodía filtraba tonos dorados a través de las cortinas de encaje del dormitorio de Amy. La joven se encontraba sentada frente al tocador, mientras Betsy le desabrochaba con destreza la hilera de diminutos botones de la espalda de su vestido de mañana.

La joven dama permanecía absorta, pasándose la yema del pulgar por el labio inferior con una sonrisa distraída que llevaba horas dibujándose en su rostro sin que pudiera remediarlo.

—Si sigues suspirando de esa manera, voy a tener que ajustar el corsé dos pulgadas más para dejarle sitio al aire —comentó la criada, encontrándose con los ojos reprobadores de su señora en el espejo del tocador.

Amy parpadeó, recobrando la compostura de golpe y bajando la mano.

—No estaba suspirando, Betsy. Solo pensaba en la correspondencia que debo enviar a Nueva York.

—Por supuesto. La correspondencia de Nueva York tiene la extraña virtud de dejarte las mejillas sonrosadas y la mirada perdida en las musarañas —se burló la doncella con el desparpajo que le permitían los años de confianza entre ambas—. No me has contado una sola palabra sobre lo que ocurrió la noche que fuiste a Vauxhall, y eso es muy sospechoso… Sin duda ocultas algo, algo importante. Pero no hace falta pensar demasiado para imaginar que, lo que fuera, ha hecho que tu opinión sobre cierto vizconde haya mejorado.

—Betsy… —advirtió Amy con un tono que pretendía ser firme, aunque carecía de severidad—. Entre el vizconde y yo solo hay un acuerdo estratégico para esquivar la etiqueta de esta ciudad sin sofocos.

La otra soltó una risita baja mientras le retiraba el vestido por los hombros y le tendía la bata de seda.

—Amy, te conozco desde que llevabas tirabuzones y te escapabas a las caballerizas cuando tenías que estar en clase de francés. He visto cómo miras a los caballeros que intentan engatusarte en Manhattan y cómo los despachas sin esforzarte. A lord Derek no lo miras como a un socio de negocios, lo miras con los ojos de quien se está enamorando, por mucho que intentes convencerte de lo contrario.

Escuchar que su amiga mencionaba la palabra enamorarse fue una bofetada de realidad. Todos los celos que no quería admitir y toda la inseguridad que le generaba ver a Derek con otras señoritas afloraron.

Amy guardó silencio, ajustándose el cinturón de la bata mientras

evitaba mirar a su doncella a los ojos. Se sentó en el borde de la cama, dejando caer los brazos sobre el regazo. La certeza de sus palabras la golpeó con la fuerza de una verdad que llevaba días intentando esquivar. El recuerdo de las manos de Derek en su espalda, el roce de sus labios sobre su cabeza y la firmeza posesiva con la que la había sostenido aquella noche en los jardines, cuando al fin la encontró, le aceleraban el pulso y la ilusionaban de un modo peligroso, que le hacía dudar de las firmes convicciones que se había establecido a sí misma antes de emprender su viaje a Londres dos meses atrás.

—Todo es demasiado complicado —le confesó a su amiga en un hilo de voz, despojándose por un instante de la armadura que le otorgaba su carácter independiente—. Él es un vizconde británico con obligaciones, un título que sostener y una familia que espera que elija a una dama de la alta nobleza. Yo soy una americana que pronto tendrá que volver a su vida al otro lado del océano.

Betsy se acercó a ella y se agachó a su lado, tomando sus manos con verdadero afecto.

—Entonces tienes que tomar una decisión, y tomarla pronto —le dijo con tono cariñoso y sincero—. Si no ves un futuro con él, pon distancia de inmediato, antes de que ese hombre te pueda romper el corazón. Aunque, si de verdad crees que lord Derek es diferente, si él te hace sentir protegida y querida como ningún otro ha logrado antes… entonces no te escudes en vuestro contrato ni en tu supuesta falta de idoneidad. Recuerda que eres la nieta de un conde y una americana de carácter, arriésgate y descubre si él está dispuesto a romper las reglas, las expectativas sociales por ti. Porque me juego mi sueldo de este mes a que el vizconde está tan encariñado contigo como lo estás tú de él.

Amy miró a su doncella sin decir nada, sintiendo que un nudo de

dulce incertidumbre se apretaba en su garganta.

Capítulo 12

Otra noche más, otra velada y la misma sensación de que su juego había traspasado los límites de un mero contrato para convertirse en mucho más, en algo que no podía nombrarse y que parecía gritar en silencio entre ambos. Para desquicio de Amy, cuando Derek no bailaba con ella lo hacía con otras señoritas, algunas de ellas tan aptas como lady Clara. ¿Por qué no se había fijado antes en la competencia que significaba el resto de las debutantes?

Abrumada por el murmullo sofocante del salón y la presión en el pecho, Amy se escabulló con discreción por las puertas de cristal hacia la terraza exterior. El aire de la noche era fresco y traía consigo el aroma a tierra húmeda y rosas de los jardines. Apoyó las manos en la balaustrada de piedra, respirando hondo para aplacar el nudo que se le había formado en la garganta. Vio una escalera lateral y decidió descender y acercarse a los rosales. Estaría a la vista de todos, no sería arriesgado.

Una vez allí, se acercó a las flores y las olió, dejando que el dulce perfume la relajara.

—Me atrevería a decir que huir de un salón de baile es una infracción capital contra la etiqueta —dijo una voz grave a sus espaldas.

Amy no necesitó girarse para saber que era él. El sonido firme de

sus pasos sobre la piedra anunció que se estaba acercando a ella. El vizconde de Sheffield avanzó despacio hasta detenerse a su lado, manteniendo una distancia respetuosa pero cargada de una presencia ardiente.

—Solo necesitaba un poco de aire, Derek —respondió ella, intentando impregnar su voz de una calma que no sentía. Sin embargo, un leve temblor traicionó su tono—. Y creo que he interrumpido tus deberes. Me parecía que lady Clara estaba profundamente cautivada por tu compañía.

El caballero guardó silencio un segundo. Amy sintió su mirada fija en su perfil, analizando cada línea de su rostro bajo la luz tenue de las antorchas distribuidas a lo largo y ancho del jardín, y deseó poder tragarse sus palabras. No quería mostrarse posesiva, no tenía derecho. ¿Arriesgarse, había dicho Betsy? No lo haría cuando parecía obvio que apenas tenía posibilidades.

—Lady Clara es una joven encantadora —dijo él con suavidad, sin una pizca de provocación, ajeno al torbellino de emociones que la superaban—. Pero sospecho que la única razón por la que has mencionado su nombre es porque algo te ha perturbado. ¿He cometido algún desliz en nuestro trato, acaso?

La muchacha soltó una pequeña risa amarga, harta de que él esgrimiera su trato cada vez que tenía ocasión, marcando las distancias. Se giró al fin para mirarlo de frente.

Quiso decirle que, del mismo modo que le había pedido exclusividad, debía ofrecerla. Y que bailar con lady Clara casi tanto como con ella no estaba bien.

—Al contrario —respondió, en cambio—. Lo estás llevando a cabo de una manera impecable. Has cumplido con el primer baile conmigo para mantener la atención de las cotillas y de tu familia antes de dedicarte a ser el perfecto caballero con el resto de las

señoritas del salón.

Derek frunció ligeramente el ceño. No hubo enfado en sus ojos verdes, sino una mezcla de comprensión y algo mucho más profundo y vulnerable que hizo que a Amy se le acelerara el pulso. Como si comprendiera lo que sentía, como si él sintiera lo mismo… El vizconde dio un paso hacia ella, reduciendo el espacio entre los dos hasta que solo un suspiro de distancia los separó.

—¿De veras crees que disfruté de esos bailes? —preguntó en un susurro grave, mirando sus ojos con fijeza—. ¿Crees que mientras sostenía la mano de lady Clara en la pista estaba pensando en dotes o alianzas familiares?

—Es lo que exige tu posición, después de todo —murmuró ella, intentando dar un paso atrás, pero los arbustos, llenos de espinas, se lo impidieron.

—Lo que exige mi posición me es por completo indiferente en este instante —dijo Derek.

Levantó la mano con una lentitud deliberada, pidiéndole permiso implícito antes de que sus dedos, cálidos a través del guante de cabritilla, acariciaran con infinita suavidad el contorno de la mandíbula de Amy.

—Durante cada segundo de esa pieza, mientras la orquesta tocaba y la sociedad me observaba, lo único que hacía era buscarte entre la multitud. Lo único que deseaba era que fueras tú la que estaba entre mis brazos —terminó con honestidad, el tono sentido, casi desesperado.

El roce de Derek envió un cosquilleo por toda la piel de Amy. La sinceridad de sus palabras la desarmó.

—Esto no formaba parte de nuestro trato —susurró ella, incapaz de apartar la mirada de sus labios.

—Olvida el maldito trato y déjate llevar por lo que quieres, Amy

—murmuró él con voz ronca, sabiendo que la joven lo deseaba, acortando el último milímetro entre sus rostros. Su aliento cálido rozó la boca femenina, haciéndole contener la respiración en una anticipación desesperada—. Hoy ha dejado de ser un juego, la pasión lo cambia todo y lo sabes tan bien como yo porque tú también lo sientes, sientes la intensidad que crece entre nosotros.

Las osadas palabras de Derek dejaron a Amy sin aliento. Quiso protestar, protegerse recordándole el contrato, pero él no le dio espacio para la réplica. Con un movimiento calculado, extendió la mano y acomodó un mechón de cabello rebelde detrás de su oreja. La caricia fue apenas un roce, pero bastó para que la joven sintiera un temblor recorrerle la columna y se olvidara de hablar de cualquier cosa que no fuera el hombre frente a ella que la cautivaba.

Sheffield era consciente del lugar en el que estaban. Un movimiento en falso y el escándalo sería inevitable, así que se prometió mantener el control con la maestría que daba la experiencia. Se inclinó despacio, dándole a Amy todo el tiempo para apartarse si lo deseaba, pues iba a besarla. Pero ella permaneció inmóvil, hechizada por el calor que ardía en la mirada del vizconde.

Cuando sus labios se tocaron, el aire entre ambos pareció contenerse. No fue un choque brusco ni un arrebato descontrolado, fue un beso deliberado, suave al principio, un roce de labios que hizo que Amy soltara un suspiro entrecortado. Jamás la habían besado de aquella manera; para ella, la intimidad era un terreno inexplorado, pero Derek guio el ritmo con una devoción exquisita. Mientras mantenía la postura erguida para no llamar la atención desde las alturas de la terraza, confiando en que la oscuridad de la noche los protegiera de miradas lejanas, deslizó una de sus manos con firmeza alrededor de la cintura de ella, atrayéndola con delicadeza hacia su cuerpo, mientras la otra mano subió por su espalda, amoldándose a

la curva de su talle sobre la seda del vestido.

Profundizó en el beso con gentileza. Los labios de Derek se entreabrieron con lentitud, invitándola, y cuando sus lenguas se buscaron y se acariciaron en un roce tibio y lento, Amy sintió como la curiosidad la conquistaba. Era la combinación exacta entre contención e intimidad: una tentación prohibida disfrutada en el filo de lo permitido.

Sabiendo que no debían tentar a la suerte ni un segundo más, Derek redujo la intensidad del beso antes de que la pasión tomara el control y se perdieran en ella. Tras presionar sus labios una última vez con suavidad se retiró unos centímetros, dejando que sus frentes descansaran juntas mientras sus respiraciones agitadas se mezclaban en el silencio de la noche.

Sus manos permanecieron un instante más en la espalda de Amy, sujetándola con una posesividad serena pero firme, antes de volver a bajarlas, despacio.

—Eso —murmuró él con la voz enronquecida, acariciando con el pulgar la mejilla sonrojada de ella— no estaba en el contrato, pero no me pidas que me disculpe.

***

El carruaje de los marqueses de Aberdeen avanzaba con un suave traqueteo por las calles empedradas de Mayfair, sumidas en el silencio de la madrugada. En el interior del habitáculo, la penumbra solo era interrumpida de vez en cuando por el destello de los faroles de gas de la calle que pasaban a través de las cortinillas.

El aire dentro del vehículo era espeso, impregnado del aroma del perfume de violetas de Amy y del olor a cedro que emanaba de Derek.

Apenas se habían dicho unas pocas palabras desde que abandonaran la terraza. Sin embargo, la tensión sensual no se había disipado; al contrario, se había condensado en el espacio reducido del asiento.

Derek estaba colocado frente a ella. Aunque mantenía la postura erguida de un caballero, sus ojos no se habían apartado de Amy ni un solo segundo. Extendió la mano con lentitud y, sin romper el contacto visual, tomó los dedos enguantados de la joven, que descansaban sobre el regazo. La caricia fue firme, un agarre que no presionaba, pero que dejaba claro que no tenía intención de apartarse.

—Mañana la sociedad volverá a hablar —dijo Derek con suavidad, acariciando con el pulgar el dorso de su mano—. Volverán las especulaciones sobre lady Clara, sobre los bailes y sobre el tiempo que piensas quedarte en la ciudad.

Amy miró sus manos unidas y luego alzó la vista hacia él. El temor a la amargura de la despedida seguía ahí, pero la calidez de la mano de Derek actuaba como un ancla en mitad de la tormenta.

—¿Y qué les diremos? —preguntó ella en un susurro.

—Les diremos justo lo que quieran oír para mantenerlos a distancia —le respondió, inclinándose ligeramente hacia adelante. Su voz resonó con una promesa secreta que rozaba lo peligroso—. Pero entre nosotros, Amy, ya no hay fachadas. Si decides seguir adelante con este juego, debes saber que no te dejaré marchar con tanta facilidad. No te dejaré ir hacia otra persona, ni a Nueva York, ni a ningún lugar donde yo no pueda alcanzarte; o no sin luchar.

La joven sintió que un estremecimiento de anticipación le recorría la espalda. No había amenaza en la voz de él, solo una determinación devota y serena que le demostraba que estaba tan atrapado en esa red como ella.

—Es un pacto muy arriesgado —dijo la joven, esbozando una pequeña sonrisa desafiante a pesar del latido acelerado de su corazón.

—Es el único que estoy dispuesto a firmar —contestó él, acercando la mano de Amy a sus labios para besarla nudillo a nudillo sobre la tela del guante.

Cuando el carruaje por fin se detuvo frente a la residencia de los marqueses de Aberdeen, la barrera del contrato entre el vizconde y la americana ya no era más que un lejano recuerdo reducido a cenizas.

Capítulo 13

En el estudio de Andrei, al fondo del pasillo principal de la residencia, el tono divertido de los caballeros resonaba con un ritmo pausado. Antes de unirse al resto en el gran salón, donde el murmullo de la vajilla anunciaba el almuerzo, varios de los caballeros se habían atrincherado tras la puerta de roble para disfrutar de un poco de intimidad a resguardo de la vigilancia femenina.

—Le doy dos semanas más a Elizabeth antes de que decida organizar un picnic en nuestra finca de Windsor para emparejarlos —comentó Andrew Cavendish, conde de Harlech, apoyándose en la esquina del escritorio de caoba—. Ayer estuvo más de veinte minutos dilucidando qué color de vestido favorecía más a señorita Amy para llamar la atención de Derek.

—¿Solo veinte minutos? —rio Andrei desde uno de los sillones de cuero—. Te envidio, Harlech. Rachel lleva tres días analizando la inclinación exacta del sombrero de la neoyorquina cada vez que Derek se cruza en su camino. Están convencidas de que son las arquitectas exclusivas de este acercamiento.

—Eso es lo más fascinante de todo este despliegue —intervino Robert, mirando al resto con una sonrisa cargada de ironía—. Que las primas Beaufort creen firmemente que están guiando a dos corderitos hacia el redil, cuando la realidad es que el lobo y la

corderita llevan semanas entendiéndose a la perfección a sus espaldas.

—No subestiméis la discreción de mi hermana Sarah —advirtió George Beaufort, apoyado junto a la chimenea apagada—. Si descubre que Derek ya le ha dedicado más de una mirada con intenciones muy poco platónicas sin que ella lo hubiera planificado en su libreta, el berrinche se escuchará en Hanover Square.

—Se van a tirar de los pelos —afirmó Andrew Beckett, el vizconde de Sterling, con una carcajada baja—. Mi esposa lleva días jactándose de que ha diseñado la estrategia perfecta para romper la reserva de Derek. Si supiera que ese par ya ha compartido más de un minuto a solas con las puertas cerradas y que el asunto está mucho más avanzado de lo que su mente imagina, la indigestión de su orgullo sería épica. Todas ellas suelen tener una gran agudeza para los asuntos del corazón. Cuando Esther se entere de que nosotros, los supuestos insensibles que solo entendemos de caballos, política y finanzas, llevamos la delantera en esta historia desde hace semanas, no me va a dirigir la palabra en un mes.

—Un mes de silencio absoluto en casa suena a una tentación peligrosa, Sterling —bromeó Rob, dándole un golpecito en el hombro —. Pero coincido en que la revelación va a ser gloriosa. Ver a las damas de esta familia descubrir que sus maridos sabían antes que ellas lo que ocurría bajo sus narices es un espectáculo por el que pagaría.

—Bueno, caballeros —interrumpió Andrei—, sugiero que guardemos las apariencias y pongamos cara de ignorancia absoluta. Si nos ven sonreír antes de tiempo, nos someterán a un interrogatorio que ni la guardia del zar superaría.

—Una sugerencia muy prudente, pues el primo Derek debe de estar al llegar y él no debe saber tampoco cuánto hemos averiguado

sobre su romance secreto —asintió Nate, ajustándose las solapas de la chaqueta—. Pongamos cara de no interesarnos en absoluto, que es nuestro estado natural según nuestras amadas esposas, y salgamos a disfrutar del banquete.

Los caballeros abandonaron el estudio intentando componer ademanes solemnes, aunque la complicidad de las risas sofocadas los acompañó hasta la puerta del salón principal.

Una hora después, el espacio era ya un hervidero de voces antes de que los sirvientes terminaran de retirar los últimos platos. Los primos Beau jamás esperaban al té para comenzar a lanzarse pullas los unos a los otros, y aquella tarde de finales de marzo no iba a ser la excepción.

—Si Rob vuelve a mencionar ese caballo de carreras, sugiero que le cobremos un penique por palabra —declaró Els, reclinándose en su silla mientras se servía un poco más de agua—. Amy ha cruzado el Atlántico para conocer la capital, no para memorizar la genealogía de un pura sangre que quedó tercero en Newmarket.

—Llegó segundo, querida prima —corrigió Rob de inmediato, apuntándola con su copa de vino vacía—. Y el pedigrí de ese animal es mucho más fascinante que la mitad de los chismes que circulan por los pasillos de Almack's.

—Cualquier cosa es más interesante que las listas de debutantes que guardan las matronas en sus costureros —intervino Nate desde el extremo opuesto de la mesa, estirando las piernas con soltura—. De hecho, sospecho que mi madre tiene una lista secundaria solo para los días de lluvia.

—No les des ideas —advirtió Rachel, soltando una risita—. Si la tía se entera de que intuyes la existencia de una segunda lista, enviará al último soltero tres invitaciones de baile por mensajero urgente antes de que caiga la noche. —Y miró con intención al

soltero en cuestión, antes de preguntarle—: ¿No crees, Derek?

Este, situado al lado de Amy, sostenía su copa de cristal con gesto sereno, observando el cruce de acusaciones con la tranquilidad del que conocía al detalle la fauna de su propia sangre.

—A mí mi madre ya me ha enviado dos misivas esta mañana, entiendo que con un par de sugerencias —repuso el vizconde, dedicando una inclinación ligera de cabeza a su prima—. Aunque he preferido dejarlas sobre la chimenea de mi estudio sin abrir. Si no leo los nombres, no tengo la obligación moral de pedirles el carné de baile en la siguiente fiesta.

—Un hombre prudente donde los haya —sentenció Rob, provocando la risa de Andrei, que observaba la escena, divertido, desde la cabecera de la mesa.

—Un estratega —corrigió Derek—. La diferencia entre la victoria y el desastre en Mayfair reside en saber qué cartas no debes jugar. Y qué cartas no abrir, también.

Amy miraba a unos y a otros con los ojos brillantes de diversión. Apoyó los codos sobre el borde de la mesa, fascinada por el ritmo vertiginoso de las réplicas.

—En Nueva York las conversaciones de sobremesa son considerablemente más solemnes, os lo aseguro —comentó la joven, volviéndose hacia Rachel—. Mi hermano habría exigido un orden del día antes de permitir semejante despliegue de ingenio.

—¡Un orden del día! —exclamó Els, ahogando un gritito de fingido espanto—. Dios mío, Rachel, ¿te imaginas estructurar las discusiones familiares en puntos del día?

—Llegaríamos al tercer punto a medianoche y seguiríamos discutiendo sobre si Rob sabe llevar un carruaje sin volcarlo en las curvas de Hyde Park —replicó Rachel con la mirada preñada de sorna.

—¡Rachel! —protestó el aludido—. Eso ocurrió una sola vez y la rueda ya estaba floja antes de salir de las caballerizas. Intuyo que mi hermano Jake tuvo bastante que ver al respecto…

Hubo carcajadas; sin duda, el duque de Avonshire había sido el responsable.

—Una vez es más que suficiente para que tus primas organicen una oración por tu alma —apuntó Nate, guiñándole un ojo a Amy.

—No escuches a mis primos, Amy —intervino Derek, inclinándose apenas hacia ella para hablarle en un tono más calmado y cercano, suficiente para aislarse un segundo de la marea de voces—. Te aseguro que todos exageran sus dramas para impresionar a la audiencia.

—No me molesta en absoluto, Derek —respondió ella, dedicándole una sonrisa sincera, y volvió a hablar con normalidad, sabiendo que la oirían—. Al contrario. Me temo que echaba de menos esta clase de alboroto.

—Podemos prestarle a Rob una semana —se ofreció Els desde enfrente—. Entenderá el silencio como un bien preciado antes del tercer día.

—Agradezco la generosidad de la oferta —rio la americana—, pero prefiero no arriesgar mi reputación ni los carruajes de la ciudad.

—Hablando de reputación y de aire fresco —interrumpió Rachel, dando un golpecito suave con los dedos sobre la mesa para captar la atención del grupo—, Andrei y yo hemos terminado la remodelación del jardín interior. Amy, tienes que ver los rosales silvestres que nos llegaron la semana pasada desde el continente, ¡son una maravilla!

—Me encantaría —asintió.

—Derek —dijo Els al instante, entendiendo las intenciones de su prima con la destreza de quien ha preparado bien la jugada—, tú te

conoces de memoria el trazado y la variedad de cada planta. —Aquella era una mentira flagrante y todos los presentes lo sabían, mas nadie la corrigió—. Acompáñala. Andrei y Andrew van a empezar a hablar sobre las reformas del Parlamento y me niego a que nuestra invitada sufra semejante sopor.

—Una acusación injusta —reclamó Sterling—. La política es apasionante.

—Solo para quien no tiene otros intereses —sentenció Els.

Derek se puso en pie sin prisa, apartando su silla con elegancia, y le ofreció el antebrazo a Amy, con una leve inclinación de cabeza.

—¿Me permite ser su guía, señorita Amy? Prometo no hablar ni de política ni de caballos de carreras.

—En ese caso, acepto con entusiasmo —respondió ella, tomando el brazo del vizconde.

—Si no volvéis en media hora, enviaremos un grupo de búsqueda —advirtió Nate con la copa en alto, medio en broma, medio en serio—. O a las tías, que es bastante peor.

—No tientes a la suerte, Nate —advirtió Derek con una sonrisa antes de dirigir a Amy hacia la salida.

Al cruzar la puerta de cristal que daba al jardín, el volumen de la conversación interior se amortiguó hasta convertirse en un murmullo lejano. El espacio era un recoveco privado, protegido por altos muros de piedra cubiertos de hiedra y un sendero que serpenteaba entre arbustos cuidadosamente recortados. El aire olía a humedad, a tierra y a la fragancia dulzona de las flores recién abiertas.

Caminaron un par de metros sin pronunciar palabra. El crujido suave de la grava bajo sus zapatos era el único sonido que los acompañaba.

—¿Has sobrevivido al interrogatorio encubierto de mis primas? —preguntó Derek, mirándola de reojo con un toque de ironía

afectuosa.

—Con más pena que gloria —repuso ella, dejando escapar un suspiro de alivio bienvenido—. Aunque debo confesar que son extraordinariamente rápidas. Si una deja caer una frase, la otra ya ha recogido el guante antes de que toque el suelo.

—Son insuperables cuando se alían —admitió él con una sonrisa a rebosar de afecto, deteniendo el paso junto a una hilera de capullos rojos—. Tienen un talento natural para la conspiración.

Amy se giró hacia él, cruzando los brazos con una sonrisa divertida.

—¿Y esta salida al jardín formaba parte de alguna conspiración? ¿O debo pensar que te han surgido de repente unos conocimientos botánicos dignos de admiración?

El vizconde soltó una risita baja, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón con una soltura elegante.

—Admito mi ignorancia absoluta en materia de rosales —confesó, inclinando la cabeza con ligereza—. El espectáculo de la sobremesa estaba resultando muy entretenido, pero me apetecía pasar unos minutos contigo a solas.

—¿Incluso cuando tu madre te envía invitaciones para que cortejes a otras señoritas en los bailes?

Quiso sonar jocosa, pero los celos se filtraron en su voz. ¿Sería cierto que lady Faith estaba lanzando a su hijo a los brazos de las damas casaderas más notorias?

—Sobre todo por eso —respondió al punto—. Prefiero tu compañía cien veces más. Me divierte la forma en que logramos engañar a media capital con una facilidad pasmosa. En el salón todos creen que estamos al borde de un colapso romántico por culpa de las presiones familiares y que, si nos casamos, será gracias a sus maquinaciones. Si supieran lo bien que lo pasamos a costa de sus

deducciones…

—Es un juego arriesgado —apuntó Amy, ladeando el rostro con un destello de desafío en los ojos—. Si tus primas descubren que estamos usando sus artimañas para tomarnos un descanso y burlarnos de las expectativas sociales, no nos lo perdonarán.

—No me lo perdonarán a mí. Empiezo a pensar que tú les caes mejor que yo. —Trataban a Amy como a alguien más de la familia, lo que producía al vizconde un gozo difícil de justificar—. Dejemos que, por el momento, sigan creyendo que son unas celestinas eficaces —sugirió él, dando un paso discreto para acortar la distancia, manteniendo un tono bajo y confidencial—. Les produce un entretenimiento enorme y a nosotros nos regala estos minutos de paz. Aunque debo admitir que el engaño tiene sus inconvenientes.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, sosteniéndole la mirada—. ¿Cuáles?

—Que actuar como dos fingidos pretendientes requiere un esfuerzo constante —comentó él con una sonrisa pícara, rozando con el índice el borde del abanico que ella llevaba en la mano—. En el parque hay que intercambiar miradas intensas, en los bailes hay que pedir siempre un vals… Y aquí fuera, en la penumbra del jardín, la etiqueta sugiere que un caballero, es decir, yo, debería intentar algo un poco más audaz… para mantener la coherencia del papel, ya sabes.

Amy alzó una ceja, divertida por el descaro de su acompañante.

—¿Estás sugiriendo que te exige el deber actuar con imprudencia?

—Te confirmo que el deber es una excusa excelente cuando la compañía resulta tan tentadora —corrigió él con voz suave, eliminando el tono de broma para dejar paso a una calidez mucho más directa—. Me gusta estar a tu lado, Amy. Me gusta la rapidez de tus réplicas y la forma en que me retas. Y, a decir verdad, el

personaje de pretendiente devoto empieza a gustarme bastante más de lo previsto.

—Cuidado, Sheffield —advirtió ella con una sonrisa tentadora, dando medio paso hacia él—, podrías terminar creyéndote tu propio papel.

—No sería un destino tan terrible —repuso el vizconde. Levantó una mano con suma delicadeza, pidiendo permiso con los ojos antes de rozar con la yema de los dedos la curva de la barbilla de la joven —. ¿Me permites una pequeña licencia… solo para asegurarme de que representamos la obra con la calidad que Londres merece?

—Lo que sea con tal de mantener la farsa —murmuró Amy, alzando la cara, aceptando el juego con un latido acelerado en el pecho.

Derek se inclinó despacio, prolongando unos segundos más la necesidad de besarla. Cuando sus labios tocaron los de Amy, no hubo una desesperada declaración de pasión, sino un beso chispeante, dulce y cargado de una curiosidad juguetona que buscaba explorar la innegable atracción entre ambos. Amy respondió al contacto apoyando una mano en su solapa, sintiendo la sonrisa de Derek contra su boca antes de que el beso se profundizara durante unos segundos deliciosos.

Al separarse, él no se alejó demasiado. La contempló con los ojos brillantes y un aire de triunfo contenido.

—Debo felicitarte —murmuró Derek con apostillada cortesía—. Tu interpretación de una dama cortejada es de una autenticidad pasmosa.

—Y la tuya de caballero seductor resulta peligrosamente convincente —replicó Amy, tratando de recomponer la compostura con una risita—. Te sugiero que no la ensayes con ninguna otra señorita casadera —le pidió, hablando de corrido, nerviosa por cómo

se tomara Derek su repentina solicitud—. Y también sugiero que regresemos antes de que tus primas decidan que ha pasado demasiado tiempo y vengan a comprobar si te has perdido.

—Una sugerencia muy prudente —asintió el vizconde, ofreciéndole de nuevo el brazo con una inclinación perfecta—. Aunque admito que me he quedado con ganas de repetir la escena.

Y de preguntarle por su repentina posesividad, también. Pero tenían tiempo para explorar los nuevos sentimientos que estaban aflorando entre ellos, no necesitaba presionarla.

Capítulo 14

La cena en la residencia londinense de los condes de Harlech había sido un alarde de hospitalidad refinada. Los sirvientes acababan de retirar los platos del postre —un suflé de almendras y peras confitadas que había hecho las delicias de los presentes— y las copas de cristal de tallo largo se rellenaban con oporto y vino dulce de Borgoña. Alrededor de la mesa de caoba maciza la conversación fluía con esa familiaridad ruidosa que caracterizaba a los jóvenes del clan Beaufort.

—Con sinceridad, si tengo que soportar un baile más en Grosvenor Square donde la orquesta parezca desafinar a propósito, me declararé indispuesto durante un mes entero —proclamó lord Robert Seymour, reclinándose en su silla con elegancia indolente y una sonrisa socarrona.

—No seas exagerado, Rob —rio Elizabeth, cruzando las manos sobre la mesa mientras miraba a su esposo Andrew con ojos cómplices—. Aunque debo admitir que la atmósfera de la capital se está volviendo sofocante. Por eso Andrew y yo hemos estado pensando que podríamos trasladarnos todos un par de días de esta semana a nuestra finca de Windsor.

La propuesta fue recibida con un murmullo de entusiasta aprobación por parte de las primas. La realidad era que llevaban días

confabulando, tratando de buscar escenarios donde Derek y Amy pudieran estar a solas, y habían decidido que desaparecer unos minutos de los ojos de los demás no era suficiente y que, seguramente por eso, su primo todavía no se había declarado. Un empellón no les vendría mal para acabar de enamorarse y no había lugar mejor que la hermosa finca en Windsor de los Harlech, a una hora en carruaje de la capital.

—Un par de días lejos de las miradas de Mayfair nos sentarán de maravilla a todos —apoyó Andrew, sirviendo más vino a Derek, que permanecía sentado a su izquierda con gesto taciturno, sabiendo qué tramaban sus primas e inseguro de si aquello era o no una buena idea.

¿Dos días completos bajo la atenta mirada de su familia? Sería difícil no cometer un error… del tipo que fuera.

Amy, situada justo enfrente del vizconde, sostenía su copa de cristal sin llegar a probar el oporto. A pesar de la calidez del comedor y el tono festivo de los comentarios, sentía el pulso acelerado. La mirada de Derek, profunda y cargada de intención, no se había apartado de ella durante casi toda la velada. Cada roce involuntario de sus zapatos bajo la mesa o el cruce momentáneo de sus pupilas provocaba en el pecho de la neoyorquina un escalofrío difícil de disimular.

—Por cierto, Amy —intervino Elizabeth con una chispita de travesura en la mirada, dirigiéndose a la estadounidense—, antes de que nos retiremos del salón, tienes que ver la galería de cuadros de esta casa. Andrew ha reunido una colección soberbia de pintores continentales. Hay un par de lienzos de Gainsborough y un retrato de la escuela flamenca que te fascinarán.

—Sería un placer, Elizabeth —respondió Amy con cortesía, agradeciendo la oportunidad de salir de allí; necesitaba moverse tras

tanto tiempo sentada—. Sabes bien cuánto aprecio el arte.

—Derek, ¿por qué no la acompañas? —propuso Robert de inmediato, guiñándole un ojo a su primo con total descaro, provocando sonrisas en el resto—. Tras un *Grand Tour* en Italia, sabrás explicarle cada detalle mucho mejor que el propio Harlech.

—Si os empeñáis —bufó Derek, poniendo los ojos en blanco para hilaridad de todos, levantándose de inmediato y rodeando la mesa para ofrecerle el brazo a la joven americana, que lo esperaba con complacencia.

Amy apoyó los dedos sobre la manga del traje de noche del vizconde, sintiendo bajo la tela fina el calor de sus músculos tensos. Bajo miradas cómplices y murmullos divertidos, la pareja abandonó el comedor y se adentró en el silencioso corredor del piso superior.

La galería de los Harlech era una estancia imponente, de techos altos con molduras doradas y paredes tapizadas en terciopelo carmesí. A lo largo del pasillo, los marcos dorados resplandecían bajo la luz tenue de varios candelabros de pared. Sin embargo, en cuanto la pesada puerta de roble se entrecerró tras ellos, obviando las risas del comedor, la atmósfera cambió de forma drástica.

El arte pasó a un segundo plano en una fracción de segundo.

Derek no esperó a avanzar hacia el primer lienzo. Con un movimiento fluido y decidido, tomó a Amy de la mano y la guio hacia la penumbra de un hueco junto al gran ventanal de la estancia, donde unos cortinajes de pesado raso los ocultaron de cualquier mirada indiscreta.

—Derek… —empezó a decir Amy, pero la protesta se extinguió antes de nacer.

Él la acorraló contra la madera tallada del ventanal, su mano subió a la nuca de la joven, enredando los dedos en los bucles de su peinado, mientras la otra se posaba con firmeza en su cintura,

atrayéndola hacia él hasta que no quedó un solo milímetro entre sus cuerpos.

Cuando sus labios se encontraron, no hubo lentitud ni prudencia. Fue un beso voraz, ardiente y desesperado que dejó a Amy sin aliento. Derek llevaba demasiadas noches soñando con ella y no quiso refrenarse. Entreabrió la boca de la joven con la suya, introduciendo la lengua para explorar y acariciar la de la neoyorquina con una destreza dominante que hizo perder a Amy el suelo bajo los pies. La joven gimió contra sus labios, rindiéndose de inmediato al asalto, rodeándole el cuello con los brazos y pegándose a él con una necesidad creciente que la asustaba tanto como la embriagaba.

En ese torbellino de sensaciones, la mente de ella pareció apagarse. No había lugar para las dudas sobre Nueva York, ni para el miedo a la alta sociedad, ni para las reglas del contrato. Solo existía la calidez abrasadora de la boca de Derek, el aroma que emanaba de su piel y la firmeza de su pecho presionando contra el suyo.

Las manos del vizconde descendieron con urgencia. Deslizó los dedos por el escote de seda del vestido de Amy, colándose bajo la fina tela hasta encontrar la curvatura cálida de sus senos. A través del encaje de la lencería, los dedos de Derek apretaron y moldearon la firmeza de su pecho, haciendo que ella arqueara la espalda con un estremecimiento de puro placer. El pulso de Amy retumbaba en sus oídos mientras Derek la besaba con más fuerza, devorando cada uno de sus pequeños jadeos.

Durante minutos eternos acarició sus senos con reverencia, sintiendo cómo su dulce cúspide endurecía contra las palmas masculinas, haciéndolos gemir a ambos. Pronto, los delicados roces se convirtieron en un dulce tormento.

Sin romper el beso, temeroso de sacarla de su trance, la mano del vizconde descendió más abajo, levantando con audaz osadía las pesadas capas de seda de la falda. La palma cálida de Derek se deslizó por encima de la media de seda que cubría el muslo de Amy, subiendo hasta llegar a la liga y presionar directamente sobre el centro de la joven por encima de la prenda íntima.

La presión deliberada de la mano masculina sobre esa zona tan vulnerable provocó una sacudida en todo el cuerpo de la inocente muchacha. Se agarró con fuerza a los anchos hombros mientras él acariciaba con ritmo lento y firme esa intimidad encendida, sintiendo el calor ardiente que se concentraba bajo la ropa. Era una sensación tan intensa, tan dolorosamente dulce, que Amy sintió que el mundo entero se desmoronaba a su alrededor. No podía pensar, no podía razonar; solo podía sentir el poder de las manos de él quebrantando cada una de sus defensas.

Derek ahogó un gruñido en la garganta de ella, embriagado por la rendición absoluta de Amy, apretándola más contra la pared mientras sus lenguas continuaban danzando en un roce tórrido.

El sonido de unas pisadas apresuradas y el eco de la voz de Robert llamando desde el pasillo principal los obligó a detenerse de golpe.

—¡Derek! ¡Amy! Elizabeth dice que el té está servido en el salón azul. —El conde de Hill no esperó respuesta, solo pretendía avisarles de que podían pasar tiempo a solas, pero no excederse.

Como si los hubieran devuelto a la realidad de un zarpazo, Derek retiró la mano con lentitud tortuosa, bajando con cuidado la falda del vestido de Amy y alisando la seda sobre sus caderas. Tenía la respiración agitada y la mirada oscurecida por una pasión contenida que amenazaba con desbordarlo.

Amy se apoyó contra la madera, intentando con desesperación

recomponer el aliento. Los labios le ardían, hinchados por el beso, y el vientre le pesaba con una punzada de deseo insatisfecho. Fue en ese preciso instante, mientras Derek le ajustaba con delicadeza el escote con dedos temblorosos, cuando la magnitud de lo ocurrido la golpeó de lleno.

Había conocido el peligro real, el peligro de una pasión capaz de nublarle el juicio, de arrastrarla hacia decisiones irrevocables y de hacerle olvidar la independencia que tanto codiciaba. Estaba al borde de un abismo delicioso, pero aterrador.

—Volvamos antes de que pierda el control por completo —logró articular Derek hacia la puerta con voz ligeramente enronquecida, antes de volverse hacia ella y besarle con suavidad la frente.

***

El despacho de la residencia de Derek en Hill Street permanecía en penumbra. Tan solo la luz vacilante de dos velas sobre la mesa de caoba y el resplandor de las brasas moribundas de la chimenea iluminaban la estancia. Derek se hallaba de pie junto al ventanal, con una copa de brandi en la mano que ni siquiera se había molestado en probar, contemplando la calle desierta bajo la niebla nocturna de Londres.

El silencio de la casa era absoluto, pero en su mente rugía una tormenta que llevaba horas intentando apaciguar.

Todavía podía sentir en las palmas de sus manos el tacto de la piel de Amy, la firmeza de sus senos y la calidez temblorosa de su cuerpo bajo la seda de sus faldas. Todavía le escocían los labios por la ferocidad con la que se habían buscado en la galería de los Harlech.

¿En qué momento había perdido el control de la situación?

Él, el vizconde de Sheffield, el hombre que había hecho del autocontrol, la prudencia y el sentido del deber las columnas vertebrales de su existencia… el caballero a quien toda la alta sociedad consideraba inexpugnable, el soltero cotizado que había esquivado con fría cortesía docenas de trampas matrimoniales orquestadas por las matronas de Mayfair, capitaneadas por su madre y sus tías, ahora se descubría comportándose como un joven irreflexivo, acorralando a una dama en los rincones oscuros de la casa de su hermana, incapaz de contener el impulso primario de poseerla.

Cerró los ojos y apuró un trago de brandi, sintiendo cómo el licor le quemaba la garganta sin lograr sofocar la ansiedad que lo invadía.

No era solo deseo. Ojalá fuera solo eso. El deseo era algo comprensible, una debilidad de la carne que un hombre de su posición podía gestionar con discreción o extinguir con el tiempo. Lo que le calentaba la sangre y, al mismo tiempo, le aceleraba el corazón hasta límites peligrosos era la certeza de lo que sentía cuando miraba a la neoyorquina a los ojos.

Se había enamorado de la señorita Amy Andersen.

La constatación cayó sobre su conciencia con el peso de una sentencia irrevocable. No había farsa, no había contrato ni acuerdo de conveniencia que pudiera ocultarlo ya. Se había enamorado de su risa desafiante, de su inteligencia filosa que no se amedrentaba ante ningún lord, de la independencia con la que caminaba por un mundo que insistía en encasillarla y, sobre todo, de la vulnerabilidad secreta que solo le permitía ver a él cuando sus defensas caían.

Derek apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana, dejando escapar un suspiro cansado.

Pensó en la propuesta de viajar a Windsor. Sabía exactamente por qué sus primos y su hermana impulsaban esa excursión. Querían

acorralarlos, querían obligarlo a dar el paso definitivo hacia un compromiso oficial. Y lo peor era que no necesitaba que lo empujasen: él mismo no deseaba otra cosa que hacer de Amy su esposa, que portara su apellido y asegurarse de que no regresara a Nueva York.

Sin embargo, conocía las reticencias de ella. Amy temía perder su libertad, temía el rechazo de una sociedad aristocrática que no siempre comprendía su origen neoyorquino y, por encima de todo, temía arrepentirse de cualquier decisión que tomara.

«No me casaré jamás», recordó Derek, apretando la copa con fuerza, que le había escuchado decir con una firmeza feroz. Conquistarla no iba a ser un juego de salón, no bastaban sonrisas en los bailes ni besos robados en la penumbra.

Si quería que Amy se quedara a su lado en Inglaterra, si quería que cruzara el Atlántico para siempre y confiara en él, tendría que demostrarle que su determinación, así como su amor, eran inquebrantables. Debería mostrarle que estaba dispuesto a proteger su independencia dentro de la estricta etiqueta inglesa, a enfrentarse a quien hiciera falta en Mayfair y a ofrecerle un amor que no fuera una jaula, sino un refugio.

Windsor sería el escenario definitivo. Lejos del ruido sofocante de Londres, en la libertad de los jardines de los Harlech, dejaría a un lado las indirectas y la farsa que tanto comenzaban a exasperarle. La conquistaría gesto a gesto, beso a beso, hasta que el miedo cualquier reticencia se transformara en el deseo de construir una vida juntos.

Un leve chasquido del fuego quebró el silencio del despacho. Derek se giró con lentitud hacia la mesa, dejó la copa, todavía a medio vaciar, junto al tintero y esbozó una sonrisa sobria y decidida en la penumbra.

El juego había terminado. Ahora empezaba la verdad.

Capítulo 15

El viaje en carruaje desde la capital hasta Berkshire transcurrió bajo la suave luz de la avanzada mañana. Cuando los carruajes de los Beaufort cruzaron la imponente verja de hierro forjado que daba paso a la propiedad de los Cavendish en las inmediaciones de Windsor, la tensión sofocante de Londres pareció disiparse entre el aroma a hierba fresca y los frondosos robles que flanqueaban el camino de la entrada.

La residencia de los condes era una majestuosa mansión de planta isabelina y ladrillo rojo, rodeada de jardines cuidados al detalle que descendían en suave pendiente hacia una masa boscosa y, más allá, hacia el curso del Támesis. Los criados, alineados con impecable pulcritud en la escalinata principal bajo las órdenes del mayordomo, recibieron al grupo con eficiencia.

—Bienvenidos —anunció Elizabeth con una sonrisa radiante mientras descendía del primer carruaje con la ayuda de su esposo Andrew—. Espero que el trayecto no haya sido demasiado fatigoso.

—En absoluto, querida —respondió Sarah, estirando los brazos al aire libre mientras Martin, su hermano George y Blanche bajaban tras ella—. La idea de abandonar Mayfair, aunque sea por unos días, me ha devuelto cinco años de vida.

—Venid, os enseñaré las estancias para que podáis refrescaros

antes de dar un paseo —invitó Els al nutrido grupo de primos, haciendo un gesto hacia la enorme puerta que daba a la mansión.

El reparto de las habitaciones en la planta superior se organizó con la naturalidad propia de una familia acostumbrada a hospedarse junta, replicando la distribución de la finca del tío William, donde solían pasar las Navidades desde niños. Como era menester, los matrimonios ocuparon los aposentos principales de la primera ala: Andrei y Rachel, Andrew y Esther, George y Blanche, Sara y Martin, Robert y Helena, Nate y Maddie, se instalaron en amplios dormitorios en el extremo oriental, mientras que Elizabeth y Andrew tomaron el conjunto señorial opuesto. Los dos jóvenes solteros fueron acomodados a lo largo del pasillo principal, donde las estancias resultaban igualmente confortables, aunque algo menores.

—Amy, te hemos asignado la habitación del extremo oeste —indicó la anfitriona con calidez, señalando una puerta de roble labrado que daba hacia los jardines privados—. Tiene una de las mejores vistas del estanque y recibe una luz preciosa por las tardes.

—Será encantadora, Elizabeth, muchísimas gracias —agradeció ella, esbozando una sonrisa amable.

—Y para Derek —continuó la condesa, mirando a su hermano con una chispita de diversión mal disimulada—, el ala este, justo al fondo del pasillo, junto al estudio de Andrew. Así no te molestará el alboroto de las primas, si decidimos trasnochar.

Derek inclinó la cabeza con elegancia, aunque su mirada se cruzó un instante con la de Amy. Un pasillo entero los separaba, una distancia prudente impuesta por la etiqueta que, sin embargo, parecía cargada de una tensión palpable después de lo ocurrido en la galería de los Harlech apenas dos noches atrás.

Una hora más tarde, tras cambiarse por atuendos más ligeros y adecuados para el campo, las damas del grupo decidieron

emprender un paseo por los jardines antes de que el sol de la tarde comenzara a ponerse. Los caballeros habían preferido adelantarse hacia las caballerizas para inspeccionar los montados de la finca, de modo que ellas pasearon a paso tranquilo entre los senderos de gravilla y los senderos de rosas, parloteando animadas sobre naderías.

A pesar de la belleza del paisaje y del murmullo alegre de sus acompañantes, Amy avanzaba sumida en una especie de bruma. Cada paso que daba sobre la hierba, cada brisa que le acariciaba el rostro, la devolvía inevitablemente al recuerdo de Derek. Tenía aún grabado en la memoria el tacto firme de sus manos, la presión implacable de sus labios y la cadencia grave, espesa de su voz cuando le había susurrado que debían volver, sosteniéndola todavía contra la pared. Se descubría buscando sin quererlo su silueta entre las sombrías alamedas o girándose al menor sonido de pisadas, con el corazón dándole un vuelco que apenas lograba disimular.

—… y os juro que la duquesa de Roxburghe casi deja caer el abanico en la ponchera de vino —estaba diciendo Esther entre risitas.

La diversión de todas ellas sacó a Amy de sus cavilaciones.

—No me digas que volvió a ocurrir —intervino Rachel, ajustándose la pamela, evitando que el sol manchara su níveo cutis —. Pensé que, después del incidente de la temporada pasada, habría contratado a una institutriz para que vigilara los toscos modales de sus hijas.

—En absoluto —aseguró Esther con entusiasmo conspirativo—. Lady Dorothea estuvo toda la noche persiguiendo a lord Thomas por todo el salón, ¡pobrecito! Se escondió tras las cortinas del pasillo de los músicos durante al menos media hora solo para evitar que lo arrastrara a la pista para un cotillón.

—Lo que me resulta del todo incomprensible —añadió Elizabeth, uniendo su brazo al de Amy— es la audacia con la que lady Beatrice pretendía captar la atención de lord Harrington. Apareció en el baile de los Pemberley luciendo un vestido de seda amarilla que competía directamente con los canarios del invernadero.

Las jóvenes rompieron en una carcajada limpia, mientras Amy se obligaba a sonreír para unirse al tono distendido de la conversación.

—¿No te pareció excesivo, Amy? —le preguntó Blanche—. Estabas cerca del buffet cuando la madre de lady Beatrice simuló tirarle un poco de champán encima para que el baronet le ofreciera su pañuelo.

—Ah… sí, por supuesto —respondió Amy, concentrándose en lo que decían, apartando a Derek de su mente con rapidez—. Debo confesar que la maniobra me pareció un tanto… digamos que poco sutil. En Nueva York, una joven que recurriera a semejantes artimañas se encontraría al día siguiente en boca de todos los salones, y no de forma halagadora.

—Aquí también lo está, te lo aseguro —rio Elizabeth—. Pero Mayfair es un escenario donde algunas madres están dispuestas a representar verdaderas tragedias teatrales con tal de asegurar un conde para sus hijas.

—Por fortuna, en este rincón de Berkshire no hay comedias que representar —comentó Sarah con un suspiro de satisfacción, contemplando los prados que se extendían en la distancia—. Aquí solo hay aire puro y tiempo para disfrutar de la compañía.

Amy asintió en silencio, dirigiendo la mirada hacia el bosque distante. Sabía que las primas de Derek intentaban incluirla con calidez en sus confidencias, y agradecía profundamente su afecto verdadero. Sin embargo, por mucho que se esforzara en prestar atención a los chismes sobre la duquesa o los vestidos imposibles de

las debutantes de Londres, su mente siempre regresaba al mismo punto fijo, a la misma mirada verde e intensa que, sin duda, la aguardaría al final del día.

***

La cena en el gran comedor había transcurrido entre risas, brindis por la paz del campo y relatos sobre las pasadas correrías del conde de Harlech. Tras los postres, los invitados se repartieron por la sala; un grupo parloteaba sobre anécdotas de la infancia, otros se concentraban en el salón de juego para una partida de naipes. Mientras, Derek se acercó con paso tranquilo hacia el rincón donde Amy contemplaba la noche a través del ventanal del patio, sumida en la paz que el paisaje nocturno le transmitía.

—El aire afuera es mucho más sereno que en Mayfair —comentó él con voz baja, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Me concederías el honor de dar un paseo por la terraza, Amy?

Se giró hacia él, sintiendo ese brinco involuntario en el pecho que ya se había vuelto constante.

—Más sereno y también más oscuro —dijo sin pensar, para darse cuenta después de lo que había insinuado. La mirada del vizconde, enardecida, la hizo enrojecer. Aun así, no se amedrentó—. Un poco de aire fresco nos vendrá bien a ambos.

Sheffield le ofreció el brazo y salieron de la habitación mientras muchos los miraban en derredor. Juntos cruzaron la arcada de piedra que daba paso a las terrazas escalonadas de la mansión. La luna creciente iluminaba los senderos con una luz plateada y tibia, proyectando largas sombras sobre los parterres.

Caminaron unos minutos en un silencio cómodo, un compás de espera donde solo se escuchaba el murmullo lejano de las aguas del

río, que proporcionaba un fondo sonoro apacible.

—Háblame de Nueva York, Amy —le pidió Derek de pronto, rompiendo la calma con una suave inflexión en la voz—. Cuéntame cómo son verdaderamente tus días allí, lejos de las miradas de la alta sociedad inglesa y de nuestras estrictas formalidades.

Amy sonrió con suavidad, sintiendo una punzada de nostalgia al evocar su hogar.

—Es un mundo por completo distinto, Derek —comenzó a explicar, mirando hacia las estrellas—. Nueva York no duerme con la misma lentitud que Londres. Es una ciudad que se construye y se reinventa a sí misma cada mañana. Las calles huelen a la sal marina que llega desde el puerto, al hollín de las fábricas y al serrín de las edificaciones que se levantan en las nuevas avenidas.

—Suena ruidosa y viva —observó él, mirándola de perfil con atención reverente.

—Lo es —asintió la joven con los ojos iluminados por el recuerdo —. Allí nadie te pregunta quiénes eran tus antepasados hace cuatro siglos para decidir si mereces un saludo. A la gente le importa lo que puedes hacer con tus propias manos y tu inteligencia. Las mañanas en mi casa son bulliciosas; cuando mi hermano está en casa, las pasa discutiendo sobre cargamentos de madera o contratos de barcos desde el desayuno hasta la cena, sin importar si estamos comiendo, mientras la tía Augusta intenta poner orden entre periódicos y tazas de café. Hay una libertad en el aire que se respira en cada rincón.

Derek la escuchaba, fascinado por la pasión que impregnaba las palabras de la joven. Podía ver la fuerza de sus raíces, la lealtad hacia su tierra y el orgullo indisimulado con el que hablaba de su vida al otro lado del océano.

—Parece un lugar extraordinario para alguien con tu

temperamento —comentó el vizconde, deteniendo sus pasos junto a la balaustrada de piedra que dominaba el estanque inferior.

—Lo es, es mi hogar —afirmó ella con sencillez—. No quiero decir que sea mejor que Inglaterra —se excusó—, y desde luego que, a las mujeres, en especial a las de algunas familias más adineradas, se nos exige decoro. Pero no es comparable a la estricta etiqueta británica en la que las damas parecen no tener más utilidad que ser esposas y madres.

Derek se apoyó en la piedra, mirando el reflejo de la luna en el agua antes de girarse hacia ella. Sus ojos se oscurecieron con una gravedad serena.

—Dime una cosa, Amy. Si el destino te llevara a establecerte en otro lugar, si tu vida tomara un rumbo distinto y tuvieras que residir lejos de tu hogar… ¿lo echarías de menos hasta el punto de no poder ser feliz?

La pregunta cayó entre ellos como una piedra en un estanque calmo.

Amy se tensó apenas. Comprendió al instante el peso que contenían aquellas palabras, quizá casuales. No era una simple curiosidad sobre su nostalgia, era una pregunta lanzada hacia las profundidades de su futuro, una forma de tantear los cimientos de su resistencia a quedarse en el Reino Unido. Un nudo de angustia y duda se le apretó en la garganta.

—Supongo que uno siempre echa de menos el lugar donde ha crecido —respondió, intentando mantener la voz firme y neutral, dirigiendo la mirada hacia los árboles lejanos—. Las raíces no se arrancan con facilidad sin dejar cierta huella, Derek. La felicidad depende de muchas cosas, no solo de un mapa.

Fue una respuesta evasiva, un escudo levantado a toda prisa para protegerse de la vulnerabilidad, del vértigo que sus palabras le

habían hecho sentir. Sin embargo, al volverse hacia él, Derek no vio frialdad en sus rasgos, sino una sombra de temor. Vio la duda reflejada en sus ojos oscuros, la incertidumbre de una mujer que sentía que el suelo bajo sus pies comenzaba a ceder y que temía perder su identidad si se entregaba por completo a lo que estaba naciendo entre ellos.

Derek la contempló durante un largo segundo. Sintió la tentación abrasadora de dar un paso adelante, de tomarla por los hombros y exigirle una respuesta clara, de asegurarle que jamás tendría que renunciar a sí misma si se quedaba a su lado. O de besarla hasta arrancarle la respuesta que quería de ella.

Pero su sentido del honor y el profundo respeto que le profesaba prevalecieron. Presionarla en ese momento solo lograría ponerla triste y que se replegara aún más tras sus defensas.

El vizconde esbozó una sonrisa tibia y comprensiva, relajando su postura.

—Es una respuesta muy sensata, Amy —dijo con suavidad, ofreciéndole de nuevo el brazo para retomar el paseo—. El aire nocturno empieza a sentirse helado. Será mejor que volvamos al salón antes de que mi hermana envíe una expedición de búsqueda.

Amy suspiró bajito, agradeciendo íntimamente la delicadeza con la que él había decidido no acorralarla, aunque la incertidumbre y cierta angustia continuaban latiendo con fuerza en su pecho.

***

La noche había caído por completo sobre la mansión de los condes de Harlech. En la calidez de su dormitorio del extremo oeste, Amy permanecía sentada frente al tocador de caoba, vistiendo un holgado camisón de batista blanca sobre el que se deslizaba su larga

melena rubia, deshechos los moños del día.

Su doncella, que la había acompañado desde la infancia y que conocía cada uno de sus gestos mejor que nadie, retiraba con destreza los cepillos y los frascos de perfume sobre la mesa de madera.

—Estás muy silenciosa esta noche, Amy —comentó Betsy con esa familiaridad afectuosa que la caracterizaba, mirándola a través del espejo—. Y no me digas que es por el cansancio del viaje, porque sé muy bien cuándo algo te da vueltas en la cabeza.

Amy suspiró, dejando caer las manos sobre el regazo.

—Es este lugar, Betsy… O tal vez sea toda esta situación. Siento que todo se está moviendo demasiado rápido y no estoy segura de tener el control de mis propios pasos.

Betsy dejó el cepillo de plata sobre la mesa y se colocó al lado de la joven, cruzando los brazos sobre la sencilla falda de lana con actitud resuelta.

—Si te refieres a tu lord Sheffield, yo diría que el control lo perdiste hace ya bastante tiempo. Creo que se lo cediste el día que le propusiste la locura de un romance fingido y que, desde entonces, has ido alejándote cada vez más de tu habitual contención.

Amy levantó la cabeza, sorprendida por la franqueza de su criada.

—¿De qué hablas?

—Hablo de la forma en que miras al vacío cuando regresas de un paseo con él o de las veces que lo mencionas —respondió Betsy con una sonrisa sabia—. Y de cómo cambia tu rostro cada vez que ese caballero entra por la puerta de la mansión de los marqueses de Aberdeen. Te conozco, tanto como tú a mí, sé cuánto te asusta la idea de quedarte atrapada en este país, rodeada de duques, condes y reglas que a nosotros nos parecen disparates; sé que tienes miedo

de perder tu libertad y de olvidarte de quién eres. Y sé también que te angustia la idea de alejarte de él sin explorar… —Betsy no era inocente, su señora sí, así que no la animaría a perder esa inocencia antes de casarse— sin explorar más sobre vosotros.

Amy bajó la mirada, apretando los dedos contra la tela de su camisón.

—Él me ha preguntado hoy, de una forma indirecta pero muy clara, si podría ser feliz viviendo lejos de Nueva York —confesó la joven en un susurro vulnerable—. Si tuviera que quedarme aquí, Betsy, siento que estaría dejando atrás toda mi vida: a mi hermano, mi casa, a la tía Augusta y a ti. Creo que, de algún modo, renunciaría a una parte de mí al dejaros atrás. Me da miedo despertarme un día en una gran mansión inglesa y descubrir que me he convertido en una extraña para mí misma.

La criada dejó escapar una risita suave y negó con la cabeza, inclinándose para poner una mano cariñosa sobre el hombro de su amiga.

—¡Dios, Amy!, pero ¿de verdad piensas que si decides quedarte aquí vas a estar sola? Si lord Sheffield te pide que te quedes a su lado y le dices que sí, ¿crees que yo me voy a volver a Nueva York en el primer barco que salga de Liverpool? ¡Ni lo sueñes! Pienso quedarme a tu lado para asegurarme de que esos sirvientes ingleses tan estirados te sirvan el té exactamente como a ti te gusta: sin leche y con mucho azúcar.

Amy la miró con los ojos empañados por la emoción.

—¿Te quedarías?

—¡Por supuesto que me quedaría! Y la tía Augusta también vendría, ¡claro que lo haría! —exclamó Betsy alzando las manos al cielo—. La tía Augusta no tardaría ni seis meses en cruzar el Atlántico cargada con decenas de baúles llenos de vestidos para

instalarse en Londres y vigilar que la alta sociedad te trate como la princesa que eres. Incluso tu hermano Jonathan vendría a visitarte con cierta frecuencia y, de paso, trataría de cerrar negocios en Inglaterra y discutiría sobre barcos con el señor Foster, dado que se dedican a negocios complementarios. No estarías perdiendo tu mundo, Amy; solo estarías haciendo espacio para uno nuevo.

Las palabras de la doncella resonaron en la estancia con una claridad deslumbrante, derribando una a una las murallas de excusas que Amy había construido con tanto cuidado durante semanas para proteger su corazón. Con seguridad, al día siguiente volvería el miedo, pero esa noche parecía sencillo dejarse llevar por las palabras de su amiga.

—Nada de eso tendría importancia si esto fuera solo un acuerdo o un capricho de la temporada —continuó la doncella, mirando con fijeza a la joven a través del espejo—. La única pregunta que tienes que hacerte, la única que importa de verdad es una muy sencilla: ¿sientes algo de verdad por ese vizconde, algo profundo y duradero que puede convertirse en un «felices para siempre»? ¿O todo esto es solo un juego?

La habitación quedó sumida en un silencio absoluto. El crepitar de una vela a punto de agotarse era el único sonido que rompía la calma de la estancia.

Amy cerró los ojos. En la oscuridad de su mente vio la imagen de Derek, su sonrisa ladeada, traviesa, que parecía guardar solo para ella, la devoción absoluta con la que la protegía de los murmullos de Mayfair, el calor abrasador de sus manos al sostenerla y la ternura con la que había respetado sus miedos esa misma noche, durante su paseo.

Como él le dijera, el contrato había quedado atrás hacía muchas veladas. No había mentiras, ni farsas para engañar a la aristocracia,

ni excusas sobre la diferencia entre sus costumbres. La verdad estaba allí, desnuda y palpitante en el centro de su pecho.

Amy abrió los ojos y miró su propio reflejo en el cristal. Una lágrima solitaria y serena resbaló por su mejilla, pero en sus labios se dibujó una sonrisa de rendición absoluta.

—Lo amo, Betsy —confesó por primera vez en voz alta, con un hilo de voz que temblaba de emoción y certeza—. Dios me ayude, porque lo amo con todo mi corazón.

Capítulo 16

El silencio en el ala oeste de la mansión era denso, interrumpido tan solo por el crujido ocasional de la madera al enfriarse. Tras la marcha de Betsy, Amy se había metido en la cama, pero el sueño se negaba a abrazarla. Las palabras pronunciadas en voz alta aún reverberaban en las paredes de la estancia: lo amo. La revelación había encendido un fuego en su pecho que le aceleraba el pulso y le llenaba la cabeza de ideas atropelladas, dudas sobre el futuro y un anhelo irrefrenable que no la dejaba descansar.

Incapaz de soportar más tiempo la inmovilidad de las sábanas, Amy se deslizó fuera de la cama, se echó sobre el camisón una bata de seda azul ultramar, ajustó el cordón a su cintura y reposó con suavidad los pies sobre la rica alfombra. Decidió salir al corredor con la vana esperanza de encontrar a algún sirviente en la planta inferior que pudiera prepararle una infusión o un vaso de leche caliente para calmar la agitación que la embargaba.

Al abrir con sigilo la pesada puerta de su dormitorio, el pasillo se reveló sumido en una penumbra dorada, iluminado tan solo por los candelabros de pared cuyas velas consumidas titilaban suavemente. Dio apenas diez pasos cuando una silueta alta y esbelta emergió de la penumbra del fondo, junto a la escalera de la biblioteca.

Era Derek.

Vestía una camisa blanca de lino fino con el cuello desabrochado, desprovista de corbatín o chaleco, y unos pantalones oscuros. Llevaba un libro encuadernado en piel en una de sus manos. Al escuchar el leve roce de la seda contra el suelo, el vizconde se detuvo de golpe.

Sus miradas se encontraron en medio del pasillo silencioso. No hubo preguntas, ni exclamaciones de sorpresa, ni excusas corteses sobre la hora. El aire entre ambos se volvió pesado al punto, impregnado de una seguridad absoluta y un deseo que había alcanzado su punto de ebullición tras semanas de contención, miradas furtivas y besos interrumpidos. Amy vio en los ojos verdes de Derek una vorágine de devoción, necesidad y ternura; Derek leyó en los de ella una rendición valiente y sin reservas.

El vizconde dejó caer el libro sobre una consolita de caoba junto a la pared sin hacer el menor ruido. Dio tres pasos firmes hacia ella, sin romper el contacto visual, y extendió la mano con la palma hacia arriba. Era una muda invitación, una pregunta sin palabras.

Amy no vaciló. Deslizó sus dedos sobre los de él.

El calor de la mano de Derek la envolvió al instante. Sin pronunciar un solo murmullo, la guio con suavidad a lo largo del pasillo, alejándola del ala de los invitados y llevándola hacia la intimidad de su propio dormitorio en el extremo este. La puerta se cerró tras ellos con un chasquido sordo, dejando fuera al resto del mundo.

La estancia estaba iluminada tan solo por el resplandor moribundo de las brasas de la chimenea. En la penumbra, el vizconde se giró hacia ella y, con una lentitud reverente, deshizo el lazo de la bata de seda de la americana, dejándola resbalar por sus hombros hasta que la prenda cayó al suelo.

—Amy… —susurró él, y su voz no fue más que una caricia

ahogada antes de posar sus labios sobre los de ella.

Fue un beso infinitamente dulce, madurado por la certeza de lo que ambos sentían. Las manos de Derek subieron a su rostro, acunando sus mejillas con una delicadeza extrema, mientras sus lenguas se encontraban con una calidez que no buscaba la prisa, sino el deleite en cada segundo. Amy ahogó un suspiro de placer contra su boca, enredando los dedos en el cabello del caballero y atrayéndolo hacia sí.

Con cuidado infinito, como si sostuviera el cristal más valioso, Derek la guio hacia el lecho. Las sábanas de hilo fino estaban frescas, pero el cuerpo de él, al tumbarse a su lado, emanaba un calor abrasador. Sus dedos, firmes y expertos, desataron las cintas del camisón de batista, deslizándolo con pausa reverente sobre la piel suave de la joven. Amy cerró los ojos, estremeciéndose cuando la boca de Derek abandonó sus labios para descender por la curva de su cuello, dejando un reguero de besos cálidos sobre su garganta, su clavícula y la firmeza nacarada de sus pechos.

Cada roce era un poema en silencio. La palma de Derek recorrió las curvas de su talle, deteniéndose en la cadera para trazar caricias lentas que encendían pequeños fuegos bajo la piel de la neoyorquina. No había una urgencia torpe, solo una sinfonía de suspiros, roces de piel contra piel y el ritmo acompasado de dos respiraciones que se volvían una sola. Amy arqueó la espalda, buscando el contacto de él, abriéndose a la caricia de sus manos que la exploraban con una mezcla de adoración y deseo ardiente.

Cuando él se posicionó sobre ella, mirándola fijamente a los ojos en la penumbra, Amy vio reflejada en la tez del vizconde toda la verdad que jamás se había atrevido a articular. La unión fue un tránsito tranquilo y profundo. Un leve jadeo escapó de los labios de Amy cuando la plenitud de él la inundó, pero Derek se detuvo,

besando sus lágrimas de emoción y sus párpados hasta que la tensión inicial se disolvió en una ola de placer cálido y envolvente.

El movimiento que siguió fue una danza suave, una cadencia de embestidas lentas y profundas que les hizo perder la noción del tiempo. Derek la sostenía contra su pecho, sintiendo el latido desbocado del corazón de ella contra el suyo, mientras las manos de Amy se aferraban a sus hombros desnudos. El clímax los alcanzó juntos, como un suspiro expandido en la penumbra de la estancia, una sacudida dulce y estremecedora que los dejó abrazados, exhaustos y envueltos en una paz absoluta mientras el calor de la chimenea moría poco a poco.

***

El tenue resplandor azulado que precede al amanecer comenzaba a filtrarse por las rendijas de las cortinas del dormitorio. Amy dormía plácidamente con la cabeza apoyada en el pecho desnudo de Derek, envuelta en la calidez de las mantas.

El vizconde, que llevaba un buen rato despierto contemplándola con la mirada henchida de amor, le acarició con infinita ternura el hombro desnudo, inclinándose para depositar un beso tenue en su sien.

—Amy, mi amor, debes despertar —susurró.

Ella parpadeó adormilada, acurrucándose más contra su hombro fuerte antes de que la realidad la alcanzara de golpe. Al abrir los ojos y ver la luz matutina filtrándose por la estancia, el recuerdo de la noche anterior cayó sobre su mente como un cubo de agua helada.

Dio un brinco en la cama, tirando de la sábana hacia arriba para cubrirse el pecho mientras la palidez sustituía al rubor de su rostro.

Una oleada de pánico repentino la invadió.

—¡Dios mío! Es de día... —exclamó con la voz entrecortada por el nerviosismo, buscando a toda prisa su camisón y la bata de seda dispersos a los pies de la cama, olvidado cualquier pudor por el miedo a ser descubierta allí—. La casa va a despertarse en cualquier momento. Los criados…. si alguien me ve salir de tu habitación…

—Amy, cálmate, por favor —pidió Derek con voz serena, incorporándose en la cama con la sábana rodeándole la cintura y extendiendo una mano hacia ella—. Nadie ha despertado aún. El servicio no sube a este pasillo hasta dentro de media hora.

—No mires —le pidió atropelladamente al tiempo que se pasaba la bata sobre los hombros con manos temblorosas, evitando también ella mirarlo con fijeza a los ojos—. Esto… lo que ha pasado esta noche… no cambia nada, Derek, todo sigue por completo igual que ayer entre nosotros. —No se atrevía a decir más.

Sheffield la miró. La serenidad de su rostro no se alteró, pero por dentro sintió cómo la decepción le atenazaba el pecho.

—Te equivocas, Amy —dijo él con tono firme—. Esto, lo que ha pasado esta noche, lo cambia absolutamente todo.

Amy se giró hacia él, ajustándose el cordón de la bata con furia defensiva para ocultar el pánico. Una risita histérica se coló en su voz conforme verbalizaba su pensamiento más absurdo.

—¡Debería ser al revés! La sociedad dice que en estas situaciones tendría que ser el caballero quien intentara eludir cualquier responsabilidad después de haber llevado a una dama a su lecho. —Se sonrojó a pesar de la histeria que comenzaba a invadirla —. ¡Y tendría que ser la mujer la que exigiera un compromiso, un acuerdo o una reparación por el escándalo! Y, sin embargo, así estamos…

Derek suspiró, poniéndose de pie con parsimonia, provocando

que Amy se volviera una vez más, y cubriéndose con una bata de terciopelo oscuro. Se acercó a ella con pasos lentos. Creía saber con exactitud lo que estaba sintiendo Amy en aquel momento: el miedo a algo nuevo, desconocido, más allá del pánico a la intimidad compartida esa noche, la primera del resto de su vida si de él dependía.

La amaba con cada fibra de su ser, quería hacerla su esposa más que a nada en el mundo, pero no de esa manera. Jamás aceptaría tenerla a su lado porque se sintiera acorralada por el peso de un escándalo o por el chantaje de una noche de pasión, quería que fuera a él por su propia voluntad, libre, confiada y sabiéndose amada.

—No voy a discutir contigo sobre esto, o no ahora, Amy —le dijo con suavidad, deteniéndose a solo un paso de ella—. No cuando los criados están a punto de comenzar sus rondas por el pasillo.

Amy tragó saliva, desconcertada por la falta de combatividad del vizconde.

—Derek…

—Ven —la interrumpió él con dulzura, tomándola de la mano con la misma delicadeza que la noche anterior.

Abrió la puerta del dormitorio apenas un par de centímetros para comprobar que el pasillo largo y alfombrado continuaba desierto. Tomándola del brazo, la acompañó a paso veloz y silencioso a través de la penumbra del corredor hasta la puerta del dormitorio de invitados en el extremo oeste.

Una vez frente a la entrada de su estancia, Amy se giró hacia él con la respiración agitada y la mirada cargada de una mezcla convulsa de desafilada altivez y desconcierto.

Derek no añadió una sola palabra de reproche ni intentó convencerla de nada. Simplemente se inclinó hacia delante, tomó su

rostro entre las manos y le impregnó los labios con un beso dulce y profundo que robó el aliento de la muchacha y derribó en un segundo todas sus protestas.

—Hablaremos más tarde, mi amor —murmuró él contra su boca, con una sonrisa tibia y enigmática.

Antes de que ella pudiera articular respuesta alguna, el vizconde le dio media vuelta con suavidad, abrió la puerta de su habitación, la empujó con delicadeza hacia el interior y cerró la puerta tras ella, dejándola a solas en la penumbra de su estancia con el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

Capítulo 17

Las cortinas de seda no lograban sofocar la luz grisácea y obstinada del amanecer en el campo. En aquel dormitorio extraño, Amy no dormía. Llevaba desde que regresara, una hora antes, dando vueltas en la cama con el dosel rodeándola como una jaula elegante. Cada vez que cerraba los ojos, el aroma a cedro de Derek volvía a invadir su nariz; sentía de nuevo el calor del pecho de aquel caballero contra el suyo, la textura firme de su nuca bajo los dedos, el sabor de sus labios, el peso de su cuerpo, contenido, y la pasión devoradora que lo había cambiado todo.

Habían hecho el amor y no había sido solo un arrebato de pasión, y eso era precisamente lo que la aterraba: que era amor y que estaba convencida de que también él sentía lo mismo.

Cuando el pomo de la puerta giró con un chasquido sutil y Betsy, su doncella, se adentró en la estancia con una jarra de agua caliente, Amy se incorporó y se sentó en el borde del colchón, descalza y con el camisón arrugado.

—¡Amy! —protestó la criada, dando un leve salto al verla despierta—. Pensé que estarías durmiendo plácidamente tras una velada tan larga.

—Me está resultando imposible, Betsy —dijo Amy, pasándose una mano por el rostro y soltando un suspiro cargado de frustración

—. Si me quedo un minuto más en esta cama, perderé el juicio por completo. Por favor, vísteme. Y hazlo rápido.

—Pero si apenas son las ocho de la mañana. Los señores seguirán durmiendo…

—Tanto mejor. Necesito comer algo y, sobre todo, moverme.

Betsy no protestó más, aunque sus ojos atentos examinaban el aspecto de su señora con viva curiosidad. La ayudó a asearse y la vistió con un sencillo traje de mañana en tono verde menta. Mientras le recogía el cabello en un moño bajo, Amy se miró al espejo. La imagen que le devolvió el cristal era lamentable: la piel pálida, los ojos apagados de insomnio y unas marcadas sombras oscuras bajo las pestañas inferiores.

Sin poder disimular su cansancio, dio las gracias a la doncella y bajó la gran escalera de mármol. La casa aún parecía dormir a pesar del ejército de criados que se afanaban con sus tareas, y el olor a pan recién hecho la guio. Se dirigió al comedor de diario, esperando encontrar la estancia vacía, pero cuando un lacayo le abrió la puerta de doble hoja se topó con una figura alta frente al ventanal, hojeando el periódico con una taza de café en la mano.

Era Martin Foster, el empresario neoyorquino y marido de Sarah lucía impecable con su traje de corte pulcro, exento de las estridencias o los encajes refinados de los aristócratas británicos.

Al oír los pasos de Amy, Martin se giró. Su rostro, maduro y relajado, dibujó una sonrisa cálida que se congeló levemente al fijarse en las ojeras de la joven.

—Señorita Andersen… Amy —tanteó, recibiendo consentimiento para tutearla—. Parece que tienes la costumbre americana de madrugar —bromeó con tono afable, dejando el periódico sobre la mesa y apartando una silla para ella—. Por favor, toma asiento, yo estaba a punto de atacar una bandeja de tostadas y sería un placer

que me acompañaras.

—Buenos días, Martin —murmuró Amy, aceptando el asiento, agradecida, tuteándolo a su vez, sintiéndose cerca de aquel hombre por el simple hecho de ser tan neoyorquino como ella—. No sabía que madrugaras tanto.

—El hábito de los negocios, supongo. El mercado no espera a que Mayfair despierte —contestó él, sirviéndole una taza de té humeante—. Discúlpame la intromisión, pero ¿debo atribuir ese tono fantasmal en tus mejillas al cansancio, a que te cuesta dormir en una casa que no conoces… o a asuntos más personales? ¿O quizá prefieres que lo ignore y hablemos del clima?

Amy tomó un primer sorbo de té y observó a Martin con los ojos muy abiertos, pero la mirada del hombre no contenía malicia ni afán de chisme; solo una franca y serena empatía.

—¿Tan evidente es? —suspiró ella, apoyando los codos en la mesa y rindiéndose ante la evidencia.

—Para cualquiera que sepa leer los acontecimientos de estas últimas semanas, sí —respondió Martin con una leve sonrisa—. Me aventuraría a decir que las cosas con Derek han comenzado a ser más… personales.

Amy miró hacia la ventana, contemplando el jardín bañado por la niebla matutina. Podía no responder, podía contar la verdad de su extraño pacto con Derek, podía cambiar de tema… Pero su intuición la invitaba a hablar con aquel hombre, aunque fuera para relatarle una verdad a medias…

—Todo esto comenzó como una amistad práctica: es el hijo de mis anfitriones y me ha acompañado a las fiestas como de él se espera… pero en algún momento dejó de ser tan práctico para ser más… más… —no hallaba la palabra ni quería delatar hasta qué punto se había conocido.

—¿Íntimo?

—Justo, sí: muy íntimo.

Martin asintió con lentitud, tomando un sorbo de su café antes de hablar, cambiando de tema para darle un respiro, viendo que la joven parecía querer evitar mencionar directamente a Derek.

—Londres puede ser abrumador, Amy. Y la aristocracia, aún más. Dime algo, ¿cuánto hace que no piensas en Nueva York sin sentir que es un refugio al que necesitas regresar?

Amy parpadeó, sorprendida por el giro de la conversación.

—Pienso en mi hogar todos los días —admitió en un susurro—. Echo de menos el aire del Hudson, el ruido del puerto, la sensación de que las cosas se mueven y cambian a cada segundo. Aquí todo parece congelado en el tiempo, sujeto a una rigidez que raya lo absurdo. ¿Cómo están las cosas por allí? —se interesó de pronto entendiendo que él seguía en contacto continuo con los Estados Unidos—. ¿Has sabido algo de las grandes familias de Manhattan?

—Los Astor siguen construyendo su imperio, los Vanderbilt planean expandirse hacia el Oeste y tu hermano, por lo que sé, sigue manejando la naviera Andersen con mano de hierro —comentó Martin con una chispa de diversión—. Todo sigue su curso acelerado.

Amy apretó la taza entre sus manos. La pregunta que llevaba semanas rondándole la cabeza salió por fin de sus labios con una vulnerabilidad que raras veces se permitía mostrar.

—Tú dejaste todo eso por Sarah, Martin. ¿No echas de menos tu vida en Nueva York? ¿Cómo logras sobrellevar vivir en un país donde los americanos como nosotros siempre seremos vistos como advenedizos?

Martin se reclinó en su silla y guardó silencio durante unos instantes, sopesando su respuesta.

—Tengo que decir que vine aquí a hacer negocios, a expandir el

comercio a Europa, y que fue al llegar cuando encontré a Sarah. Pero yo ya sabía que me quedaría aquí durante mucho tiempo, no tuve que tomar una decisión sobre la marcha… Y sí, claro que a veces echo de menos la energía de mi ciudad, no lo voy a negar —empezó a explicar con voz calmada—. Pero la respuesta a cómo lo sobrellevo es muy sencilla: amor, Amy. Suena trillado, lo sé, pero el amor que siento por Sarah me hace más feliz que cualquier logro comercial o cualquier reconocimiento social. Estar con ella vale cada pequeño sacrificio.

A la muchacha le emocionó la sencillez con la que hablaba de su esposa y el amor que se reflejaba en sus ojos cuando lo hacía.

—¿Incluso si los nobles te miran por encima del hombro por ganarte la vida trabajando? —inquirió Amy, alzando una ceja.

Martin soltó una carcajada limpia y franca.

—¡Ah, eso! Deja que miren lo que quieran, Amy. Es cierto que la alta sociedad británica considera que trabajar con las manos o con el comercio es algo vulgar, pero ¿sabes qué?, mis mercancías siguen cruzando el Atlántico y mi dinero es tan real como sus títulos. Además, no todos son iguales. Los Beaufort, por ejemplo, siempre me han tratado con un respeto impecable. Saben quién soy, respetan mi trabajo y nunca me han hecho sentir menospreciado en su casa. El truco está en saber quién merece tu atención y quién es solo ruido de fondo.

Amy bajó la mirada hacia la mesa, jugando con el borde de su servilleta.

—Ojalá tuviera tu temple —murmuró—. Antes de que la marquesa de Aberdeen me invitara a Londres y mis sentimientos cambiaran y todo se complicara, en realidad, yo… yo tenía un plan. Pensaba regresar a Nueva York al final de la temporada y convencer a mi hermano de que me hiciera un hueco en la empresa familiar. No

quería pasarme la vida organizando bailes o escogiendo el color de las cortinas de un salón; quería trabajar, ser útil, ganar mi propio dinero. Quería ser libre.

Martin la observó con atención, midiendo la sinceridad y la pasión en las palabras de la joven. Conociendo bien el volumen de negocio de los Andersen, una idea comenzó a gestarse en su mente.

—¿Trabajar en la naviera de tu hermano? —preguntó Martin, inclinándose hacia adelante con gesto divertido—. Conociendo a Jonathan Andersen como lo conozco, apostaría mi vida a que te costaría bastante que te cediera un despacho. Pero se me ocurre algo mejor.

Amy lo miró, confundida. El semblante de Martin era prudente.

—¿A qué te refieres?

—Conozco el negocio de los Andersen tan bien como el mío propio —contestó, medio en broma, medio en serio—, y sigo expandiendo mis operaciones comerciales aquí, en el puerto de Londres. Si de verdad deseas trabajar, si tienes agallas y estás dispuesta a aguantar los murmullos de la sociedad… entonces trabaja conmigo.

Amy se quedó paralizada, mirando a Martin como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Contigo?, ¿aquí, en Londres?

—¿Por qué no? —propuso el americano, divertido ante su reacción—. Podríamos ponernos en contacto con tu hermano en Nueva York y montar una filial o una red de importación en la que tú tengas un papel activo. Tendrías tu propio trabajo, tus propias responsabilidades y la independencia que tanto ansías, pero aquí, en Londres, no en Manhattan.

—Martin, eso es una locura —dijo Amy, aunque una chispa de emoción comenzó a prender en su pecho—. Nadie en la alta

sociedad de Londres aceptaría que una aristócrata o la esposa de un vizconde —se le escapó mencionar de un futuro con Derek, pero siguió hablando— se dedicara al comercio. Sería un escándalo insoportable.

Martin sonrió con picardía y negó con suavidad con la cabeza.

—Nadie lo aceptaría, excepto las personas adecuadas, Amy. Y si no me equivoco, tú no tienes intención de casarte con la sociedad de Londres, sino con un caballero en concreto.

El corazón de Amy dio un vuelco.

—Derek jamás…

—Derek lo aceptaría —la interrumpió Martin con absoluta convicción—. Conozco a lord Sheffield. Detrás de esa fachada de aristócrata hastiado y perfeccionista hay un hombre pragmático que te respeta profundamente. Si eso supusiera hacerte feliz, si eso te devolviera el brillo a los ojos que tienes ahora mismo al hablar de trabajo y no el pesar que reflejaban cuando has entrado aquí, Derek no solo lo aceptaría, sino que lo defendería ante quien hiciera falta.

La neoyorquina se quedó sin habla. Sentía un nudo en la garganta, pero esta vez no era de angustia, sino de una extraña y abrumadora esperanza.

—¿Y los Beaufort? —alcanzó a preguntar en un hilo de voz—. ¿Qué dirían sus primos?

—¿Los Beaufort? —Martin se encogió de hombros con elegancia —. Les parecería algo excéntrico, sin duda. «Ah, la joven vizcondesa neoyorquina y sus raras costumbres americanas», dirían en los salones. Pero la familia te quiere; te querrá si haces feliz a Derek. Si es así, los Beaufort no se interpondrán jamás. Para ellos, la lealtad familiar está muy por encima de los chismes de Mayfair.

El silencio volvió a instalarse en el comedor, pero el peso que aplastaba el pecho de Amy desde hacía semanas pareció disiparse

como la niebla matutina del jardín.

Por primera vez desde que besara a Derek y sus sentimientos por él comenzaran a madurar, el futuro no se presentaba como una rendición inevitable, como un callejón sin salida donde tendría que renunciar a su identidad a cambio del amor. De pronto, la idea de quedarse en Londres, de construir una vida junto a Derek sin perderse a sí misma en el proceso, se convirtió en un horizonte luminoso y lleno de posibilidades.

No era una derrota. Era un nuevo comienzo, trazado bajo sus propias reglas.

Amy miró a Martin Foster y, por primera vez en toda la mañana, una sonrisa verdadera y deslumbrante iluminó su rostro cansado.

—Martin —dijo, alzando su taza de té a modo de brindis improvisado—, creo que tenemos mucho que hablar sobre negocios.

El americano soltó una carcajada y chocó suavemente su taza de café contra la de ella, divertido.

—Será un absoluto placer hacer negocios contigo, Amy Andersen.

Capítulo 18

El sol de media mañana inundaba la amplia galería acristalada del salón de los condes de Harlech en Windsor, proyectando destellos dorados sobre el mármol y las alfombras. El ambiente olía a té de jazmín, tostadas con mantequilla, huevos revueltos y flores frescas, pero para el vizconde de Sheffield, el aire pesaba con una incertidumbre casi insoportable.

Se había levantado tarde, algo insólito en él. La noche anterior continuaba quemando en su memoria con intensidad. Haber poseído a Amy —y haberse entregado a ella sin reservas, en un acto mutuo que había dejado al descubierto las fibras más íntimas de su alma— era el mayor triunfo y, al mismo tiempo, el mayor riesgo de su vida. Conocía el orgullo indomable de su neoyorquina, sabía que ella aborrecía sentirse acorralada y, tras la pasión desmedida que los había consumido en la penumbra de la noche, Derek estaba convencido de que se encontraría con una mujer a la defensiva, distante y dispuesta a levantar de nuevo todas sus murallas defensivas.

Sin embargo, al cruzar el umbral del comedor, la escena que se encontró hizo que su corazón se detuviera un instante.

Amy no estaba escondida ni parecía atormentada. Lucía un vestido de mañana en seda color crema que realzaba la tibieza de su

piel y estaba sentada en el centro de un torbellino de encajes, risas y tazas de porcelana. A su alrededor, la comitiva de las damas de la familia la rodeaba por completo: sus primas Rachel, Esther y Sarah parloteaban con entusiasmo sobre los preparativos de la tarde, mientras Helena aportaba apuntes ingeniosos desde un sillón cercano. A pocos pasos, Maddie y Elizabeth intercambiaban confidencias en voz baja, sonriendo detrás de sus libros.

Amy era el centro de aquel círculo, pero no parecía abrumada. Al contrario: reía con ligereza, respondía a los comentarios de las damas con soltura y mostraba una serenidad que lo desconcertó.

Tratando de mantener su compostura impecable, Derek avanzó hacia una mesa lateral, tomó un ejemplar del *Times* y se acomodó en un sillón a una distancia prudencial. Desplegó las hojas de papel, pretendiendo interesarse por la política parlamentaria y el estado de las Colonias, pero sus ojos verdes apenas lograban fijarse en las líneas del periódico. Por encima del borde del diario, su mirada buscaba inevitablemente a su amada.

Fue entonces cuando ocurrió.

Amy hizo una pausa en su conversación con Rachel, giró el rostro hacia él y sus miradas se cruzaron en el aire. Derek esperaba encontrar frialdad o duda, pero lo que recibió a cambio fue una sonrisa franca, tibia y asombrosamente valiente. Los ojos de la joven brillaron con complicidad indudable, desafiante y dulce al mismo tiempo, que le calentaron la sangre en las venas. No había arrepentimiento en ella, no había huida.

La sorpresa del vizconde se transformó en una chispa de absoluta determinación. Ya no quería esperar más, las conjeturas y la prudencia de Mayfair podían irse al diablo.

Con un movimiento pausado pero firme, dobló el periódico, lo dejó sobre la mesa y se puso en pie. Las primas Beau parecieron

guardar un repentino silencio. Derek caminó sin dudar hacia el grupo de mujeres, manteniendo la vista fija en Amy.

—Amy —dijo, tuteándola por primera vez frente al resto, ofreciéndole una leve inclinación de cabeza con una voz ronca que intentó suavizar—, el día es inusualmente apacible. ¿Me concederías el honor de dar un paseo por los jardines? Quisiera tener una conversación a solas contigo.

Un murmullo imperceptible recorrió la sala. Sarah intercambió una mirada cargada de significado con Esther; Rachel tuvo que sofocar una risita victoriosa con el pañuelo y Helena alzó una ceja con absoluta fascinación. Para todas las damas presentes, la intención de su primo era transparente: el esquivo vizconde de Sheffield al fin iba a claudicar y solicitaría a la neoyorquina permiso para iniciar un cortejo formal en regla, superando por fin la etapa de las miradas furtivas.

Ninguna de ellas —ni por un remoto pensamiento— sospechaba que lo que Derek llevaba grabado en el pecho no era la petición de un cortejo, sino una propuesta definitiva.

Amy no dudó. Aceptó la mano que le tendía, aquella a la que se había agarrado la noche anterior, para levantarse y dedicó a las damas una mirada serena antes de dejarse guiar hacia el exterior.

El aire de los jardines de Windsor era fresco y traía consigo el perfume a tierra húmeda y rosas tardías. Caminaron sin hablar durante unos minutos por un sendero flanqueado por unos setos recortados con cuidado, hasta llegar a un rincón resguardado por la sombra de un viejo roble, creyéndose lejos de las miradas curiosas, absortos el uno en el otro, sin percatarse de que el camino, circular, los había ubicado justo enfrente de donde la familia se hallaba en ese momento.

Derek se detuvo y se giró hacia ella. Su rostro, habitualmente

una máscara de serenidad aristocrática, mostraba ahora una duda casi dolorosa.

—Amy… —empezó, buscando las palabras con una cautela que no solía necesitar en ningún otro ámbito de su vida—. Tengo que hablar contigo de lo que ocurrió anoche. Y de lo que viene ahora.

Amy lo miró, manteniendo las manos entrelazadas sobre su vestido, sin saber bien qué decir, contenta de que fuera él quien hubiera tomado la iniciativa en aquella difícil charla.

Derek respiró hondo, dando un paso más hacia ella, deseando romper la distancia que sus miedos pudieran haber erigido.

—Creo entender muy bien qué tipo de mujer eres —dijo él con vehemencia, alzando una mano para acariciar con extrema delicadeza el aire cerca de su mejilla, sin atreverse del todo a tocarla aún—, sé lo que temes de esta ciudad. Sé que le temes a las cadenas de la etiqueta, a las expectativas de la nobleza y a la idea de quedar atrapada en un mundo que intenta amoldarte a su antojo. Entiendo tus miedos, Amy, los comprendo mejor de lo que crees. Y si piensas que lo de anoche fue una estratagema para acorralarte, por favor, déjame decirte que no es así. —Los ojos de Derek ardían con una sinceridad implacable—. No quiero encadenarte —continuó, con la voz temblando por la intensidad de su emoción—. No quiero que renuncies a ser quien eres. Solo te pido una oportunidad… una oportunidad real para profundizar en esto que tenemos, para demostrarte que podemos construir un camino juntos. Porque la verdad, Amy, es que te amo. Te amo de una manera que jamás creí posible. Eres el sol y la tormenta en mi vida, y no puedo imaginar un futuro en el que no estés a mi lado.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de una solidez casi tangible.

La joven no respondió de inmediato. Sus labios se entreabrieron

ligeramente y sus ojos se empañaron con una emoción brillante. El caballero notó cómo el estómago se le encogía ante aquel silencio prolongado, temiendo haber sido demasiado directo, pero ella no apartó la mirada.

—Derek —comenzó, con una voz suave pero firme que resonó con templanza—, antes de responder a eso, hay algo que debes saber de mí, algo que nunca te he dicho. —Vio Amy como él fruncía apenas el ceño, intrigado y en tensión—. Mi deseo nunca fue ser una gran anfitriona en Manhattan, sino algo muy distinto —explicó, dando un paso adelante y mirándole a los ojos con absoluta franqueza—. Nunca me vi organizando tés de tarde ni luciendo coronas en los salones. Mi verdadero anhelo, lo que siempre quise, fue participar en la empresa familiar, en el negocio que mi abuelo construyó, que mi padre convirtió en un imperio y que mi hermano maneja ahora con éxito. Quiero formar parte de las decisiones, de la estrategia, de la vida real, fuera de las paredes de una mansión de ladrillo.

Hizo una pausa, midiendo la reacción del noble que tenía enfrente. Había evitado cuidadosamente mencionar de forma explícita la palabra trabajar para no sobresaltar la mentalidad aristocrática que él tenía, pero la esencia de sus palabras era clara.

La respuesta de Derek no tardó ni un segundo. No hubo dudas, ni sombras de reproche, ni la altivez que cualquier otro lord, nacido y criado en Mayfair, hubiera mostrado ante semejante declaración.

—Si eso es lo que deseas, no necesitas mi aprobación. Si lo que quieres es mi apoyo, mi bendición, entonces la tienes… Solo espero que puedas hacerlo desde Londres —la tanteó Derek; al verla asentir, entendiendo que no se iría, le tomó por fin las manos entre las suyas con un agarre firme y protector—. Me da absolutamente igual lo que decidas hacer, Amy, siempre que lo hagas conmigo

cerca. No me importa qué ocupación elijas o a qué dediques tus días, siempre y cuando eso te haga feliz. Lo único que me importa en este mundo es ser yo quien esté a tu lado para hacerte dichosa, para apoyarte en cada paso, en cada ambición y en cada sueño que tengas. Si quieres participar en la empresa de tu familia y puedes, además, hacerlo desde aquí, seré el más feliz tratando de impulsarte, seré tu escudo contra quien pretenda juzgarte y tu refugio cuando necesites consuelo, seré todo lo que necesites si te quedas a mi lado.

Amy sintió que las últimas defensas de su corazón se desmoronaban por completo. La respuesta de Derek borraba de un plumazo los fantasmas de duda que la habían perseguido desde su llegada a Inglaterra. Aquel hombre la amaba de verdad: no como a un trofeo neoyorquino, no como a una bonita vizcondesa para lucir en los salones de la ciudad, sino a ella, a la Amy Andersen con ambiciones, con unas ideas propias y un espíritu indomable.

Un suspiro de alivio resbaló por sus labios, rompiendo en una sonrisa radiante.

—Entonces ya no hay nada que no podamos superar, Derek —murmuró ella, alzando las manos para acunar el rostro del vizconde —. Porque yo también te amo, te amo con todo mi corazón. Te amo tanto que parece que el pecho me estallará de dicha.

Derek dejó escapar un aliento entrecortado, como si le hubieran devuelto la vida tras un largo ahogo. Su rostro se iluminó con una mezcla de alivio desbordante y adoración absoluta.

Sin perder un solo instante, se dejó llevar por la devoción. Deslizó una rodilla sobre la hierba húmeda del jardín, quedando rendido frente ella. Con la mano izquierda sostenía las manos de Amy con reverencia, mientras que con la derecha buscaba con cierta prisa en el bolsillo interior de su chaqueta.

Sacó una pequeña cajita de terciopelo oscuro y la abrió, revelando un impresionante anillo de diamantes y zafiros que destelló bajo la luz del sol de Windsor.

—Vine a casa de mi hermana trayendo esto conmigo, Amy —admitió él con una sonrisa humilde y la voz ronca por la emoción, mirándola desde abajo—. Lo traje albergando en el pecho más esperanza que expectativas, temiendo que me rechazarías antes de romper la primera barrera que habías alzado a mi amor. Pero ahora estoy aquí, rindiéndome por completo ante ti. —Derek sostuvo el anillo hacia ella, con los ojos verdes ardiendo, lleno de promesas de amor—. Amy Andersen, ¿me harías el inmenso e indudable honor de convertirte en mi esposa? ¿Quieres casarte conmigo y construir una vida juntos, bajo tus propios términos y a mi lado?

Amy miró el brillo del zafiro y luego a los ojos del hombre que acababa de reescribir su futuro por completo y para siempre. Ya no había rendición, solo un camino compartido que estaba deseando empezar a recorrer.

—Sí, Derek —respondió sin un instante de vacilación, dejándose llevar por la risa y la emoción—. Sí, me casaré contigo. Iría contigo al altar cada día de mi vida.

El vizconde se puso en pie de un solo movimiento, le deslizó el anillo en el anular con dedos ligeramente temblorosos y la estrechó entre sus brazos con una fuerza apasionada, sellando su promesa bajo la copa del viejo roble con un beso, mientras el futuro de ambos se abría, por fin, amplio, luminoso y lleno de esperanza.

***

Detrás de los altos ventanales de la galería acristalada, el silencio de los espectadores se rompió en el preciso instante en que Derek se

puso en pie y estrechó a Amy entre sus brazos. A través del cristal, la imagen del vizconde de Sheffield besando con apasionada devoción a Amy bajo un roble parecía sacada de un lienzo.

—¡Lo ha hecho! ¡Se lo ha pedido! —exclamó Rachel, juntando las manos sobre el pecho con un suspiro dramático—. Sabía que la caminata por el jardín no era para dar un simple paseo. ¡Es maravilloso!

—Y ha sido mucho antes de lo que esperábamos —añadió Esther, ajustándose el chal con una sonrisa llena de suficiencia victoriosa—. Llegó de Nueva York hace apenas unas semanas, ¡y van a protagonizar la primera gran boda de la temporada! No debemos ser modestas, la realidad es que somos sencillamente brillantes —se jactó, feliz, la vizcondesa de Sterling.

—Brillantes es quedarse corta —intervino Els con aire risueño, sirviéndose un poco más de té—. Tenían esa tensión desde la primera vez que coincidieron, en el salón de Robert y Helena. Solo necesitaban un pequeño empujón de la familia para darse cuenta de lo que era evidente para todos nosotros.

—Ha sido una estrategia impecable por nuestra parte —asintió Helena desde su sillón, contemplando la escena del jardín con la satisfacción de quien ve cumplido un plan maestro—. Derek creía que mantendría su soltería intacta, pero no contaba con la astucia combinada de las mujeres Beaufort.

Un poco más allá, junto a la mesa del ajedrez, los caballeros observaban la escena. Martin Foster alzó una ceja, conteniendo a duras penas una carcajada mientras daba un sorbo a su café.

—En apariencia —murmuró en voz baja hacia el conde de Harlech—, las damas están convencidas de que este matrimonio es el resultado directo de sus brillantes maniobras de la última quincena.

El conde soltó un resoplido divertido por la nariz, acomodándose en su sillón.

—Déjalas disfrutar del triunfo, Martin —respondió el aristócrata con una chispa de complicidad en la mirada—. Si supieran que esos dos llevan semanas haciendo mucho más que mirarse como si el mundo fuera a arder, y, peor todavía, que nosotros lo descubrimos antes que ellas, les arruinaríamos la diversión.

—Justo por eso, no seré yo quien se lo cuente a Blanche —intervino George, lanzando una mirada afectuosa hacia su esposa, que seguía felicitándose junto a las demás—. Un hombre sabio aprende pronto qué batallas librar, y desmentir la victoria estratégica de nuestras esposas es una causa inmerecida.

—Cierto —asintió Martin, recordando la conversación que había tenido con Amy apenas unas horas antes en el comedor, sabiendo a la perfección que la verdadera victoria de la pareja era algo mucho más profundo y real que cualquier chisme de salón—. Que tus primas, enamoradas del romance y de la idea de haber sido las musas de Cupido, se queden con el mérito. Lo importante es que Derek ha encontrado a alguien que lo haga feliz a cada paso.

—Y que Amy ha encontrado a alguien que la escuche —añadió George con tono pausado, viendo cómo en el jardín la pareja comenzaba a caminar de regreso hacia la casa, agarrados de la mano y entre risas compartidas—. En el fondo, todos ganamos.

—¿Qué estás cuchicheando, George? —preguntó Sarah, girándose hacia su hermano con divertida sospecha.

—Nada, mi amor —respondió Martin de inmediato, dedicándole a su esposa una sonrisa impecable y llena de devoción—. Solo comentábamos lo absolutamente brillante que ha sido la intuición de las primas Beau.

—Lo sabía —sonrió Sarah con orgullo, volviendo a unirse al

alboroto de las damas mientras los caballeros intercambiaban una última mirada de silenciosa y feliz complicidad.

Capítulo 19

El invierno británico había pintado los jardines de la finca del tío William, marqués de Denver y cabeza de familia de los Beaufort, con una fina capa de escarcha luminosa, pero, dentro de la capilla familiar de la propiedad, el frío exterior parecía una leyenda lejana. El aire olía a pino fresco, cera de abejas y al suave perfume de la aceituna y el muérdago que decoraban los bancos de madera tallada. Las llamas de docenas de velas proyectaban un resplandor dorado sobre los muros de piedra medievales, creando una atmósfera cálida, acogedora y sagrada.

En la primera fila, vestida con elegancia sobria, lady Augusta, tía de Amy e hija del fallecido conde de Maine, observaba el altar con la barbilla erguida y una sombra de orgullo contenida en la mirada. A su lado, la familia Beaufort se congregaba llenando el templo de un murmullo respetuoso pero repleto de expectación.

Derek, con su padre, el marqués de Aberdeen, a su lado ejerciendo de padrino, aguardaba al pie del altar, ajustándose el puño de la chaqueta con dedos ligeramente temblorosos. Después de largos meses de espera tras aquella mañana en la que, con el corazón en la mano, le pidiera a Amy que fuera su esposa, el tiempo parecía haber circulado con una lentitud exasperante. Cada semana de cortejo, cada carta, cada mirada furtiva previa a este día, se

condensaban en el pecho de Derek como un latido acelerado.

Entonces, el órgano rompió el silencio con una melodía majestuosa y las puertas dobles de la capilla se abrieron de par en par.

Un murmullo de admiración recorrió la pequeña iglesia. Amy avanzaba sobre la alfombra burdeos apoyada en el brazo de su hermano, Jonathan Andersen. Lucía radiante. Su vestido de novia, diseñado para una boda invernal de ensueño, combinaba la elegancia atemporal del raso de seda en tono rosa empolvado con un cuerpo encorsetado de encaje de Bruselas tejido a mano. Las mangas largas terminaban en delicadas puntas sobre sus muñecas y la falda, que reflejaba el parpadeo de las velas a cada paso, caía en pliegues suaves hasta una cauda modesta pero imponente. Un velo de tul transparente sostenido por una sencilla tiara familiar velaba apenas su rostro, aunque no podía ocultar el brillo emocionado de sus ojos.

Jonathan caminaba a su lado con paso firme y la mirada serena, sosteniendo a su hermana con orgullo. Al llegar frente al altar, el americano tomó la mano de Amy, la colocó con cuidado sobre la de Derek y le dedicó al novio un firme asentimiento de cabeza, entregándola con la certeza de que quedaba en las mejores manos posibles.

Derek sintió que se le cortaba la respiración al tomar la mano de su prometida. Estaba tan hermosa que todo a su alrededor parecía gris; los invitados, las luces y la música se convirtieron en un mero murmullo lejano y se concentró en un mundo en el que solo existían ella y ese momento.

El párroco comenzó la liturgia, pero las miradas entre los novios hablaban más fuerte que cualquier rito. Cuando llegó el instante de los votos, la voz de Derek resonó clara y profunda en la nave de la

capilla:

—Amy, te tomo como mi esposa frente a Dios y nuestra familia. Prometo ser tu refugio en la tormenta, tu apoyo en la duda y el compañero que sostenga tu mano en cada estación de la vida. Mi corazón ha sido tuyo desde el primer día y hoy te lo entrego para siempre.

Amy suspiró, intentando contener una lágrima de felicidad que amenazaba con deslizarse por su mejilla:

—Derek, te acepto como mi esposo, mi amor y mi vida. Gracias por tu paciencia, por tu verdad y por amarme tal como soy. Te prometo mi lealtad, mi ternura y mi alma entera mientras respire.

—Por el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer.

Derek no esperó un segundo más. Se inclinó, apartó con suavidad el velo de encaje y rodeó la cintura de Amy con firmeza para atraerla hacia él. El beso no fue apresurado, sino profundo, tierno y cargado de la pasión acumulada durante meses de espera. Un beso que sellaba un amor destinado a durar para siempre, mientras los aplausos entusiastas de la familia resonaban bajo los arcos de piedra de la capilla.

***

Más tarde, en el gran salón de la casa del tío William, la celebración estaba en su punto álgido. Los ventanales mostraban la caída suave de la nieve, mientras dentro el fuego de las chimeneas gigantescas creaba una atmósfera festiva y entrañable. La música sonaba de fondo, pero en un rincón cercano a una de las salas de estar, los primos se habían reunido rodeando varias mesas bajas con copas de champán y vino especiado.

Dado que Amy había querido esperar a que su tía Augusta viajara desde Estados Unidos, había habido tiempo más que suficiente para que el clan al completo de los Beaufort se organizara para pasar juntos aquellas Navidades y celebrar unidos el enlace del último caballero soltero de la familia. Estaban todos los primos con sus respectivas parejas, lo que convertía el encuentro en una auténtica algarabía de bromas y risas.

Las únicas que permanecían sin acompañante eran las jóvenes Daisy, Violet, Jasmine y Lilith[1], las pupilas del duque de Avonshire, que todavía no habían debutado y quienes, sonrientes y con copas de ponche aguado en la mano, contemplaban el entusiasmo general, disfrutando del espectáculo.

A lo lejos, sus primas mayores parecían mantener una acalorada pero divertida competición.

—A ver, seamos honestas —comenzó Esther, alzando su copa con gesto revoltoso—, ahora que la pareja está, al fin, felizmente casada y el pastel cortado y comido, tenemos que resolver el gran debate de la noche: ¿quién de nosotras merece el mérito principal por haber hecho posible este enlace?

—¡Yo organicé la velada de té en la que Derek no pudo quitarle los ojos de encima durante tres horas! —reclamó Helena riendo.

—Por favor, Helena —intervino Sarah con picardía—, si no hubiese sido por mis sutiles comentarios a Amy sobre lo noble y atento que era Derek cuando ella todavía dudaba, jamás le habría dado aquella primera oportunidad.

—No es por presumir, pero fui yo quien organizó la primera cena familiar a la que Amy fue invitada —añadió Rachel cruzándose de brazos con tono teatral.

—Tal vez —esgrimió Maddie—, pero fue mi esposo y, por ende, mérito mío, quien aconsejó a Derek que llevara a Amy al teatro para

que así estuvieran a solas por primera vez, antes siquiera de que decidiéramos ayudarles…

La conversación provocó las risas de todo el grupo. Los esposos observaban la escena con una mezcla de diversión e indulgencia. Al escuchar que mencionaban a Nate, aprovecharon para acercarse e insinuar, al menos, aquello que llevaban meses callando.

—Aceptadlo, primas —dijo con una sonrisa socarrona Robert, apoyando el brazo sobre el respaldo del sofá de su esposa—, vuestros planes fueron entretenidos, pero los caballeros aquí presentes lo vimos venir antes siquiera de que vosotras decidierais planear nada. A Derek se le notaba el enamoramiento a leguas, no hizo falta ningún empujón magistral.

—¡Exacto! —asintió Nate tomando un sorbo de su copa—. Nos dimos cuenta de que Derek estaba por completo perdido la primera vez que escuchó hablar a Amy. No era una cuestión de si se casaban, sino de cuánto tardaríais las primas en atribuiros el mérito.

El grupo estalló en carcajadas. Elizabeth, que escuchaba con una sonrisa de satisfacción, levantó ligeramente la barbilla.

—Está bien, podéis atribuiros todas las conspiraciones que queráis —dijo con tono burlón pero cariñoso—, pero recordad que el novio es mi hermano. Nadie conoce la terquedad ni el corazón de Derek como yo, y si yo no le hubiera dado mi visto bueno definitivo y el empujón final llevándolo a Windsor para que se declarara, hoy estaríamos aquí tan solo tomando el ponche de Navidad.

—¡Ah, bueno! —exclamó la prima Mary, riendo—. Si Elizabeth saca el comodín de hermana, no hay nada que debatir.

—Le dejamos la victoria a Elizabeth por deferencia al novio —concedió Esther, alzando su copa—. Pero que quede claro que el resto fuimos las arquitectas en la sombra.

—¡Por Elizabeth, por las casamenteras de la familia y, sobre

todo, por Derek y Amy! —brindó todo el grupo al unísono, haciendo chocar sus copas en un ambiente repleto de calidez y felicidad compartida.

***

A altas horas de la noche, el murmullo de la fiesta había quedado por completo relegado al piso inferior. La suite nupcial, ubicada en el ala más tranquila de la finca del tío William, estaba enmarcada por la tenue luz del fuego que chisporroteaba en la chimenea de mármol.

Tras una intensa y apasionada noche juntos, donde la devoción acumulada durante meses había encontrado por fin su cauce, el silencio de la habitación era dulce y envolvente.

Amy descansaba la cabeza sobre el pecho desnudo de Derek, escuchando el latido constante de su corazón. Él la rodeaba con sus brazos, acariciando con suavidad su espalda con la yema de los dedos, envueltos ambos por el calor de la manta de lana y las sábanas de lino.

La joven alzó la mirada para encontrar la suya. La luz dorada del fuego dibujaba sombras suaves sobre los rasgos del caballero.

—Derek —susurró ella con voz suave, rompiendo la calma del dormitorio.

—Dime, mi amor —respondió él, besando con ternura la suave frente de su esposa.

—Necesitaba decirte esto a solas —comenzó Amy, mirándolo fijamente a los ojos—. Gracias. Gracias por tu paciencia infinita durante todos estos meses, por entender mis tiempos, mis miedos y por no haberme presionado jamás. Tu respeto y tu aceptación sin condiciones me han demostrado lo que significa el verdadero amor. Y no solo el tuyo… la forma en que tu familia me ha recibido, con los

brazos abiertos, me hace sentir que por fin he encontrado mi verdadero hogar.

El vizconde la escuchó, con la mirada impregnada de una profunda emoción. Apoyó la mejilla contra la de ella antes de incorporar ligeramente el cuerpo para quedar frente a frente. Le tomó el rostro con ambas manos, acariciándole las mejillas con los pulgares.

—Escúchame bien, vizcondesa de Sheffield —dijo él, con una voz baja pero impregnada de una devoción rotunda y absoluta—. La espera no fue un sacrificio; fue el honor más grande de mi vida. Esperarte a ti vale más que cualquier otra victoria en este mundo.

Hizo una pausa, mirando el brillo de los ojos de su amada antes de formular su promesa.

—Hoy no solo te he entregado un anillo, te he entregado cada uno de los días que me quedan por vivir. Te prometo un amor que no dependerá del paso del tiempo ni de las tempestades que puedan llegar. Seré tu escudo cuando el mundo sea difícil, tu refugio cuando busques paz y tu compañero en cada alegría y cada pena. Te amaré en el silencio de las noches como esta y en la vorágine de los días largos.

Amy sonrió con los ojos empañados por lágrimas de pura felicidad y se inclinó para buscar sus labios en un beso pausado, sellando para siempre aquella promesa bajo el susurro de la nieve que caía al otro lado de la ventana.

Nota de la autora

A quienes esperabais esta novela para principios de verano, mis más sinceras disculpas, ¡y mi agradecimiento a quien logró rescatar de no sé muy bien qué parte de mi ordenador todo lo que pudo!

Con esta historia hemos casado entre todas a los Beaufort mayores. Ahora faltan las pequeñas, pero eso lo dejaremos para el próximo año. Intentaré, eso sí, que se publiquen seguidas.

Quiero dar las gracias a Lola Gude, por animarme a escribir de nuevo, por exigírmelo, por presionarme, por casi gritarme… y por respetar mis tiempos; por toda la preocupación y cariño en estos últimos treinta meses tan complicados y por estar conmigo siempre. ¡Jefa, el año que viene prometo no darte tanta guerra!

Próximamente

La imprudencia de timar a lord Anthony

Las indomables Beau 1

Ruth M. Lerga

Capítulo 1

Essex, mayo de 1823

El duque de Avonshire estaba completamente fuera de sí. Su esposa, lady Claire Seymour, trataba de calmarlo sin éxito. Frente a ellos, sentadas en un sillón y cabizbajas, se hallaban las cuatro hermanas Warrior, las pupilas que el duque heredara junto con el título y a las que le unía un profundo afecto. El doctor Harvey, el sustituto del viejo doctor Addison, acababa de marcharse, tras descubrir su engaño.

—¡Cinco años, cinco malditos años ya y aquí siguen! —vociferó el duque, todavía incrédulo.

—Jake, por favor, no grites ni maldigas delante de las niñas…

—¿Niñas? Mis primas ya no son unas niñas, Claire. ¿Niñas? —repitió, indignado—. Daisy va a cumplir ya veintitrés años y Lilith, la menor, acaba de celebrar su veinte y, ¡por los clavos de Cristo!, ninguna de ellas ha debutado todavía

—Jake…

—Tío Jake, nosotras…

Era Violet, la más sensata de las cuatro, quien quería intervenir. Calló ante la mirada de su prima Claire, que le advertía que era mejor no decir nada. El duque continuó su perorata sin dirigirse a nadie en concreto, tratando de despojarse de toda su rabia, de su

frustración, a gritos.

—En 1818 Daisy me pidió esperar un año más, diciendo que todavía no cumpliría los dieciocho hasta julio y que era demasiado joven para acudir a Londres en busca de un esposo, ¡como si yo le hubiera exigido que regresara casada! En 1819, cuando también debía unírsele Jasmine, se rompió la pierna y tuvieron que posponerlo otro año, de nuevo. —Se detuvo un instante antes de dirigirse a la mayor de las Warrior con mirada acusatoria—. Empiezo a dudar de la verdad de aquella fractura de tibia, Daisy. ¿Fue cierto o fue otra excusa?

Claire, no queriendo saber la verdad ni que la joven se viera forzada a mentir… a mentir una vez más, volvió al tema.

—En 1820…

—¡En 1820 quisieron hacer luto por el rey Jorge! —ardió de nuevo la ira de Jake—. ¡Ja! Demostrarían así su lealtad a la Corona, me dijeron. ¡Ja! —repitió—. Y en 1821, cuando todas ellas debían de debutar ya, ¿qué ocurrió?

—Murió el abuelo, Jake —dijo en voz baja Violet.

Aquella razón les pareció inapelable cuando la esgrimieron frente a su tío y tutor.

—¡Como si hubiéramos lamentado lo más mínimo la muerte de ese desgraciado!

—¡Jake! —lo amonestó Claire, escandalizada—. Tus primas…

—Mis primas saben bien qué clase de hombre fue su abuelo, tal vez por eso les he concedido tiempo antes de enviarlas a Londres en busca de un marido…

—No las enviamos, las acompañamos —le recordó la duquesa mirando a las jóvenes, no queriendo asustarlas antes siquiera de pisar la capital—. Y van a debutar en sociedad, no a…

—Como sea, he sido demasiado blando con ellas. —La realidad

era que las chicas no se asustaron; su primo podía estar muy enfadado, pero jamás les haría daño. Él no era como el abuelo—. El año pasado fue una extraña afección respiratoria, o eso dijo el doctor Addison, a quien pienso visitar mañana mismo. Nosotros nos fuimos a Londres y las dejamos aquí. Permitidme dudar, señoritas, de que pasarais el verano en cama. Y este año, ¡este año!, me habéis hecho creer que teníais el maldito sarampión. ¡El maldito sarampión, Claire!

—Lo sé, Jake, estaba presente hace media hora, cuando el doctor Harvey nos ha dicho que las manchas se borraban de una manera sospechosa cuando pasaba alcohol sobre ellas.

—¡Exacto! Si el doctor Addison no se hubiera jubilado, hubieran pasado aquí otra temporada más. Ese viejo médico os ha consentido demasiado. Pero se acabó, ¡nos vamos a Londres!

Claire levantó las cejas ante la repentina idea de su esposo. No iba a contradecirlo frente a las chicas, pero no era buena idea.

—Daisy, Jasmine, Violet, Lilith, subid a la salita de arriba, en breve iremos nosotros.

Jake, que supuso que su duquesa quería una conversación en privado, se abstuvo de quejarse. No obstante, seguiría con su perorata en la salita cuando Claire dijera lo que tuviera que decir. Él había soportado cinco años de excusas; que sus primas aguantaran ahora su enfado.

Las muchachas se fueron en silencio. En cuanto la última cerró la puerta, Claire se volvió a Jake con la mirada cargada de amor.

—Tienes toda la razón…

—¡Desde luego que la tengo!

Evitó la duquesa poner los ojos en blanco. Los Beaufort estaban convencidos de tener siempre la razón.

—Y las chicas se han excedido, pero llevarlas a Londres ahora no

es viable. Nuestra residencia no está preparada…

—Iremos al veintitrés de Regent Street. —Se refería a la mansión familiar, donde nadie residía y todo el mundo acudía a placer.

—Tampoco tienen un vestuario adecuado. —Para eso no tuvo el duque réplica—. Esperemos al próximo año, Jake. Deben de estar aterradas ante la idea de buscar esposo para habernos mentido así…

—¡Están mimadas, eso es lo que están! Y en otoño los nobles regresan a Londres hasta Navidad para las sesiones del Parlamento, no hace falta esperar a 1824.

—Tal vez, pero…

La conversación continuó un tiempo más, hasta que Claire logró que Jake volviera a sus cabales. Las chicas no saldrían indemnes de aquello, pero trazarían un plan para su debut con calma.

Mientras tanto, en la salita del piso de arriba, las cuatro hermanas Warrior hablaban en susurros, preocupadas por lo que su primo Jake dijera cuando fuera a buscarlas.

—Tenemos que evitar que nos envíe a Londres —dijo decidida Daisy.

—Creo que ya hemos inventado excusas suficientes, no quiero perder la confianza del primo —pidió Jasmine.

—Tal vez deberíamos rendirnos y aceptar que tendremos que arriesgarnos a elegir un marido —se resignó Violet.

—¡Jamás! —espetó con mirada retadora Lilith.

Daisy, la mayor y artífice de todas las charadas que habían inventado para evitar la temporada, decidió lanzar un último órdago.

—Digámosle a Jake que ya hemos encontrado a los esposos que deseamos, que si no se lo hemos dicho es porque, tal vez, él no vaya a aprobarlos. O porque no nos corresponden. O lo que sea…

—¿De qué hablas, Daisy?

—Hablo de utilizar la misma estrategia que el primo Derek. El día

de su boda, cuando creía que nadie podía oírle, bromeó con Amy sobre cómo habían hecho creer a todos los Beau al principio que su romance era real cuando, en realidad, pactaron fingirlo. ¿No lo recordáis? Os lo conté esa misma noche.

—¿Quieres que finjamos tener unos enamorados?

—El tío nos exigirá saber quiénes son… En este momento es difícil que crea una excusa tan vaga.

—Le pediremos una semana de tiempo para confesar, apelaremos a la prima Claire, al pudor, al miedo a exponerlos sin hablar antes con ellos… y nos daremos siete días para idear un buen plan.

Asintieron, esperanzadas de nuevo.

—De acuerdo, pero si en siete días no estamos convencidas, claudicaremos y nos prepararemos para debutar juntas el próximo año.

—Eso si no nos obligan a marcharnos esta misma tarde…

Pero la suerte —la bondad del duque, en realidad— se puso de parte de las cuatro hermanas. Poco convencidos de la verdad sobre sus enamorados, consintieron los duques de Avonshire en esperar una semana para que pusieran en orden sus sentimientos y decidieran si iba el primo Jake a hablar con los caballeros en cuestión o si aceptaban ir a Londres en otoño para la pequeña temporada.

Cada hermana buscó un nombre que dar y, una semana después, sus primos escucharon su charada.

Lilith inventó un romance con el vecino de la finca de al lado, un joven lord que había viajado a la India tres años atrás y con el que mantenía una apasionada correspondencia. Fue divertido para ella redactar un montón de cartas de su supuesto amado.

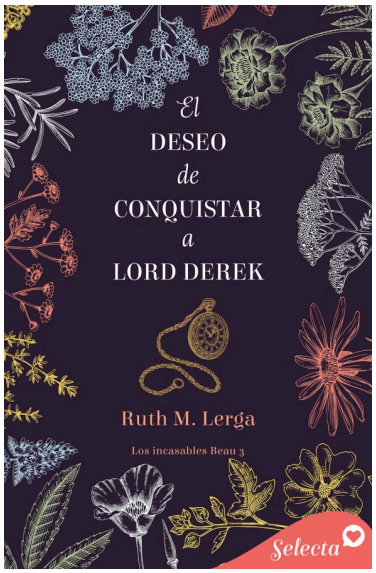
Violet convenció a su amigo de la infancia de que simulara un

romance sereno entre ambos, que nunca habían confesado dada la diferencia social, pues él era un baronet rural y ella la hija de un duque.

Jasmine afirmó que estaba enamorada de un hombre casado, que nunca había traspasado los límites con él pero que lo amaba; se negó a dar su nombre, pero lloró de manera muy convincente mientras lamentaba un amor imposible.

Daisy, por su parte, decidió vengarse del galeno que había echado abajo la coartada a su sarampión. Aquel doctor joven, tan atractivo y engreído, llevaba meses pasando consulta con el doctor Addison, esperando a sustituirlo. Aquel caballero, hijo de un lord, les debía eso y mucho más a ella y a sus hermanas. Se moría por ver su cara cuando el tío Jake fuera a preguntarle por sus intenciones. No había nada menos creíble que un hombre negando un romance, ¿o no era cierto?

Tal vez el destino se esté riendo de lord Derek, soltero convencido, dado el malestar que le provoca ver a la hermosa americana rodeada de otros caballeros.



Derek, vizconde de Sheffield, está condenado. Posee un título y una fortuna, así que, como diría la célebre escritora, debería de estar buscando una esposa. Es, además, el último primo Beau por casar, y tiene por tanto un ejército de tías y primas buscándole precisamente una dama con la que casarse. Pero la suerte se alía con él: la hija de un amigo íntimo de la familia viene desde Nueva York en busca de un marido. Ahora toda la familia Beaufort estará centrado en la tal Amy y se olvidarán de él. **Ser el acompañante de la joven americana es un bajo precio que pagar si con eso se libra de ser empujado al altar**.

La muerte del padre de **Amy** coincide con la adjudicación de una extraña herencia en la lejana Londres. El mismísimo regente de Inglaterra la ha citado para, bajo su tutela, casarla con un noble, pero desconfía, pues hasta Nueva York han llegado los rumores sobre la vida licenciosa del príncipe Jorge. Por suerte para ella, la familia Beaufort, amigos de la infancia de su difunto padre, se ha ofrecido a ayudarla a encontrar el mejor partido posible. **Ella no tiene ningún interés en casarse**, así que se toma la estancia en la tierra de su padre como unas vacaciones, decidida a regresar a Nueva York cuando acabe el verano tan soltera como ha llegado.

Pero Cupido parece burlarse de Amy, pues su decisión de no casarse en Inglaterra se tambalea con lord Derek, el único hombre que consigue que su corazón se acelere con solo una mirada.

Ruth M. Lerga nació en Sagunto… no hace tanto tiempo. Lectora voraz, pasión inculcada por su madre, comenzó a inventar historias siendo una niña, pero no se animó a escribirlas hasta que una larga convalecencia la obligó a permanecer quieta durante más de dos años.

Como resultado de aquel período surgió la serie de Una noche en Almack's, cuya primera novela, *Cuando el corazón perdona* , fue galardonada con el Premio Vergara.

Disfruta escribiendo Regencia, como demuestra en su última saga, *Los Knightley* , pero también contemporánea, ya sea ambientada en España, con la serie *Enredos con la ley* , o en otros países cuando se esconde tras el seudónimo de *Brandy Manhattan* .

Cuando no está escribiendo o leyendo intenta jugar al ajedrez, hacer fotografía o montar a caballo… hasta que una hora después regresa a por más letras, necesitada de nuevas historias. Solo la separa del teclado su otra gran pasión: sus sobrinas.



Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Ruth M. Lerga
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-53-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Si quieres saber qué va a pasar con las florecillas Warrior, no dejes de leer el primer capítulo, justo después de la nota de autora, ¡y descubre qué va a pasar con estas cuatro hermanas de armas tomar!

Índice

El deseo de conquistar a lord Derek
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Nota de la autora
Próximamente: La imprudencia de timar a lord Anthony
Capítulo 1
Sobre este libro
Sobre Ruth M. Lerga
Créditos
Notas